

LAS GUERRAS DE LA GUERRA

NICOLAS CRUZ Y ASCANIO CAVALLO



PROLOGO	4
1. LAS CAUSAS REMOTAS	6
Visión peruana	6
Visión boliviana	8
Visión chilena	9
2. UN POLVORÍN DE AMBICIONES	11
Visión peruana	12
Visión boliviana	14
Visión chilena	16
3. LOS MAL-TRATADOS	19
Visión peruana	19
Visión boliviana	20
Visión chilena	24
4. SECRETOS DE DOS	26
Visión peruana	26
Visión boliviana	30
Visión chilena	31
5. LA GUERRA EN CIERNES	35
Visión peruana	35
Visión boliviana	38
Visión chilena	41
6. PERÚ EN LA GUERRA	45
Visión peruana	45
Visión boliviana	48
Visión chilena	49
7. BOLIVIA EN LA GUERRA	52
Visión peruana	52
Visión boliviana	55
Visión chilena	58
8. CHILE EN LA GUERRA	61
Visión peruana	61
Visión boliviana	63
Visión chilena	64
9. SOBRE HEROES Y TUMBAS	67
Visión peruana	68
Visión boliviana	70
Visión chilena	71

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ELECTRÓNICA DEL 2010.

Reproducimos la edición de 1981 del libro *Las Guerras de la Guerra*, editado por Editorial Aconcagua (Chile) en el año 1980. En esa ocasión nos motivó el llamado que había hecho Mario Vargas Llosa para enmarcar el centenario de la Guerra del Pacífico dentro de una reflexión que buscara superar las visiones nacionalistas de los hechos.

Según nuestros conocimientos, los textos escolares habían sido constituidos como espacios privilegiados para mantener y, en muchos casos, acrecentar las visiones nacionales de dicha guerra. De allí que el título del libro terminara siendo *Las Guerras de la Guerra* y su portada reflejara un cañón disparando hojas impresas, haciendo referencia a las innumerables guerras de tinta que se habían librado en cada país durante los 100 años posteriores al conflicto y que terminaban llegando a los niños y jóvenes de cada país en forma de manuales de estudio.

Recopilamos, cosa nada fácil de hacer a fines de la década de 1970, los manuales escolares de mayor circulación en Bolivia, Chile y Perú e hicimos la visión comparativa que se encuentra en las páginas siguientes. Tuvimos, junto a Ascanio Cavallo, la decidida intención de escribir este libro de una manera ágil y dinámica ya que esperábamos que el público lector fuesen justamente los jóvenes.

El aporte que deseábamos hacer terminó por ser muy limitado ya que el libro no pasó la censura y fue requisado por los censores militares chilenos. Enviado a una bodega en las cercanías del río Mapocho, terminó, hasta donde tengo entendido, por pudrirse debido a la humedad que llegaba hasta la bodega.

Casi veinte años después, ahora junto al historiador ecuatoriano Milton Luna, escribimos un artículo sobre el mismo tema, observando como durante la década de 1990, el tratamiento de los conflictos entre los países latinoamericanos había experimentado significativas variaciones. Junto a los movimientos críticos que se habían desarrollado en cada lugar en relación a la exacerbación del nacionalismo en la enseñanza de la historia, detectamos también la influencia de las grandes editoriales europeas y latinoamericanas que presionaban para que las situaciones de mayor tensión fuesen tratadas de manera moderada, sin insistir mucho en los conflictos, promoviendo lo que denominamos como “la visión rosa”.

He agregado este segundo texto de 1999 al primero de 1980 dada su continuidad temática.

Nicolás Cruz (2010)

PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE 1981

Durante cien años los pueblos de Perú, Bolivia y Chile han asistido a la perpetuación de la Guerra del Pacífico. Han visto una y otra vez cómo son exaltadas ciertas fechas y deploradas otras. Han escuchado los ecos de la gloria y los del desaliento según haya sido su suerte en el conflicto. Más de cuatro generaciones pasadas y quizás muchas por venir han asistido y asistirán a la repetición del clima, el ánimo y los argumentos de la vieja guerra. En su nivel, ésta ha provocado tantos reclamos como aquellos que inundaron a Europa luego de la Primera Guerra Mundial.

A los campos de batalla con sus muertos y heridos, a las aguas del Pacífico regadas con sangre y pólvora, a las ciudades invadidas, al eco fantasmal de los gritos combatientes, han seguido por espacio de un siglo las guerras que los historiadores, literatos y propagandistas han tramado en torno a los hechos para explicar motivos e intereses de cada uno de los involucrados.

Este libro no trata sobre los sucesos de la guerra, sino sobre las guerras posteriores, las desatadas alrededor del conflicto de 1879. Es un intento por conocer y explicar cómo los antiguos beligerantes han mantenido la voluntad y la convicción de hace cien años. Se quiere revelar lo que han recibido las generaciones siguientes, la visión que se les ha formado y que, en cada país, comparte la mayoría de la población medianamente ilustrada. Parece ser la hora en que esta tarea es necesaria, aunque sólo sea para saber cuál es la actitud actual de los habitantes de cada país respecto de sus vecinos.

Los soldados de estas guerras han sido, principalmente, los escritores que — cada cual a su modo y estatura— aportaron las visiones del conflicto. La evolución de estos soldados es similar en Perú y Chile. En estos dos casos el camino pasa de la parcialidad pasional a la búsqueda de una perspectiva histórica que permita superar los complejos resultantes de la guerra. En el caso peruano, esta ruta va desde Mariano Felipe Paz Soldán, quien abre su obra de 1884 hablando sobre los crímenes y atrocidades de los chilenos, hasta Félix Denegri, quien hace un llamado a superar odios y rencores instalados en el alma de los peruanos. En cambio, en Bolivia, acaso por la permanente relación entre el resultado de la guerra y la reivindicación del litoral, es apreciable la persistencia del ánimo bélico.

A los soldados de estas guerras se los ha escogido con dos criterios, porque — hay que decirlo— el trabajo no toca, ni con mucho, a la totalidad de los textos escritos sobre el tema. Esto no es óbice para que haya una abundante bibliografía de respaldo que no fue utilizada o sujeta a mención en el siguiente texto. El primer criterio de selección fue la difusión relativa: se buscaron los textos y los nombres que, en sus respectivos países, hubiesen tenido un alcance directo en el pueblo y una influencia notoria entre sus sucesores, políticos e historiográficos (Bulnes y Encina en Chile, Paz Soldán en Perú y Arguedas en Bolivia).

El segundo criterio se refiere a la amplitud de cobertura. Aparecen aquí aquellos que, tomando las versiones consagradas, las han hecho llegar a grandes sectores. Es el caso de Inostroza en Chile, Markham en Perú y Finot en Bolivia. Conviene hacer notar que esta categoría no ha escatimado medios: la literatura de divulgación, el teatro, la radio y el periodismo.

El texto admite dos lecturas, una lineal y otra discontinua. Hemos preferido presentar una trama de capítulos breves en que las tres versiones se vayan contrastando, para hacer patente el nivel de la disputa. Y para reproducir, en cierto modo, la trama de intereses y datos que ha manejado la historiografía paralelamente a los hechos. El lector que busque la visión unitaria y lineal de un solo país sólo debe remitirse a las partes correspondientes en cada capítulo.

La división de los capítulos ha querido respetar la cronología de la guerra hasta donde ha sido posible, y llegando sólo hasta que el conflicto se encuentra “en ciernes”. Los cuatro capítulos finales presentan más bien la idea que cada país tiene sobre sus propios valores y los de los demás. En este punto, el texto se aparta de las batallas y —sólo como punto de referencia— se cierra paralelamente a la ocupación de Lima.

Una última consideración se refiere al uso de las citas. Hemos optado por darles prioridad en el texto —y situar su ubicación al final, para efectos de expedición en la lectura— reduciendo los comentarios sobre ellas al mínimo que estimamos necesario para resaltar el sentido de algunos pasajes. Hay dos razones: las citas permitirán que los supuestos ideológicos de los autores broten espontáneamente de sus propias palabras, y al mismo tiempo pondrán en contacto a los lectores con una bibliografía que no es fácil de obtener.

Quisiéramos que el sentido último de este trabajo fuera constructivo. Que ayudara a las nuevas generaciones a despojarse de esos antiguos complejos, en contra de ese afán de los pueblos de anclarse en ciertos períodos, ciertas ideas, y ciertas perturbadoras mitologías.

Santiago, enero de 1981.

LAS CAUSAS REMOTAS

Los intentos por explicar la Guerra del Pacífico, constituyen la primera fuente de desacuerdos en la “guerra del papel”. Desde luego, las llamadas “causas remotas” significan cosas muy distintas en los tres países. Parece natural: raramente las historiografías se han puesto de acuerdo sobre la lógica previa a los acontecimientos, sobre ese tejerse de factores que convierte a los fenómenos en potencias irreversibles.

Para peruanos y bolivianos, que siguen con consecuencia el pensamiento de la derrota y el despojo territorial, la guerra no puede remontarse más allá de la década de 1840, cuando aparecen el guano y el salitre. Este hecho no sería de por sí desencadenante si no se contara con un factor subjetivo: la ambición chilena.

También es razonable este encadenamiento: no podría haber disputa sin contar con un poderoso aliciente económico, y Chile no hubiera aspirado a él en otra etapa — menos estable, menos preparada— de su vida republicana. Eso hace que todo intento de mirar atrás o más lejos en la historia parezca infructuoso.

La mirada chilena, en cambio, aparece tamizada por el triunfo. En general, la historiografía le teme a los derechos adquiridos por la fuerza; quizás encuentre demasiadas lecciones en conflictos que, una vez consumados, tuvieron su réplica y desembocaron en una verdadera espiral de violencia y fuerza. No es raro, entonces, que los historiadores chilenos remonten los orígenes de la guerra al pasado más lejano. Unos buscan en la Colonia y en la imprecisión de la Corona Española; otros, en títulos que probarían, por lo menos, que las cosas no estaban tan claras. La causa económica parece demasiado innoble y mezquina para ser la única.

VISIÓN PERUANA

Si el Perú nunca tuvo límites comunes con Chile, poco dispuesto están sus historiadores para remontarse al pasado en el examen de la guerra. Esta es una actitud generalizada, cuyas escasas excepciones conviene considerar sólo como opiniones de referencia.

Gustavo Pons* tiene una cita curiosa y ambigua sobre la propiedad de las tierras salitreras: “En la aplicación del *uti possidetis* se ha hecho una distinción entre lo que se denomina *uti possidetis jure* y el *ut possidetis facto*. Según lo primero, os estados tienen derechos al territorio que les pertenecía en 1810 según los títulos coloniales, o sea, según la delimitación hecha por el Rey de España y vigente hasta 1810”. De acuerdo a los argumentos y a las divisiones cartográficas coloniales que después se presentaron, esta afirmación puede respaldar la soberanía de cualquiera de los dos

* GUSTAVO PONS, historiador. Una de las más significativas figuras de la historiografía actual de Perú; ejerce en la Universidad de San Marcos de Lima. Su texto *Compendio de historia del Perú* es un trabajo destinado al uso escolar en todos los liceos del vecino país.

países: de Chile, si se considera que el límite de la Capitanía era el río Loa; y de Bolivia, si se toma por regla la extensión de la Audiencia de Charcas. También puede servir a cualquiera —pero especialmente a Chile— la afirmación siguiente: “Según lo segundo, los estados tienen derecho al territorio que ocupaban sus habitantes y no al que señalaban sus títulos”¹.

Félix Denegri * es más taxativo para calificar la acción chilena en el plano limítrofe. De acuerdo al *utipossidetis*, dice, el límite de Bolivia y Chile fue el Paposo, levemente al sur del paralelo 25. Esta cuestión nunca fue discutida hasta 1842, cuando Chile, por un acto de fuerza, fijó su límite en el paralelo 23. “Lo que le daba posesión de ricos yacimientos de guano, salitre y minerales de plata. Esto, como era natural, suscitó la justa protesta del gobierno boliviano y además, porque los chilenos, de hecho, se dedicaron a explotar estas riquezas, dado que esa zona no contaba con una adecuada fuerza militar ni naval boliviana que defendiera su soberanía”.

Denegri agrega que la solución no efectiva de este conflicto es la causa remota de la guerra. Esta debió estallar en 1866. Su postergación es atribuible al ascenso del general Melgajero al poder en Bolivia.

Y estima que el verdadero conflicto escapaba a la suerte de Bolivia: “Mucho se ha discutido sobre las causas de la guerra del Pacífico, pero sean cuales fueran, las raíces del conflicto se hallan en el deseo chileno de lograr la supremacía en el Pacífico Sur, mantenida desde siempre por el Perú y hasta el mismo año 1879, a pesar de los pasajeros eclipses en el aspecto naval en el siglo XIX.

En definitiva, la historia peruana cree que no es necesario remontarse más allá de 1840 para desentrañar la causalidad de la guerra. Excepto razones políticas y económicas —el expansionismo chileno— de largo alcance, todo se desencadena con el auge económico de Atacama. “Tierra inhóspita”, describe el historiador, “y en apariencia desprovista de riqueza, prácticamente deshabitada, a no ser por unos pocos ‘infelices pescadores’ changos en el litoral y algunas familias repartidas en pobres y escasas quebradas. Esa era la población del siglo XVIII, estimada en menos de 4.000 habitantes. Su vinculación práctica con el resto de Bolivia era nula”².

VISIÓN BOLIVIANA

El tema de la discusión sobre dominio territorial previo está, para la historiografía boliviana, lejos de toda consideración sobre la guerra del Pacífico. No

¹ Pons, Gustavo: *Compendio de historia del Perú*. Editorial Universo, Lima, Perú, 1978. Pág. 210.

* **FÉLIX DENEGRI**, historiador. Es miembro de número del Instituto de Estudios Históricos Marítimos del Perú. En la publicación de las memorias de Lavalle se encarga de prólogo y comentarios. Considera imprescindible la serenidad para tratar el tema, “para lograr al menos la debida y respetuosa comprensión entre Bolivia, Chile y Perú, comprensión indispensable para el armónico desarrollo”.

² Denegri, Félix: prólogo a *Mi misión en Chile en 1879*, de José Antonio de Lavalle, Instituto de Estudios Histórico Marítimos del Perú, Editorial Ausonia Talleres Gráficos, Lima, Perú. 1978. Pág. XII.

hay, prácticamente, ninguna versión difundida que consigne la polémica sobre soberanía del desierto de Atacama, aun cuando ésta existió.

Esta actitud rubrica la opinión generalizada de que toda causa de la guerra debe buscarse en las ambiciones y la agresión chilenas. El resto —incluso la débil demarcación de la metrópolis española— tiene todavía menos importancia que en Perú.

Enrique Finot* remonta las causas sólo hasta el descubrimiento de los depósitos de guano de Mejillones, de las salitreras de Antofagasta y de los minerales de Caracoles. “Allí”, dice, “Afluyeron capitales y empresas explotadoras, a la vez que verdaderas colonias de obreros provenientes del sur, que se instalaron en la zona, mientras las autoridades bolivianas carecían de los medios necesarios para organizar su administración”³.

Y añade: “El éxodo de la población chilena hacia el litoral boliviano fue un fenómeno natural provocado por las posibilidades de trabajo remunerado. La implantación de empresas chilenas o extranjeras organizadas en Chile y vinculadas a ese país, en las explotaciones de dicho litoral, fue un fenómeno económico que intensificó la influencia del país vecino en el desenvolvimiento de un territorio particularmente rico y desvinculado de los centros sociales y políticos de que dependían (...). Como consecuencia, los poderes públicos de Chile empezaron a preocuparse por la suerte de tal territorio y nació la ambición de disputarlo y de apoderarse de su dominio. Sin fuerzas para precautelar su heredad, Bolivia pensó en la alianza con el Perú, interesado en afianzar el monopolio del salitre, planteado en 1873”⁴. La única afirmación sobre soberanía aparece, como se ve, sancionada por un sustantivo cuidadoso (la heredad), que impide someterla a confrontación.

Para los bolivianos tiene extraordinaria importancia la actuación de los empresarios chilenos en la zona. Alcides Arguedas* toma la palabra: “Capitalistas e industriales chilenos se habrían posesionado de la zona privilegiada, y en su empuje fundaba el gobierno de Chile un título para mantener su vigilancia sobre el litoral de la nación desquiciada y revoltosa”⁵.

Esta es la conclusión más clara: en esas empresas “fundaba” Chile sus pretensiones territoriales. Otros antecedentes son accesorios: allí está la causa remota — y al mismo tiempo, mediata— de la guerra.

* **ENRIQUE FINOT**, escritor, educador y parlamentario. Vivió en Bolivia hasta 1930. Murió en 1952. Su producción no es vasta sólo en historia, también en pedagogía y política. dice que su *Nueva historia de Bolivia* es “un resumen que aspira a ser obra de orientación”, adverso a los “nacionalismos irreflexivos”.

³ Finot, Enrique: *Nueva historia de Bolivia* (Segunda edición), La Paz, Bolivia, 1954. Pág. 296.

⁴ Finot, Enrique: *Op. Cit.*, pág. 296.

* **ALCIDES ARGUEDAS**, historiador y novelista. Es la llamada “figura cumbre” de la historiografía boliviana. Autor de la más completa historia de Bolivia, su trabajo literario también es apreciado: se le considera el verdadero creador de la novela boliviana, así como de su realismo a indigenismo. Murió en 1946.

⁵ Arguedas, Alcides: *Historia general de Bolivia* (Primera edición: La Paz, 1922), La Paz, Bolivia, 1967. Pág. 1303.

VISIÓN CHILENA

La gestión administrativa de la colonia española juega un papel decisivo en la historiografía chilena. Aparece como una de las causas remotas más evidentes de la guerra: las autoridades españolas, según esta versión, mostraron escaso interés (y en el largo plazo, escasa visión política) por delimitar con rigor las diversas fronteras entre las colonias de la Corona.

Gonzalo Bulnes* impulsa la interpretación generalizada en Chile: “Cuando los pueblos americanos se emanciparon de España, sus límites territoriales no estaban bien determinados. La metrópoli no había tenido interés político en fijar los linderos de las secciones que formaban su imperio colonial, sino en la parte que limitaban con el Portugal porque esas divisiones eran para ella administrativas e internas”⁶.

Esto habría determinado la clave del problema: la consagración del principio de *uti possidetis* para fijar las fronteras de los nuevos estados independientes no resultaba suficiente ni jurídica ni prácticamente.

Sólo Jaime Eyzaguirre**, siguiendo su tradicional erudición con respecto a la etapa colonial, hace presente que la cartografía hispana, y en especial el mapa del cosmógrafo Andrés Baleato, indican un límite preciso entre Perú y Chile: la desembocadura del río Loa⁷.

La afirmación de Eyzaguirre no es inocente. Se dirige a recordar que la mediterraneidad de Bolivia era un hecho jurídicamente consagrado ya en la colonia. Esto es algo que la historiografía chilena —o su mayor parte— olvida o disminuye en proporción al resultado de la guerra, que pareciera cerrar la discusión sobre el punto. Eyzaguirre detalla con cuidado la situación: “En 1825 las provincias que antiguamente habían constituido la Audiencia de Charcas y que, a partir de 1776 se encontraban incorporadas al Virreinato de La Plata, acordaron proclamar su independencia”. Y cuida de subrayar que el acceso al mar fue más una cuestión de voluntad que de derecho: “Por poseer el nuevo estado un territorio mediterráneo, su primer Presidente, don Antonio José de Sucre, se preocupó de buscarle un puerto y después de una exploración encomendada al experto Francisco Burdel O’Connor, se aceptó como tal la ensenada de Cobija situada al sur del río Loa”. Eyzaguirre elige sus palabras con minucia. Sucre “se preocupó”, y lo que hizo fue “buscar”, aunque no aclara cómo y con la responsabilidad de quién “se aceptó” su hallazgo.

* **GONZALO BULNES**: Su obra sobre *La Guerra del Pacífico* se considera clásica y sus aportes sigue siendo plenamente aceptados por la historiografía contemporánea. Además de sus trabajos históricos, desempeñó cargos diplomáticos en Berlín y Roma (1891) y políticos como Senador por Malleco (1912-1924).

⁶ Bulnes, Gonzalo: *Guerra del Pacífico*, Editorial del Pacífico, Santiago, Chile, 1955. Tomo I., pág. 33.

** **JAIME EYZAGUIRRE**, historiador. Fue profesor en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile. De tendencia conservadora, se especializó en los temas de la Colonia. Es una de las figuras más sobresalientes e influyentes de la historiografía chilena de este siglo.

⁷ Eyzaguirre, Jaime: *Breve historia de las fronteras de Chile*. Editorial Universitaria, Santiago, Chile, 1973. Págs. 37-38.

E insiste sobre ello cuando refiere que el Presidente boliviano Santa Cruz “se preocupó de dar impulso a la caleta de Cobija, para hacer de ella el acceso de Bolivia al mar”⁸.

El gobierno chileno legitimó estas iniciativas al dictar —una ley que reconocía la bahía de Mejillones (paralelo 23°) como límite norte del país. “con esta ley”, dice Eyzaguirre, “Chile reconocía tácticamente que su límite septentrional era Mejillones, situado el 23° de latitud sur”. Decisión que el historiador no comparte y reprocha —en sordina— a los gobernantes: “aunque sus títulos históricos podían justificar sus pretensiones hasta el paralelo 21 o 22”⁹. No queda claro a qué se debe la imprecisión del final de la frase: si a una efectiva inseguridad en los títulos, o a un deseo de justificar, de modo indirecto, la situación que resultó de la guerra.

Otro historiador, Fernando Silva*, respalda también el reproche de Eyzaguirre a las autoridades chilenas. En la primera mitad del siglo, dice, consideraron con desinterés el despoblado de Atacama. Y entrevé hasta el centralismo posterior: “dicha región careció de interés para los habitantes de la zona central. Indicio de esta actitud fue que, no obstante declarar los textos constitucionales, desde la Carta de 1822, que el límite norte de Chile era el desierto de Atacama, ninguna reclamación hicieron las autoridades al crearse, por iniciativa del mariscal boliviano Andrés de Santa Cruz, el distrito litoral de Cobija”¹⁰.

EN SÍNTESIS

SEGÚN PERÚ:

- Perú nunca tuvo límites con Chile, por lo que no hay conflictos precedentes.
- Chile ocupó, por la fuerza y si derechos, hasta el paralelo 23.
- Chile aprovechó la debilidad boliviana en esa zona.
- La raíz profunda está en el deseo chileno de lograr supremacía en el Pacífico Sur, superando a Perú.

SEGÚN BOLIVIA:

- El conflicto se remonta a los descubrimientos de guano y salitre.
- La ocupación empezó con capitales chilenos atraídos por la riqueza.
- La soberanía del lugar era indiscutiblemente boliviana.
- El gobierno chileno aprovechó la inestabilidad del boliviano.

⁸ Eyzaguirre, Jaime: *Op. cit.*, págs. 52-53.

⁹ Eyzaguirre, Jaime: *Op. cit.*, pág. 54.

* **FERNANDO SILVA:** Actualmente comparte su labor de docencia universitaria con labores periodísticas. De entre su producción destaca su trabajo sobre el siglo XX chileno, editado por Editorial Universitaria.

¹⁰ Silva, Fernando: *Historia de Chile (1861-1924)*, Editorial Universitaria, Santiago, Chile, 1976. Tomo IV, pág, 584.

SEGÚN CHILE:

- Las autoridades coloniales no delimitaron con rigor la zona limítrofe.
- Hay antecedentes de que Chile limitó con Perú. Bolivia no tenía mar.
- Bolivia obtiene su formación y su salida al mar por una mera gestión de Sucre.
- La ley que fijó el límite chileno en el paralelo 23 fue una cesión errónea.

UN POLVORÍN DE AMBICIONES

El consenso de los historiadores siempre empieza en la evidencia. Aquí hay una, vastamente superior a toda especulación: las riquezas naturales alrededor del paralelo 23, dada su envergadura, podían originar toda clase de ambiciones.

Para desarrollar este motivo, y explicarlo convenientemente a la luz de los resultados que la guerra dejó para cada país, las historiografías recurren a tópicos explícitos, que dejan pocas posibilidades de matizar. Peruanos y bolivianos se refieren a cierto aventurero codicioso; los chilenos, a cierta conjura sombría y malediciente.

Cualquier trato, diálogo, intercambio diplomático o comercial está iluminado por un plan de objetivos precisos, siempre que lo haga el otro. Este plan, distinto en cada caso, sólo tiene sentido si se lo mira desde la guerra misma, o al menos pensando en ella: es lo que se podría entender como una “paranoia retroactiva”, si la expresión no fuera un desacato. Por eso Perú “dilata”, Bolivia “se exalta” y Chile “precipita”. En la derrota, el plan del vencedor parece frío e irreversible. En la victoria, fue el plan de los derrotados el que estuvo mal calculado.

¿Se preguntará alguien cómo se hubiera evitado todo? Es difícil: siempre, en los hechos consumados, el adversario será responsable. Con todo, el rigor de estas historiografías (rigor positivista, por cierto) introduce, incluso a su pesar, una sombra que no conviene tomar de soslayo: la de poderosos intereses económicos privados. Y otra: la de fuerzas sico-sociales tumultuosas.

Desde el punto de vista de la historia, la clave sigue estando en los tópicos.

VISIÓN PERUANA

El análisis peruano tiene un punto tan central como el boliviano: las circunstancias (el cómo) que generaron el conflicto no tienen relevancia frente a las motivaciones (el por qué). Era una decisión irrevocable de la ambición chilena.

Esta nació, según Clements Markham*, “desde que se descubrieron las grandes riquezas que existían en el desierto de Atacama y en la provincia de Tarapacá”. Ese es el factor objetivo. Y el subjetivo: “la oligarquía chilena envidiaba esos territorios. Tales posesiones, sostenían, aumentarían enormemente los recursos de Chile y nada escrupulosos fueron los medios de que se valieron para obtenerlos. La fuerza se hacía necesaria”¹¹.

Jorge Basadre** asume los tópicos más claros en Perú: “Muchas toneladas de papel han sido gastadas en el enjuiciamiento de esta sangrienta guerra. Según la tesis chilena, fue una conjura de Bolivia y Perú contra los intereses de aquella nacionalidad invertidos en las salitreras de uno y otro territorio. Según las tesis boliviana y peruana, fue una aventura de conquista de Chile, el avance de un pueblo fuerte, pero pobre, contra débiles y desorganizados vecinos”¹².

El conflicto tiene para Perú sus primeros orígenes en 1842. Ese año, el Congreso de Chile dictó una ley por la cual “declaraba de propiedad estatal las guaneras al sur de la bahía de Mejillones. Con esta disposición Chile fijaba su frontera norte muy cerca del paralelo 23 de latitud sur”¹³. Bolivia formalizó una protesta por esta fijación y en 1843 pidió que se revocara la ley.

Sólo en 1847 se abrió la posibilidad de un acuerdo entre los dos países, a través de un tratado de límites, pero la inestable situación política de Bolivia impidió las gestiones. Estas no volvieron a tener cabida sino hasta 1857. La situación de derecho seguía siendo confusa, peor en el hecho Chile ya había ingresado con fuerza y decisión en la zona de conflicto.

Relata Denegri: “En 1858 se reiniciaron los tratos. De hecho Bolivia exhibía su bandera hasta Antofagasta. Los chilenos hicieron avances al norte del paralelo 25. Debe reconocerse que en las actividades salitreras, mineras y comerciales fueron éstos los más diligentes, tanto en la inversión de capitales como en la presencia humana de empresarios, empleados y obreros. Favorecieron este progreso de los sureños la estabilidad de su país y el mayor espíritu de empresa de sus capitalistas y profesionales. No dejaron de participar en estas empresas hombres de negocios británicos establecidos

* **CLEMENTS MARKHAM**, historiador inglés. Llegó a Perú a los 14 años, como guardiamarina de fragata. Realizó trabajos en geografía, literatura y algunas eruditas monografías sobre los incas. Su *Historia del Perú* fue escrita a los 80 años (1914), como material para colegios.

¹¹ Markham, Clements: *Historia del Perú*, Editorial Libertad (traducción para profesores y estudiantes), Lima, Perú. Pág. 338.

** **JORGE BASADRE**, historiador. Forma parte de la juventud intelectual que empieza a darse a conocer en 1919, centró sus estudios en el período republicano y en las luchas ideológicas entre autoritaristas y liberales.

¹² Basadre, Jorge: *Historia de la República del Perú*. Editorial Cultura Antártica, Lima, Perú, 1949 (cuarta edición). Volumen II, pág. 161.

¹³ Denegri, Félix: *Op. cit.*, pág. XIII.

en el puerto floreciente de Valparaíso, aportando no sólo capitales, sino también su rica experiencia tecnológica y comercial”¹⁴.

El historiador Víctor Murtúa se queja con amargura de la débil posición de Bolivia, que permitió que acciones de facto superaran sus derechos: “La expansión de hecho, el ultraje a la soberanía, la despedida de las autoridades de Bolivia, la aprehensión de sus ciudadanos quedaban olvidados, y como por encanto resultaba planteado un negocio de frontera que *suponía dudas sobre los derechos territoriales*, y que, sin embargo, *carecía de todo antecedente*”¹⁵.

La historiografía peruana desecha de plano interpretaciones de corto alcance en torno a la guerra. Presenta a un pueblo (el chileno) hábil y decidido, que encontraría a cualquier precio las vías más rápidas para su desarrollo. El “pobre pero fuerte”, calculador, sin muchos miramientos jurídicos ni morales, cazurro y desdeñoso de las debilidades ajenas, es un *leimotiv*. Si “la fuerza se hacía necesaria” —por ausencia de derechos y abundancia de razones—, Chile buscaría la coyuntura propicia: la debilidad de Bolivia.

VISIÓN BOLIVIANA

Expansión: ésa es la palabra clave con que la historiografía boliviana descubre las razones profundas y cercanas de la guerra del Pacífico. Porque, según ella, la expresión económica y demográfica de los planes chilenos pasaba por un proceso expansionista dirigido contra el litoral boliviano. Y con bien precisos hitos: el descubrimiento de las guaneras (1841) y el hallazgo de inmensos yacimientos de salitre hacia 1860.

Hombres como José María Camacho no trepidan en decir que estas riquezas “excitaron la codicia de Chile”¹⁶. Y Augusto Guzmán, que escribe en 1973, se aventura en una precaria geopolítica. Es imposible no evocar las justificaciones de la Alemania nazi antela invasión de los Sujetos cuando especula que “Chile, sintiéndose constreñido en su angosto territorio longitudinalmente extendido a orillas del Pacífico... estimuló las actividades posesorias de dominación económica como primer paso de la ocupación militar preparada cuidadosamente”. Esta última no sería más que “un corolario de la penetración económica”¹⁷.

En la década de 1840 se había iniciado lo que la historia boliviana llama “la expansión territorial de Chile hacia el litoral boliviano”. José María Camacho busca calificar con dureza dickensiana el fenómeno: “el descubrimiento de las guaneras despertó la codicia de Chile. Apenas supo de este acontecimiento declaró propiedad del Estado las guaneras existentes en el litoral del desierto de Atacama y en las islas e islotes adyacentes (31 de octubre de 1842)”.

Y en el párrafo siguiente, inserta dos adjetivos, un adverbio, dos sustantivos y tres verbos de connotación peyorativa para describir la acción: “Al año siguiente y en el

¹⁴ Denegri, Félix: *Op. cit.*, pág. XIII.

¹⁵ Murtúa, Víctor: *La cuestión del Pacífico*. Imprenta Americana, Lima, Perú, 1979. Pág. 58.

¹⁶ Camacho, José María: *Compendio de la historia de Bolivia* (Undécima edición mejorada), La Paz, Bolivia, 1927. Pág. 237.

¹⁷ Guzmán, Augusto: *Historia de Bolivia*, La Paz, Bolivia, 1973. Pág. 163.

mismo día erigió en provincia el departamento de Copiapó, con el nombre de Atacama, para *alegar* después, con esta denominación *exótica*, sus derechos sobre el desierto. Las reclamaciones de Bolivia fueron entabladas de inmediato y con insistencia, pero el gobierno de Chile, que se daba *mañas* para *eludirlas*, no cesó en sus avances... y así, cada vez, *sistemáticamente* fueron repitiéndose por aquel país estas osadas ocupaciones”¹⁸.

Esta visión de un enemigo cuya mayor astucia es la aparente sordera es refrendada por otra, la de un poderoso grupo de intereses económicos dispuesto a todo. Como lo dice Enrique Finot, las causas de la guerra “se relacionan con los intereses chilenos radicados en el discrito de Atacama, desde la época del descubrimiento de los depósitos de guano en Mejillones, de las salitreras de Antofagasta y de los minerales de Caracoles”¹⁹.

Alcides Arguedas evalúa esta penetración como producto de un fenómeno doble. A su juicio, el gobierno chileno “perseguía no sólo como un objetivo de gran trascendencia, sino de importancia vital, el entrar en posesión de esos territorios cuyas ingentes riquezas podían edificar la grandeza de cualquier otra nación menos imprevisora que la de Bolivia”²⁰.

La presión chilena se hizo más aguda desde comienzos de la década de 1860, como consecuencia del descubrimiento de las salitreras y de algunos bolivianos”. Para entonces, ya la presencia chilena era vastamente predominante en la región.

Esto impulsó al gobierno boliviano a reglamentar la explotación salitrera. Arguedas advierte la intención tardíamente dilatoria de esta medida, que se tomó “para que los concesionarios de las salitreras en el litoral, tanto bolivianos como chilenos, dejasen de trabajar en tanto que por las vías legales de la diplomacia y la jurisprudencia se llegase a un acuerdo entre ellos”.

La decisión chilena le parece a Arguedas irreversible. Dice que Chile respondió “ocupando Mejillones con algunos buques de su armada, haciendo caso omiso de las notas de protesta pasadas por la cancillería boliviana”²¹.

Frente a la agresión, salió a templar el coraje. “La idea de la guerra se hizo popular, no obstante ser absolutamente irrealizable por falta de toda clase de elementos, especialmente del económico”. Y frente al coraje, la cordura: “Declarémoslo a la faz del mundo, decía *El Oriente de la Paz*, la guerra a Chile es imposible por hoy para Bolivia... Le sobra su derecho... le faltan los recursos de la fuerza física”²².

El conflicto en ciernes quedó relegado por un hecho ajeno: “el peligro común que para la América significó la intervención europea en México y el Caribe, así como las tentativas reivindicacionistas españolas de 1864 y siguientes”²³.

¹⁸ Camacho, José María: *Op. cit.*, pág. 238.

¹⁹ Finot, Enrique: *Op. cit.*, pág. 296.

²⁰ Arguedas, Alcides: *Op. cit.*, pág. 355.

²¹ Arguedas, Alcides: *Op. cit.*, pág. 235.

²² Arguedas, Alcides: *Op. cit.*, pág. 236.

²³ Vásquez Machicado, Humberto: *Manual de historia de Bolivia*, La Paz, Bolivia, 1963 (Primera edición: 1958), pág. 351.

Estas acciones, dice Arguedas, forzaron una unidad coyuntural. “Los gobiernos de estos países de la América meridional se habían visto forzados a estrechar, no obstante el alejamiento en que vivían, sus relaciones de cortesía y solidaridad. Hubo un congreso internacional en Lima representado por los plenipotenciarios de Bolivia, Colombia, Venezuela, Ecuador, Chile, Perú y la Argentina, que solucionó diferentes problemas limítrofes, entre otros los del Perú y Bolivia, quedando estos países en buenos términos”; y para remachar el tópico de la chilena ambición, Arguedas anota un pero: “Chile, que iba preparando la ventajosa solución de sus nuevas aspiraciones, cuestiones de límites”²⁴.

VISIÓN CHILENA

También en la historia chilena es el descubrimiento de las grandes riquezas del guano y el salitre la causa mediata de la guerra del Pacífico. Se hace notar, sin embargo, que recién un año después de dictarse la ley que fijaba el paralelo 23 como límite norte del territorio chileno, vino a reclamar el gobierno boliviano.

Parece evidente que también para él el guano había pasado a ser interesante en 1843. Argumentó que las disposiciones de la ley chilena vulneraban la soberanía de su país en la zona de conflicto.

Una serie de incidentes en que participaron chilenos, bolivianos y extranjeros se produjeron después de 1842 en la región, todos relacionados con la explotación de los recursos naturales. Este hecho es subrayado sin calificativos por Francisco Antonio Encina^{*25}, con el presumible propósito de indicar que la situación era de sí y por sí explosiva.

Se insinúa un “desgaste de paciencia” que se sumará luego a otros motivos.

Por ejemplo, Bulnes se preocupa de establecer que la disputa histórico-jurídica nunca estuvo agotada para Chile, ni tampoco era unilateral: “Mientras ocurrían en la costa norte estos graves conflictos de jurisdicción, iba y venían entre ambos países misiones diplomáticas que debatían la cuestión de dominio de los tres grandes disputados, colocándose en el terreno histórico, esto es, saber si España había confiado la administración de ese territorio a las autoridades de Charcas o a las de la Capitanía General de Chile. Se registraron los archivos coloniales; se amontonaron pruebas y contrapruebas”²⁶.

²⁴ Arguedas, Alcides: *Op. cit.*, pág. 240.

* FRANCISCO ANTONIO ENCINA, historiador. En el siglo XX, uno de los autores que más influencia han tenido en la opinión pública chilena. También en la esfera política: fue consejero económico de varios gobiernos.

²⁵ Encina, Francisco Antonio, y Castedo, Leopoldo: *Resumen de la historia de Chile*. Editorial Zig-Zag, Santiago, Chile, 1954. Tomo III, pág. 1249-1251. (Se menciona solamente a Encina porque Castedo resumió el trabajo en términos netamente literarios. Las ideas son, en propiedad, responsabilidad de Encina).

²⁶ Bulnes, Gonzalo: *Op. cit.*, pág. 36.

Fernando Silva quiere apoyar las razones chilenas por vía jurídica cuando afirma, con un dejo inocente que “tal reclamo motivó una recolección y revisión de los títulos que ambos países esgrimían sobre el decreto y un continuo intercambio de oficios entre sus gobiernos”. Y añade, para recalcar el derecho con el hecho: “Mientras esto sucedía, la presencia chilena en aquel territorio no hacía sino aumentar y, de hecho, la mayor parte de los habitantes de la Bolivia provincial litoral de Cobija eran chilenos”. Su conclusión se dedica a anotar el apresuramiento y la agresividad de Bolivia: “En la década de 1860 la discusión sobre el problema se renovó, sin que se lograra llegar a la forma de un tratado de límites que zanjara las dificultades. Al contrario, en 1863 el parlamento boliviano autorizó al Ejecutivo para que declarara la guerra a Chile si este país no se allanaba a entregar el territorio usurpado”²⁷.

Después de la extrema determinación del parlamento boliviano, la situación se agravó. Bulnes narra el momento: “Cuando los ánimos estaban más exaltados sobrevino una situación inesperada que modificó la política de los pueblos del Pacífico: la guerra de España al Perú y la reivindicación que pretendió hacer de las Islas Chinchas. Los gabinetes del Pacífico se alarmaron, y Chile, Bolivia y el Ecuador hicieron propias la causa del Perú. Una corriente de fraternidad sopló sobre las cancillerías. Se consideraron secundarias las divergencias anteriores en presencia de la actitud de la ex metrópoli que, a juicio de los defensores y los apóstoles de la Unión Americana, aspiraba a la reconquista de sus antiguos dominios y los provocaba a una segunda guerra de la independencia”²⁸.

Los historiadores chilenos hacen hincapié en “la corriente de fraternidad” continental que motivó la agresión española. Pero todos parecen concordar en que nada tenía que ver esto con la disputa del litoral nortino. Esta aparece como un problema jurídico marginal a la hermandad, cuyas consecuencias políticas y económicas no resultaban mensurables ni definibles en el marco estrecho y circunstancial de una agresión transoceánica por terceros.

EN SINTESIS

Según Perú:

- La ambición chilena provenía de la oligarquía, y se excitó con el guano y el salitre.
- Fue una aventura de conquista de un pueblo fuerte pero pobre.
- la penetración chilena estuvo favorecida por la estabilidad de ese país y la diligencia de sus capitalistas.
- Bolivia permitió, con su debilidad, el ultraje a su soberanía.
- Chile necesitaba de la fuerza en vista de su ausencia de derechos.

Según Bolivia:

²⁷ Silva, Fernando: *Op. cit.*, págs. 584-585.

²⁸ Bulnes, Gonzalo: *Op. cit.*, pág. 36.

- Las riquezas descubiertas en Bolivia excitaron el ánimo expansionista chileno.
- Chile fue ocupando el litoral boliviano con maña y a pesar de las protestas.
- El gobierno chileno quería edificar allí la estabilidad económica que no tenía.
- La idea de la guerra, ante la agresión, se hizo popular en Bolivia.

Según Chile:

- El guano y el salitre desencadenaron el conflicto.
- El gobierno boliviano reaccionó (sólo) ante estos intereses, y no ante el daño a su soberanía.
- La situación en la zona era explosiva, no por agresiones, sino por sí.
- La presencia chilena allí era vastamente mayoritaria.
- La discusión sobre límites no cabía en el congreso americano que se organizó contra la agresión española.

Hacia la mitad del siglo, los acontecimientos se precipitaron en la zona de conflicto. Los intereses poderosos, que ya se habían instalado, y los hombres que estaban al frente y atrás de ellos, darían la lucha política y diplomática necesaria. Este capítulo abarca tres tratados: el de 1866, el Convenio Lindsay-Corral de 1872, y el tratado de 1874, todos de Chile con Bolivia.

Pero cubre, además, una figura a la que se ha pretendido presentar como decisiva: la del dictador Mariano Melgajero, a quien dos historiografías atribuyen la precipitación de la guerra y parte de la soberbia adquirida por el enemigo. Melgajero es un retrato conocido: el de un sujeto torvo que se instala en el poder a consumir y consumir. A la historiografía conservadora le cuesta —o no puede profundizar— explicar por qué un hombre de semejante calaña sienta su arbitrio sobre un pueblo. Sólo los vencedores —deseosos de justificar la cosa en una forma no coyuntural— se remiten a causas sociales estructurales. Pero siempre se trata de lo mismo: las cúpulas, los centros superiores de poder político y económico, son la rueda, el eje y hasta el movimiento de la historiografía conservadora.

Es natural que sean los historiadores bolivianos los más interesados en este período, y los que más extensión le dediquen. En Melgajero se ha encontrado al chivo expiatorio de la derrota. En sus actos diplomáticos, la consumación de ella. Son los maltratados.

La puerta de las culpas y los descargos es ancha.

VISIÓN PERUANA

Las negociaciones chileno-bolivianas continuaron su curso hasta 1866, superado ya el problema de la asonada española. En ese momento se produjo en Bolivia la decisiva subida al poder de Mariano Melgajero, vía golpe de Estado. La mirada de la historiografía peruana sobre Melgajero es clave en dos sentidos: pone de manifiesto su concepción de los chilenos, y evalúa el factor desencadenante de la guerra.

Dice Murtúa: “En todas partes, Melgajero era tenido por un déspota vulgar, salido a la superficie en un espasmo enfermizo de la sociedad boliviana”. Frente a este ser, Chile habría actuado con sagacidad y oportunismo: “En Chile, el déspota recibió una ola de hiperbólicas alabanzas de la prensa. Y el gobierno de La Moneda, a su vez, lo colmó de honores, y aun le concedió el más alto grado en los ejércitos de esa república. Era natural así, que la dominación de Melgajero resultara propicia a Chile”²⁹.

Otros estudiosos concuerdan en la mirada calculadora y ladina de la diplomacia chilena. Markham, por ejemplo, afirma que Melgajero —tiranuelo de muy poca monta— estuvo completamente dominado por los halagos chilenos.

²⁹ Murtúa, Víctor: *Op. cit.*, pág. 23.

Denegri inserta a Melgajero en un contexto más amplio: la inestabilidad histórica de la república boliviana. “Desde la caída del Presidente José Ballivián (1847) y salvo en los intervalos de los gobiernos de Linares (6 de setiembre de 1857 a enero de 1861) y de Frías, Adolfo Ballivián, Frías (de 1872 a 1876), también depuestos violentamente, Bolivia vivió gobernada por hombres incompetentes”. Y les da una dimensión épica a los gobernantes que considera responsables de la guerra: “Algunos de ellos, como Melgajero y Danza, pueden figurar entre los más abyectos emperadores de la decadencia de Roma o Turquía. Seres de sensualidad patológicas, abusivos y pendencieros...”³⁰.

Bajo el gobierno de Melgajero se afirmó el tratado chileno-chileno de 1866. En él se estableció que la línea de demarcación entre los países quedaba en el paralelo 24 de latitud meridional, “desde el litoral del Pacífico hasta los límites orientales”. El artículo segundo del tratado —importante en los sucesos posteriores—, señaló: “Se partirán por la mitad los productos provenientes de la explotación de los depósitos de guano descubiertos en Mejillones y los demás depósitos del mismo abono que se descubrieran entre los grados 23 y 25 de latitud meridional, como también los derechos de exportación que se perciban sobre los minerales extraídos del mismo espacio del territorio que acaba de designarse”³¹.

Se abría el condominio territorial, “fuerte permanente de disgustos y disputas”.

La historiografía peruana considera evidentes las ventajas del tratado para Chile, e incluso sugiere que fue una de las razones para que la aventura política del Melgajero no pudiera durar mucho. Para subrayar, anota que —tan íntimas eran las relaciones del tirano con Chile— el seguidor de Melgajero, Quintín Quevedo, organizó en Chile una expedición para retomar el poder en Bolivia.

VISIÓN BOLIVIA

El acceso al poder de Mariano Melgajero fue —en la historiografía boliviana— el mayor de los factores favorables a Chile en el litigio del litoral. También aquí la personalidad del dictador se perfila como crucial.

Alcides Arguedas lo llama “el brutal militarite”³².

Humberto Vásquez Machicado* abunda en las relaciones que la dictadura creó con los vecinos: “La subida de Melgajero al poder, el 28 de diciembre de 1864, significó no sólo el advenimiento de un régimen de violencia y de sangre, sino el del abaratamiento de las riquezas nacionales y de las parcelas del territorio que fueron entregadas sin control alguno al extranjero, sea en concesiones ominosas, como en tratados que aún hasta hoy siguen gravitando desastrosamente en nuestra vida”³³.

³⁰ Denegri, Félix: *Op. cit.*, pág. XXXVIII.

³¹ Murtúa, Víctor: *Op. cit.*, págs. 23-24.

³² Arguedas, Alcides: *Op. cit.*, pág. 373.

* **HUMBERTO VÁSQUEZ MACHICADO**, abogado, profesor, escritor, periodista e historiador. Nacido en 1904 y fallecido en 1957. Tiene abundante producción literaria en sus diversos campos de acción, y, mayoritariamente, en historia.

³³ Vásquez Machicado, Humberto: *Op. cit.*, pág. 359.

E insiste: “Haciendo contraste con el despotismo que reinaba en el interior... se distinguió por un servilismo abyecto para con los diplomáticos y países extranjeros”³⁴.

Camacho y Arguedas coinciden en lo mismo, pero añaden la maldad de los vecinos. Para el primero, éstos se aprovecharon de la Bolivia aterrorizada y escarnecida para “resolver a su favor las cuestiones que mantenían con Bolivia, arrancarle a jirones vastas porciones de su territorio y dejarla envuelta en un mundo de complicaciones y compromisos”³⁵. Arguedas dice que el país “habría caído en manos de un bárbaro y pronto iba a sufrir las consecuencias de su complicidad y de su impotencia para sacudirse de las aplastante tutela, pues fue ese el momento que los países vecinos aprovecharon para ensanchar su dominio territorial a costa de un pueblo enflaquecido y debilitado por sus constantes malandanzas”³⁶.

Finot imagina que en una época de fundación de bancos y contratación de empréstitos, sumada a la riqueza del guano y el salitre, “un régimen de orden y legalidad hubiera obtenido magníficos resultados” (...) y no el desbarajuste trágico que fue el saldo que dejó ese gobierno”. Finot describe ese desbarajuste con palabras de Ramón Sotomayor Valdés, historiador y diplomático chileno “de quien varios historiadores bolivianos han tomado buena parte de los datos que ilustran sus estudios sobre aquella época”³⁷.

Arguedas es más preciso, aunque adjetive más: “Chile y Brasil, que conocían de sobre al hombre, su manía de ostentación, su pueril vanidad y su crasa e ilimitada ignorancia, se apresuraron en acreditar misiones especiales con encargo de definir las pendientes cuestiones de límites que hasta entonces no habían podido ser solucionadas...”³⁸.

Lo que ocurrió luego es tratado con violencia y amargura por todos los historiadores bolivianos: se combina un Chile insaciable con un tirano insufrible.

Una misión diplomática chilena, compuesta del ministro Vergara y su secretario Walker Martínez, quienes “poseían del supremo arte de la seducción y el engaño” (Arguedas)³⁹ ganó el favor de Melgarejo “por medio de las más bajas adulaciones y del estímulo de sus depravados instintos” (Finot)⁴⁰, “después de prodigarle alabanzas que rayaban en el lirismo” (Camacho), lo cual, “insultado nuestro infortunio, fomentaba la crápula en el palacio”⁴¹.

A través de estos medios, la legación chilena habría obtenido la firma de Melgarejo para un tratado redactado, “según carta oficial pública del propio Melgarejo”⁴², por el mismo representante chileno Vergara Albano.

³⁴ Vásquez Machicado, Humberto: *Op. cit.*, pág. 362.

³⁵ Camacho, José María: *Op. cit.*, pág. 280.

³⁶ Arguedas, Alcides: *Op. cit.*, pág. 276.

³⁷ Finot, Enrique: *Op. cit.*, pág. 273.

³⁸ Arguedas, Alcides: *Op. cit.*, pág. 277.

³⁹ Arguedas, Alcides: *Op. cit.*, pág. 278.

⁴⁰ Finot, Enrique: *Op. cit.*, pág. 273.

⁴¹ Camacho, José María: *Op. cit.*, pág. 280.

⁴² Vásquez Machicado, Humberto: *Op. cit.*, pág. 362-363.

Finot afirma que el tratado de 1866 es el origen de la guerra.

Camacho abunda: la región salitrera y su pugna “fue resuelta con la pérdida de la extensa zona litoral comprendida entre los paralelos 25 y 24 de latitud austral que pasaron al dominio de Chile. Más el derecho a la mitad de los productos minerales y guaneros descubiertos o que se descubrieron hasta el paralelo 23. Aparte de esto, quedaron exencionados los productos chilenos de todo gravamen de importación, por Mejillones”⁴³.

Arguedas trata al convenio de “leonino y disparatado”, y Humberto Vásquez Machicado observa que “como la parte chilena carecía de riquezas, la zona boliviana era la única en la cual se partían utilidades. Todo esto alentó las ambiciones chilenas y, en realidad, fue la verdadera causa de la pérdida de nuestra salida al mar”.

Los capitalistas chilenos no están exentos de responsabilidad. Según Vásquez Machicado, “los interesados se entendían directamente con el gobierno y a base de miserables entregas en efectivo, del cual siempre estaba falto Melgarejo, obtenían concesiones verdaderamente monstruosas”. Camacho dice que el peor trato de todos fue la concesión a Ossa y Puelma, de Santiago, “para explotar y exportar libremente por el espacio de quince años los salitres del Salar del Carmen. Alcanzaron esta estupenda concesión en cambio de \$ 10.000 y dos perros cachorros”. Este trato, anota Vásquez Machicado, “fue después la causa ocasional de la guerra con Chile en 1879”⁴⁴.

Finot sintetiza el sentimiento de desgracia: “No parece sino que se hubiera colocado adrede a la cabeza de una república precisamente a Melgarejo, para malbaratar todas las fuentes de riquezas que en aquel momento brotaban espontáneamente del privilegiado suelo boliviano”⁴⁵.

Una vez derrocado Melgarejo, la asamblea d 1871 “declaró nulos los actos de su administración, así como las concesiones que hubiese otorgado en forma ilegal. Los afectados podían recurrir a los tribunales de justicia”⁴⁶.

La medida ponía en entredicho la propiedad de Chile sobre ese litoral (descrito en el tratado de 1866) y las concesiones no menos importantes de Ossa y Puelma, que éstos habían transferido a Melbourne, Clark y Cía. Para los efectos diplomáticos, Bolivia envió a Rafael Bustillos como representante. Su misión era, para Arguedas, no sólo pacifista, sino sumamente lógica.

Debía buscar la modificación del tratado de 1866, “en virtud de la cual renunciaría Chile a la participación de los derechos de extracción de los minerales producidos entre los grados 23 y 24, de modo que el paralelo de este último grado fuera el lindero entre ambos estados, siendo cada uno de ellos señor absoluto y exclusivo del suelo y sus productos; esto es, suprimir del todo la absurda medianería”⁴⁷.

⁴³ Camacho, José María: *Op. cit.*, pág. 281.

⁴⁴ Vásquez Machicado, Humberto: *Op. cit.*, pág. 361.

⁴⁵ Finot, Enrique: *Op. cit.*, pág. 277.

⁴⁶ Vásquez Machicado, Humberto: *Op. cit.*, págs. 379-380.

⁴⁷ Arguedas, Alcides: *Op. cit.*, pág. 311.

Arguedas afirma que las negociaciones encontraron dificultades en Chile, “porque era ya visible que en la parte del litoral donde los súbditos de se país habían emprendido grandes trabajos para la explotación de sus riquezas naturales, existía el propósito latente de independizar esa rica zona del poder de Bolivia”⁴⁸.

La proposición chilena fue adquirir la zona a cambio de dinero, lo que para Finot prueba que “desde esa época, la intención de los capitalistas chilenos comprometidos en la explotación de los productos naturales del litoral boliviano era posesionarse de aquel territorio”⁴⁹.

El 5 de diciembre de 1872 se firmó un protocolo entre el representante chileno Santiago Lindsay y el ministro boliviano Corral, “por el que se declaraba, entre otras cosas, que los límites entre ambos países era las cumbres más altas de los Andes y el grado 24 de latitud sur y manteniendo siempre una zona de explotación en común”⁵⁰. Finot considera que sólo se consiguió “reglamentar el régimen de la medianería”⁵¹. El tratado estableció que la tarifa aduanera no podría modificarse sino de común acuerdo.

El congreso de 1871 había aprobado también la revisión del contrato con Malbourne, Clark y Cía., gravándolo con un impuesto de diez centavos por cada quintal de salitre que fuera exportado de Bolivia. Finot ve en esto un inefable error: “Que lejos estaban el gobierno y el congreso de comprender que ese acto había de ser el pretexto para la guerra, que no tardaría en desencadenarse entre Bolivia y su vecino del sudoeste”⁵². Pero el asunto quedó pendiente por el convenio Lindsay-Corral.

El tratado fue mal recibido pro la opinión boliviana. En 1874, se firmó en Sucre un nuevo tratado con Chile. Se mantenía a línea divisoria del paralelo 24, y se suprimía la medianería en la explotación del salitre. Pero Bolivia “se comprometió a no aumentar los impuestos existentes, durante 25 años, para los capitales e industrias chilenas establecidas en su litoral”⁵³.

Camacho considera el tratado de 1874 como parte de las “gestiones de Chile para salvar a su favor los inconvenientes de la mancomunidad territorial”. Bolivia, agrega, quedaba “impedida de poner ninguna nueva contribución ni recargar la existente sobre los minerales que se explotasen”. Estas regalías contribuyeron decisivamente a “la influencia al litoral de mucha población chilena y el retrotraimiento de la boliviana, que con ser la señora se vio en condiciones menos favorecidas”⁵⁴.

Arguedas recuerda que ese año el porcentaje de chilenos en Antofagasta subió al 95%. En general, los historiadores bolivianos insinúan que el tratado de 1874 fue un intento de magnitud, con grandes concesiones, por detener la ya inminente apropiación de *facto* de parte de Chile.

⁴⁸ Arguedas, Alcides: *Op. cit.*, pág. 312.

⁴⁹ Finot, Enrique: *Op. cit.*, pág. 293.

⁵⁰ Arguedas, Alcides: *Op. cit.*, pág. 312.

⁵¹ Finot, Enrique: *Op. cit.*, pág. 294.

⁵² Finot, Enrique: *Op. cit.*, pág. 291.

⁵³ Finot, Enrique: *Op. cit.*, pág. 294.

⁵⁴ Camacho, José María: *Op. cit.*, págs. 307-308.

VISIÓN CHILENA

La figura de Melgarejo no es muy importante en Chile. En la mayor parte de los textos se desliza la idea de que no se trató de un asunto de personalidad del gobernante, sino de la generalizada inestabilidad de sus instituciones. La imposición de un gobernante por las armas era en ese país un procedimiento sancionado por el uso.

Bulnes desmonta todas las suposiciones bolivianas y peruanas en torno al eventual aprovechamiento chileno. Al contrario: “Melgarejo extremó las manifestaciones de alegría por la reanudación de las relaciones con Chile, y le propuso un arreglo de las cuestiones pendientes que fue aceptado con ligerísimas modificaciones. La proposición del gobierno de Bolivia fue el tratado de 1866”⁵⁵.

El tratado acogía como fórmula de transacción el límite en el paralelo 24, y la repartición por la mitad de los derechos de explotación en los paralelos 23 y 25.

Diego Barros Arana* señala que hay un probable error de Chile en la firma de 1866: “Para que un tratado semejante produjera los resultados que se buscan era necesario que los estados contratantes contando con gobiernos serios y estables estuvieran animados de un mismo respeto por las estipulaciones hechas y del propósito firme de cumplir lealmente los compromisos financieros contraídos”. Barros Arana es terminante para cerrar esta idea del interlocutor no válido: “Bajo todos estos aspectos Chile estaba perdido por el pacto de 1866”⁵⁶.

Bulnes ve mala voluntad en las interpretaciones de Bolivia, y un error de fe en la firma del tratado por parte de Chile. “Antes de mucho tiempo, ambos países estaban descontentos con el tratado. Bolivia, inspirándose en los alegatos históricos de sus publicistas, lo apreciaba como una concesión graciosa de parte de su territorio, arrancada a la ignorancia de un caudillo que supeditaba la voluntad nacional. Chile, con igual convencimiento, creía haber regalado terreno indiscutiblemente propio, sin obtener la solución pacífica que buscaba al suscribirlo”⁵⁷.

En 1871 estalló una nueva revolución en Bolivia. Se constituyó un nuevo gobierno en lugar del depuesto Melgarejo, y se dictaminó que todos los acuerdos anteriores quedaban nulos. Chile buscó nuevas fórmulas para salir de la *impasse*. Así se llegó al convenio Lindsay-Corral.

El convenio recogió, con algunas modificaciones operativas, los mismos puntos del tratado de 1866. Firmado en diciembre de 1872, no llegó a convertirse en tratado por oposición de Bolivia. La razón de esto, según la historiografía chilena, es que en el

⁵⁵ Bulnes, Gonzalo: *Op. cit.*, pág. 36.

* **DIEGO BARROS ARANA**, historiador y periodista. Tuvo importantes cargos públicos en el siglo pasado, como educador, político y diplomático. Activo adherente a los liberales, tuvo responsabilidad en las negociaciones con Argentina sobre la Patagonia. Es una figura eminente y prolífica en historia.

⁵⁶ Barros Arana, Diego: *Historia de la guerra del Pacífico*, Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile, 1979. Pág. 22.

⁵⁷ Bulnes, Gonzalo: *Op. cit.*, pág. 39.

mismo momento Bolivia gestionaba las bases del tratado secreto de defensa mutua con Perú.

Walker Martínez, por Chile, y el canciller Mariano Baptista, por Bolivia, permitieron que las negociaciones se llegaran a transformar en un nuevo tratado en 1874. Este conservó los límites en el paralelo 24, hizo renunciar a Chile a las ganancias de los paralelos 23 y 25, y comprometió a Bolivia a no aumentar por 25 años los impuestos a chilenos.

En Bolivia, no sin una fuerte oposición, se aprobó el tratado.

Bulnes considera este tratado como equitativo. Sugiere que la belicosidad boliviana tuvo siempre más peso que sus declaraciones de paz. Esta sería una prueba: “A primera vista no se explica la ardorosa oposición que el pacto encontró en Bolivia. No herí sus intereses, no ofendía su dignidad, no lastimaba su soberanía”⁵⁸.

EN SÍNTESIS

Según Perú:

- Melgarejo fue un déspota enfermizo. Chile se aprovechó de él con halagos.
- Melgarejo abrió, con el tratado de 1866, el peligroso condominio territorial.
- Las ventajas del tratado de 1866 eran evidentes para Chile.

Según Bolivia:

- Melgarejo instauró un régimen de sangre y, además, fue servil con los vecinos.
- Chile y Brasil se aprovecharon del tirano en las cuestiones de límites.
- Chile, insaciable, obtuvo con halagos la firma del tratado de 1866.
- El tratado de 1866, con sus condiciones, es el origen de la guerra.
- Cuando cayó Melgarejo, Chile quiso comprar el territorio: eso prueba que la voluntad era anexarlo de cualquier modo.
- El impuesto de 10 centavos fue un error, porque dio pretexto a Chile.
- El tratado de 1874 fue un intento por detener la expansión *de facto* de Chile, pero sólo logró que la población chilena en la zona creciera.

Según Chile:

- Melgarejo fue sólo un capítulo más en la historia inestable de Bolivia.
- Melgarejo fue el que propuso el tratado de 1866.
- Chile erró al firmar ese tratado, porque no había interlocutor válido.
- A la caída de Melgarejo, Chile buscó nuevas fórmulas para preservar la paz.

⁵⁸ Bulnes, Gonzalo: *Op. cit.*, pág. 48.

Entre las argumentaciones que resultaron decisivas para la guerra, ocupó un lugar especial el tratado secreto Perú-boliviano de 1873. Este no es un capítulo grato para la diplomacia de los países. Unos dicen que fue defensivo y, en todo caso, conocido. Otros replican que, en su carácter secreto, no se justificaba que fuera sólo defensivo y, en fin, ello es inverosímil. Y si se conoció, no fue por voluntad de los gobiernos, sino por infidencias en las informaciones.

Hay otra razón para que esta historia sea oscura y sea un permanente intercambio de cargos y disculpas: la justificación de la guerra está muy cerca del tratado. También su justicia o injusticia. Quizás si pudiera conocerse la verdadera trama de este tema podríamos comenzar a discernir con certeza las causas directas y concretas de la guerra. Eso es lo que parecen defender con celo ciertos historiadores.

Conviene detenerse en las citas para descubrir sus implícitos. Puede ayudar. Y no dejarse llevar por la extensión: aquí el silencio también es significativo. Perú dedica más espacio al punto. Detrás de eso está la idea de que, a no ser por el tratado, nada habría tenido que ver el país en la guerra.

Todo es posible. Demasiado poco está definitivamente claro.

VISIÓN PERUANA

La debilidad producida en Bolivia por la caída de Melgarejo es, en la historia peruana, la fuente inmediata del tratado secreto firmado con ese país en 1873. Antes de esto —concuerdan—, Perú nada tuvo que ver con el conflicto. Y precisamente porque Chile invocó el tratado secreto como razón para la guerra, la historiografía peruana ha puesto especiales empeños en aclarar el punto.

El tratado se gestó cuando Quintín Quevedo, el segundo hombre de Melgarejo, quiso retomar el poder en Bolivia. Preparó una expedición en Chile y, a su fracaso, los rebeldes se refugiaron en la fragata chilena O'Higgins. El gobierno boliviano pidió que se devolvieran las armas usadas por los hombres de Quevedo, y el chileno respondió que la demanda sería atendida por los tribunales. En Bolivia, esta respuesta no sólo causó molestias, sino que se creyó ver con claridad cuáles eran las intenciones de Chile. Por estos —dicen los peruanos— buscó la firma de un tratado defensivo con Perú.

Andrés Cáceres* adopta un tono objetivo para despejar sospechas: “El tratado de alianza defensiva fue firmado el 6 de febrero de 1873, siendo Presidente de Bolivia el señor Adolfo Ballivián y del Perú el señor (Manuel) Pardo, a iniciativa del primero y ante la complicación creciente de las relaciones entre Bolivia y Chile. El objeto de este

* **ANDRÉS CÁCERES**, militar y político. Participó activamente en la guerra del Pacífico, donde le tocó dirigir al ejército peruano en la Campaña de la Sierra. Se opuso al tratado de Ancón fundando el partido Constitucional, de clara tendencia nacionalista. Derrocó al gobierno de Iglesias y fue Presidente de 1886 a 1890. En 1894 fue reelegido en el cargo, y derrocado por Nicolás de Piérola. Murió en 1923, a los 87 años.

tratado, como puede verse, era garantizar la integridad y soberanía de ambas repúblicas y defenderlas contra toda agresión exterior”⁵⁹.

Víctor Murtúa integra motivos humanitarios al tratado: “Un país nuevo y animado de semejantes ideales (Perú) no podía vacilar en presencia de la situación que se ofrecía a las repúblicas australes en 1872”.

Estaban los malos: “Por una parte, Chile, armado hasta los dientes, en eterno camino de expansión, envuelto en rencillas y acusado de fomentar revoluciones”.

Y los buenos-débiles: “Por otra parte, la Argentina y Bolivia, viviendo con el alma en un hilo y temiendo despertar cualquier día al ruido de cañones y fusiles”.

En fin, los buenos-cautos: “El Perú, además, tenía mucho que guardar. Su departamento de Tarapacá era un emporio de riqueza y en Chile despertaba una pasión demasiado golosa”.

Debilidad, bondad y cautela: “Nada más natural, pues, que revivir la política de unión americana, de alianza para la común defensa que el Perú había proclamado con entusiasmo desde 1826. Este fue el espíritu, éstos los móviles que presidieron la alianza”⁶⁰.

Escasos historiadores peruanos dudan de esta interpretación. Muy pocos explican la prisa con que firmó Perú el tratado, siendo que Argentina no se pronunciaba y Bolivia no era un aliado conveniente en su debilidad. Tampoco se dilucida el porqué de un tratado con un país al que se reconocía como políticamente inestable.

Pietro Perolari* se preocupa con más realismo del tema: “¿Qué motivos pudieron haber inducido al señor Pardo, Presidente de la república peruana, a una alianza con la de Bolivia? Al parecer este país fue y es siempre considerado por los gobernantes del Perú como un peligroso vecino (...) Los intereses de Bolivia son contrarios al Perú y en armonía con los de Chile. A Chile le conviene el litoral boliviano, a Bolivia el territorio de Tacna y Arica. Se puede, por tanto, suponer que uno de los motivos que indujeron al Perú a un tratado de alianza con Bolivia fue el de impedir que esa república celebrase uno semejante con la de Chile”⁶¹.

Basadre concuerda: “Seguramente hubo el temor de que Bolivia, embotellada, se fuera contra Perú como otrora y de que si no se producía la alianza peruano-boliviana, podría producirse la alianza chileno-boliviana, peligrosa para la costa sur del Perú”⁶².

⁵⁹ Cáceres, Andrés: *La guerra del 79: sus campañas (Memorias)*, Editorial Carlos Milla Batres, Lima, Perú, 1977 (Tercera edición). Pág. 9

⁶⁰ Murtúa, Víctor: *Op. cit.*, pág. 53.

* **PIETRO PEROLARI-MALMIGUATI**, historiador italiano. Su obra *Il Peru e suoi tremendi giorni* es ampliamente citada y difundida por autores peruanos.

⁶¹ Perolari-Malmiguati, Pietro: *Il Perú e i suoi tremendi giorni*, cap. X, pág. 279. Citado por Paz Soldán, Mariano Felipe: *Narración histórica de la guerra entre Bolivia, Chile y Perú*, Volumen I, pág. 23.

⁶² Basadre, Jorge: *Op. cit.*, Volumen II, pág. 150.

José Antonio de Lavalle*, el mediador que viajó a Chile, revela también razones de orden interno, con poderosa gravitación económica: “El desorden de nuestra administración, nuestras continuas revoluciones, y, por último, los enormes empréstitos contraídos con la mejor intención tal vez, por el gobierno del coronel Balta, alteraron considerablemente el equilibrio entre las entradas y los gastos de la nación. La necesidad de restablecerlo obligó al señor Pardo a procurar en los productos del salitre los medios de conseguirlo. Las medidas tomadas al efecto hirieron profundamente los intereses de Chile, y le hicieron temer, con sobrado fundamento, un conflicto con esa nación”⁶³.

Markham sostiene que el Perú siempre entendió que la guerra iba dirigida contra él y no contra Bolivia. Lo que en cierto modo descalifica los “altos motivos” invocados por otros historiadores en torno al pacto de 1873.

Pero, sin excepción, todos consideran al tratado como Pons: “netamente de carácter defensivo”⁶⁴. En lo básico, estableció que Bolivia y Perú garantizaban la integridad de sus territorios ante agresiones foráneas. Si el otro país firmante no estimaba lo mismo, la ofensa a un país no era causa de guerra. Y, en el artículo tercero, se especificaba que “esta ley permanecerá reservada hasta que el ejecutivo necesite usar de ella”. Este punto, el secreto del tratado, ha sido ampliamente debatido en Perú. Es que fue el motivo por el cual Chile lo calificó de agresivo.

Unos sostienen que ello era lícito y justo.

Otros, que no importa.

Y los terceros, que fue un grave error, no en sí, sino porque dio a Chile argumentos. Lavalle sintetiza: “hecho públicamente y a toda luz, hubiera sido un motivo más de malevolencia de parte de Chile hacia Perú... pero todos esos efectos los hubiera producido cuatro años antes: hecho públicamente y a toda luz en 1873, en 1879 no podía ser ya ni pretexto: mucho menos, hubiera estado ya reducido a uno de los muchos tratados de fraternidad americana”⁶⁵.

Pero, además, agregan los historiadores peruanos, el tratado fue conocido en Chile. De hecho, fue debatido en el parlamento argentino. Denegri, citando al historiador chileno Mario Barros (*Historia diplomática de Chile*), agrega datos: el tratado fue publicado en el boletín de pactos internacionales que la cancillería brasileña publicaba anualmente. Y se tradujo al inglés, y apareció en la revista *Foreign Relations* del Departamento de Estados Unidos, el 15 de enero de 1874. La última afirmación de Denegri es que la cancillería chilena conoció el tratado desde el momento mismo de su firma.

* JOSÉ ANTONIO DE LAVALLE, ministro plenipotenciario de Perú ante el gobierno de Chile en 1879. Como canciller, firmó el tratado de Ancón. Sus *Memorias* las escribió “no con el ánimo de publicarlas ahora (1882), sino cuando el tiempo en su curso haya hecho pasar al dominio de la historia lo que hoy es del de la actualidad”.

⁶³ De Lavalle, José Antonio: *Mi misión en Chile en 1879*, (prólogo de Félix Denegri), Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú, Editorial Ausonia Talleres Gráficos, Lima, Perú, 1978. Pág. 28.

⁶⁴ Pons, Gustavo: *Op. cit.*, pág. 172.

⁶⁵ De Lavalle, José Antonio: *Op. cit.*, págs. 30-31.

Hay más: la función pacifista del tratado de 1873 se vería reforzada por la actitud peruana ante el tratado chileno-boliviano de 1874, que puso fin al sistema de condominio. Denegri y Basadre señalan que si Perú hubiese deseado la guerra, habría tratado de que Bolivia no aceptase los términos de un acuerdo que veía como injusto, y la habría apoyado en una intransigencia total.

Denegri quiere demostrarlo: “Así fue que, cuando Baptista consiguió celebrar con Walker Martínez el tratado de 1874, no muy ventajoso para Bolivia, pero que parecía quitar toda ocasión de conflicto, José de la Riva Agüero en vez de acusar de inconstancia al gobierno boliviano y lamentarse de este cambio de frente en la política del aliado, influyó para su aprobación y se felicitó del resultado”.

Para 1874 la paz había retornado a la zona conflictiva; una vez —para los peruanos— ficticia e ilusoria, porque Chile siguió armándose y adquirió los blindados Blanco y Cochrane. Bolivia, entretanto, seguía haciendo esporádicas concesiones.

VISIÓN BOLIVIANA

“La excesiva preponderancia de elementos trabajadores chilenos que eran mayoría en el litoral, la proliferación de capitales chilenos en la zona y las no disimuladas aspiraciones de Chile sobre ese territorio tan rico... preocuparon tanto al Perú como a Bolivia”⁶⁶. La cita representa con extrema nitidez la argumentación que usa la historiografía boliviana para justificar el tratado secreto con Perú.

En su tratamiento, el pacto fue eminentemente defensivo y tuvo por misión detener la expansión chilena, que amenazaba los dominios que ambos países. Alcides Arguedas va más lejos. Explica que era claro que las ambiciones de Chile alcanzaban también —y quizás sobre todo— al departamento peruano de Tarapacá, tanto o más rico que el territorio de Atacama. Dice que “el Perú, que venía siguiendo con marcadísimo interés todas las fases de la política internacional de Chile, en el fondo entrañaba una real amenaza para sus propósitos de predominio económico en la costa del Pacífico”⁶⁷, impulsó el establecimiento de una alianza con Bolivia para utilizarla como fuerza auxiliar y amortiguadora en su lucha con Chile por la hegemonía en el Pacífico Sur. El historiador supone, eso sí, que Chile se habría impuesto de todos modos, a la vista de su implacable política expansionista.

Y no se detiene en afirmar que Perú “armó” el tratado. Plantea, incluso, que “en rigor, en las causas profundas de la guerra injusta del 79, Bolivia juega un rol secundario hasta cierto punto”⁶⁸. Es curioso observar cómo en los tres adjetivos de esta frase (profundas, injustas, secundario) se implica el cuadro orgánico y completo de la visión boliviana de la guerra.

José María Camacho vincula la firma del tratado a la nacionalización del salitre peruano, medida adoptada por el gobierno de ese país para salir de la bancarrota, dado

⁶⁶ Vásquez Machicado, Humberto: *Op. cit.*, pág. 362.

⁶⁷ Arguedas, Alcides: *Op. cit.*, pág. 321.

⁶⁸ Arguedas, Alcides: *Op. cit.*, pág. 376.

que “muchos de los propietarios del salitre eran chilenos y habían antecedentes de la activa protección que el gobierno de Chile ejercitaba a favor de sus nacionales”⁶⁹.

La historia boliviana subraya con insistencia que el tratado “era puramente defensivo”⁷⁰. Prácticamente no hay quién responda del por qué del secreto, ni de la invitación a Argentina para que los suscribiera. Tampoco se explica por qué habría de ser el resultado de la nacionalización del salitre peruano; si ésta era una medida *de facto*, arriesgada *per se*, no hay razón par que el tratado la respalda después de ser tomada, y no antes.

Los mismos historiadores sugieren que el pacto de Bolivia con Chile (1874) fue firmado con la convicción de que Chile quedaría satisfecho en sus pretensiones económicas. Pero las concesiones, en lugar de morigerar, espolearon la voluntad chilena de coronar su expansión económica y demográfica en el litoral boliviano y la provincia de Tarapacá. Esto es general: el tratado de 1874 le parece a los bolivianos inequívocamente favorable a Chile. Lo que refuerza la idea de que este país consideraba los acuerdos internacionales como meros hitos de un plan fríamente calculado y ejecutado.

Hay que tener esta noción como un lugar común en la historia boliviana: Chile fue un adversario voluntarioso, ladino e inescrupuloso.

VISIÓN CHILENA

Dice Gonzalo Bulnes: “En 1872 fue elegido Presidente del Perú don Manuel Pardo. El país estaba en bancarrota. Las ventas públicas no bastaban sino para saldar la mitad del presupuesto. El guano, la principal riqueza del estado, declinaba (...) Una de las causas de esta situación era la competencia que hacía el salitre al guano (...) Pardo optó por reunir en una mano el guano y el salitre, o sea por extender al salitre el régimen que se aplicaba al guano. Este era monopolio fiscal”⁷¹.

Y a esto le suma: “No había estanco posible mientras los salitreros de Antofagasta pudieran vender libremente su producto en el mercado”⁷².

A fines de 1872, refiere Gonzalo Bulnes, la asamblea legislativa de Bolivia “autorizó por una ley al ejecutivo para solicitar la alianza del Perú, y ratificar el tratado que celebrase sin necesidad de someterlo a la aprobación legislativa. Este fue el origen del tratado secreto celebrado entre Perú y Bolivia en febrero de 1873 (...) Todo hace creer que la actitud de Bolivia obedecía a sugerencias del Perú para conseguir su alianza y tener en su mano el gobierno de los salitres, sin lo cual el vasto plan económico basado en los estancos no se podía realizar”⁷³. No dice Bulnes qué es el “todo” que le hace “creer” en semejante maquinación. Pero le interesa subrayar más las razones —el estanco— que los mecanismos, como ocurre con frecuencia en la historiografía chilena cuando este punto es tocado.

⁶⁹ Camacho, José María: *Op. cit.*, pág. 302.

⁷⁰ Finot, Enrique: *Op. cit.*, pág. 295.

⁷¹ Bulnes, Gonzalo: *Op. cit.*, Tomo I, págs. 56-57.

⁷² Bulnes, Gonzalo: *Op. cit.*, Tomo I, pág. 48.

⁷³ Bulnes, Gonzalo: *Op. cit.*, Tomo I, pág. 59.

Según estas tesis, el plan peruano contaba con precipitar las cosas hacia 1874. Hubo tres motivos para explicar el fracaso de ese proyecto. Primero, Argentina no se incorporó al tratado; segundo, se firmó el tratado de límites chileno-boliviano ese mismo año; y tercero, Chile incrementó su poderío naval comprando los blindados Cochrane y Blanco.

Encina recalca los tintes económicos de las pretensiones peruanas. “Así es que de los diversos móviles”, dice, “que habían introducido a Pardo a gestionar la alianza tripartita con Bolivia, en 1879, sólo quedaban en pie tres: el deseo de afianzar el monopolio del salitre, la antipatía del pueblo peruano por Chile, y el afianzamiento del poderío peruano en el Pacífico Sur (...) Al estallar el conflicto chileno-boliviano, gobernaba el Perú el general Mariano Ignacio Prado (...) Rehuyó cuanto le fue posible la guerra, por temperamento, por cordura y hasta por egoísmo (...) Enfrente al pacífico de Prado, se alzaba la belicosidad activa de un partido poderoso, el civilista, en el cual figuraba la mayoría de los magnates de Lima (...) Casi todos interesados en la industria salitrera que necesitaba de la guerra para conservar el monopolio”⁷⁴. La insinuación es clara: si Perú “necesitaba” la guerra, la razón del tratado secreto era utilizar a Bolivia como “colchón” y detonante.

Los historiadores chilenos han sido unánimes en considerar que el carácter secreto del tratado de 1872 avala el ánimo belicoso en que se había gestado. Más aún: el tratado fue una de las causas formales que esgrimió la diplomacia chilena en los momentos previos a la guerra. Sobre la opinión pública chilena, la difusión de esta hecho causó un impacto psicológico de proporciones inusitadas. E incluso hasta hoy, sigue gravitando como una explicación popular de la justicia de la guerra y de lo torvo de las intenciones aliadas.

Para Chile, el tratado era agresivo. Si bien no se explica en que términos y condiciones pudiera prepararse una agresión contra el territorio chileno, sí se da por sentado que estaba en marcha un plan para despojar a los intereses de particulares chilenos en la zona de Atacama y Tarapacá. Esto, sin embargo, también se ha encubierto con razones más tolerables y menos empresariales: la protección de los ciudadanos (compatriotas) sometidos a vejámenes y violencias por gobernantes hostiles.

Una prueba —que a los historiadores chilenos les parece contundente— de la voluntad pacifista del Presidente Pinto, puede encontrarse en el momento en que se planteó el conflicto con Bolivia. Chile solicitó la mediación del Perú (la misión Lavalle), lo que dejaría inequívoca constancia de que desconocía el tratado de 1872.

EN SÍNTESIS

Según Perú:

⁷⁴ Encina, Francisco Antonio: *Historia de Chile*. Editorial Nascimento, Santiago, Chile. Tomo XVI, págs. 274-275.

- Bolivia, que creyó ver intenciones agresivas de Chile, buscó la firma del tratado.
- El tratado era defensivo.
- Perú lo firmó por razones de solidaridad humanitaria con los países.
- La guerra siempre estuvo dirigida por Chile contra Perú.
- El carácter secreto del tratado fue: a) lícito; b) sin importancia; c) un error, porque dio pretexto a Chile.
- El tratado fue conocido por Chile al momento mismo de su firma.
- La actitud pacifista de Perú se confirma en el apoyo al tratado chileno-boliviano.

Según Bolivia:

- La proliferación de empresas chilenas en la zona preocuparon a Bolivia y Perú.
- El tratado fue defensivo, y su misión, detener la expansión chilena.
- Las ambiciones chilenas alcanzaban sobre todo al departamento peruano de Tarapacá.
- Perú propuso el tratado para usar a Bolivia como apoyo.
- Bolivia es secundaria en guerra.
- Perú lo firmó para apoyar su medida de nacionalización del salitre.

Según Chile:

- Prado quiso apoyar el estanco del salitre mediante un pacto con Bolivia.
- Bolivia solicitó (sólo en la forma) la alianza, gestionada por Perú.
- Prado rehuyó la guerra; la propiciación los magnates de Lima.
- El carácter secreto del tratado demuestra que era agresivo.
- Se pretendía despojar a los intereses chilenos en la zona.
- Chile desconocía el tratado.

La historiografía tiende a repetir —a escala y a distancia— los argumentos que son su objeto de estudio.

Cuando en la Guerra del Pacífico se había pasado la etapa de maduración y advenía ya el inminente conflicto, todos los movimientos diplomáticos, militares y políticos se coordinaron para defender la posición propia. Esa es, acaso, la razón de fondo en la confusión que rodea al período. Los historiadores han cautelado la visión inicial de sus países, o bien aquella que confiere alguna racionalidad a la guerra.

Y otra vez aparece aquí una figura sobre un pueblo, una decisión sobre una conveniencia general: Hilario Daza, más o menos fustigado por los distintos actores. Otra vez, también, los arquetipos: el agresor ladino, la conjura mal tramada. Peruanos y bolivianos disienten en otros puntos, pero concuerdan en su pacifismo. Los chilenos quieren desmontar el aparato de acusaciones y justificaciones de aquéllos.

Este capítulo deja los argumentos a las puertas de la guerra. Por eso mismo, y porque está más cerca de las consecuencias, es preciso aceptar que la mayoría de ellos tiene al menos una doble lectura.

Lo que no se relaciona con la verdad ni la mentira, sino con la imperiosa necesidad de justificar —psicológica y sociológicamente— los hechos.

VISIÓN PERUANA

La paz ficticia duró hasta 1876. Fue entonces cuando asumió la presidencia de Bolivia el general Hilarión Daza. En Perú, la figura de Daza ha sido asimilada a la de Melgarejo, con un matiz: los defectos de éste, como en un espejo anamórfico, se amplía considerablemente en aquél.

Se encarga Denegri: “Largo sería relatar los hechos de Daza en los tres (...) años de su desastroso gobierno, que fue una bacanal continuada; bastará decir que era amigo de lujo, del baile, las mujeres y el alcohol, y que le gustaba llamar la atención en público, saliendo acompañado siempre de sus veintún edecanes lujosamente uniformados”. Y anecdotiza luego: “En sus cumpleaños se confeccionaba todo un programa de festejos que duraba ocho o diez días ininterrumpidos, como se ve en los realizados en el memorable año de 1879”⁷⁵.

Bajo la presidencia de Daza, en 1878, el gobierno boliviano decidió alterar el impuesto a la producción del salitre y sustituir el 10% de las ganancias producidas por el salitre explotado en suelo boliviano, por un impuesto de 10 centavos al quintal de salitre exportado por Antofagasta. Según José Valega*, la medida se tomó

⁷⁵ Denegri, Félix: *Op. cit.*, pág. XXXIV.

* JOSÉ VALEGA, abogado. Sus *Causas y motivos de la guerra del Pacífico* fueron presentadas a un concurso para “aficionados a la historia” en 1916. Este no se realizó, pero Valega editó la

“aprovechando los rumores de desacuerdo entre Chile y la República Argentina que amenazó llevarlos a la guerra”⁷⁶.

Chile protestó contra la decisión. Al respecto, los historiadores peruanos están divididos: unos consideran que fue legítima, y otros, que obedeció a la miopía política de Daza.

Entre los primeros, Valega. Argumenta que el artículo cuarto del tratado sino que a la transacción condicional, contrato privado en que se adjudicaban a la Compañía del Salitre todas las salitreras existentes en el sur”⁷⁷.

La tesis es poco aceptada por otros historiadores. El error —sostienen— de Daza fue sentir un manifiesto desprecio por Chile. ¿Razones? Primero: veía a Chile como un país desarmado. Segundo: sus informaciones decían que la guerra con Argentina era inevitable, y por lo tanto Chile tendría que concentrarse en el sur aceptando otras presiones. Tercero: confiaba en el tratado con Perú. En esta línea, varios historiadores afirman que el impuesto rompía el tratado de 1874.

Denegri es lapidario: “Por largos meses el gobierno del Mapocho fue contemplativo con las majaderías de Daza, quien iba cobrando más bríos ante la engañosa debilidad y la aparente sumisión de los chilenos”⁷⁸.

El impuesto fue rechazado por Chile. En Perú, la decisión de Daza se consideró un suicidio político. Pese a todo, el gobierno boliviano reclamó a la Compañía del Salitre y el Ferrocarril de Antofagasta que pagase \$ 9.000 por impuestos adeudados. La Compañía se negó.

Y, dice Pons, “el 1º de febrero Daza declaró que reivindicaba para Bolivia las salitreras detentadas por la compañía chilena y que el 14 de febrero tendría lugar la venta pública de las propiedades y material de la compañía. Ante esta situación el gobierno de Chile rompió sus relaciones diplomáticas con el de Bolivia”⁷⁹.

El 14 de febrero Chile ocupó Antofagasta. Primero, se bloqueó los puertos de Cobija y Mejillones. Y en marzo se completó la paulatina ocupación de la provincia. Según los historiadores peruanos, su país intentó la mediación para ser consecuente con sus principios pacifistas.

De acuerdo a estas versiones, la misión Lavalle fue enviada a contrapelo de la irritación que había producido en el pueblo la ocupación del litoral boliviano. Habla Basadre: “Es muy importante como dato de sociología colectiva, como factor causal en diversas actitudes, como lección severa, el hecho de que, después de la ocupación del litoral boliviano, en el Perú predominó el punto de vista a favor de la guerra”⁸⁰. El

obra aumentada, porque era “Indispensable contra los cargos infundados que otros autores extranjeros han formulado contra la patria”, y para “restaurar los fueros de la verdad ultrajada”.

⁷⁶ Valega, José: *Causas y motivos de la guerra del Pacífico*, Imprenta La Moderna, Lima, Perú, 1917. Pág. 34.

⁷⁷ Valega, José: *Op. cit.*, pág. 36.

⁷⁸ Denegri, Félix: *Op. cit.*, pág. XXXIV.

⁷⁹ Pons, Gustavo: *Op. cit.*, pág. 172.

⁸⁰ Basadre, Jorge: *Op. cit.*, Volumen II, págs. 158-159.

propio Lavalle dice que “adquirí (antes de partir) la triste y desconsoladora convicción de que, a excepción del general Prado, quizás de su gabinete y un muy diminuto número de personas ajenas a la política, todos deseaban la guerra”⁸¹.

La historia peruana rechaza de plano la idea de que la misión Lavalle estaba concebida para ganar tiempo. Eso es definitivo.

Lavalle —afirma— tenía un plan concreto de pacificación que ofrecer a Chile: debía desocupar el litoral boliviano, y éste sería declarado territorio aislado, sometido a arbitraje, y administrado de manera autónoma bajo la protección de Chile, Bolivia y Perú. Rechazada la propuesta por Chile, Lavalle propuso la desocupación del territorio y la suspensión. Por parte de Bolivia, de los decretos de expulsión de los chilenos y la confiscación de sus bienes.

Según la versión peruana, los chilenos “fingieron que entraban en negociaciones con él. Buscaron pretextos para hacer reclamaciones al Perú”, y luego plantearon a Lavalle condiciones “absurdas”, como que el Perú debía detener los preparativos para la guerra y derogar el tratado de 1873, proclamándose neutral. Lavalle dijo que esos no eran los puntos, y que debía consultar.

La segunda reunión la relata Cáceres: “El 24 del mismo mes celebrándose una nueva conferencia entre el Presidente y nuestro ministro, en la cual expuso el primero con que la opinión pública en Chile lo obligaba a romper con el Perú y que, además, los marinos y los militares de Chile creían ser el actual momento el preciso para acometer al Perú, por encontrarse éste más débil que Chile y porque más tarde podían cambiar las condiciones, pero que existiendo motivos realmente para ir a la guerra contra Perú, podía evitarse todo esto si se declaraba su neutralidad”⁸².

Perú declaró su imposibilidad de ser neutral. Chile rompió relaciones diplomáticas y el 5 de abril declaró la guerra a los aliados.

VISIÓN BOLIVIANA

La Asamblea Constituyente boliviana, instalada en La Paz, impuso (el 18 de noviembre de 1877) un tributo de 10 centavos por quintal de salitre exportado a la Compañía del Salitre de Antofagasta. Aunque el tratado de 1874 exigía que para medidas de ese orden el gobierno chileno debía ser consultado, la Asamblea tomó la medida unilateralmente.

Alcides Arguedas dice que esta Asamblea estaba constituida para legitimar la dominación del general Hilarión Daza, nombrándolo Presidente provisional de la República. Este personaje constituye una clave en la situación de preguerra.

Vásquez Machicado afirma que la ascensión del general Daza (el 4 de mayo de 1876) cerraba el breve paréntesis de gobiernos civiles abiertos con el derrocamiento de Melgarejo. “Se inicia”, escribe, “nuevamente el militarismo, que había estado discretamente alejado durante los gobiernos de Adolfo Ballivián y Tomás Frías, la

⁸¹ De Lavalle, José Antonio: *Op. cit.*, pág. 13.

⁸² Cáceres, Andrés: *Op. cit.*, págs. 10-11.

fuerza de las bayonetas como la única razón de Estado y el único título para ocupar la primera magistratura de la república”⁸³.

Finot acumula ira y adjetivos para fustigar al caudillaje. “Daza no solamente era el candidato de la soldadesca, a la que sabía halagar de cuyo ambiente procedían, sino que encarnaba las aspiraciones de ciertos elementos sociales ansiosos de una acción enérgica, capaz de dirigir al país con mano fuerte, bien que en su propio provecho. La historia de siempre: el caudillo militar azuzado por las bastardas ambiciones de un grupo de impacientes. Las combatidas administraciones de Ballivián y Frías no habían sabido imponerse, se decía, por medio de los únicos recursos eficaces para hacerse respetar en un país indisciplinado y turbulento: los recursos de la violencia y el terror. Los que así pensaban no comprendían que una nueva entronización del militarismo, aun con el pretexto de asegurar el orden, significaba la culminación de las miserias domésticas y la inminencia de catástrofes irremediables en el orden externo”⁸⁴.

Vásquez Machicado no se preocupa de discutir los argumentos de los seguidores de Daza. Dice llanamente que el gobierno de éste es “uno de los más funestos de la historia boliviana. La incapacidad del gobernante —el soldado mandón— corría pareja con la incapacidad de sus colaboradores. No supieron tener ni previsión, ni prudencia. Gobierno inmoral en todo, es una de las más tristes muestras del caudillo militarista”⁸⁵.

En este contexto se sitúa la decisión de la asamblea. Vásquez Machicado habla de falta de prudencia en la ostión de Daza, refiriéndose probablemente al apuro que también nota Arguedas en la Asamblea: “aprobó, entre muchas disposiciones de orden general que había adoptado ... una gravando con un impuesto de diez centavos el quintal de salitre que exportaba una compañía de capitalistas chilenos vinculados estrechamente con el gobierno de aquel país y establecida en el territorio boliviano de Antofagasta”⁸⁶.

Aquí se completa el cuadro. Por un lado, la historiografía boliviana asume una cierta culpa en la actitud desatinada del gobierno, cuestión que se atribuye completamente a la figura monstruosa de Daza. Pero por otro, Chile aparece alentando los intereses inescrupulosos de capitales extranjeros para encontrar el pretexto que desencadenara la buscada guerra.

Arguedas insiste en que se trataba de un asunto privado entre el gobierno boliviano y un grupo de particulares. Pero esto “pusieron su causa en manos del gobierno de Chile con el pretexto de que su domicilio principal se encontraba en Valparaíso y eran chilenos los más de los accionistas”⁸⁷. No se refiere a la violación del tratado de 1874.

Esto no tendría importancia, porque Chile “espiaba con ansias la oportunidad de un conflicto cualquiera”. Es más: la diplomacia chilena tenía la altura conspirativa de un Fouché, dado que “en esos mismos instantes se iba preparando en los secretos de la Cancillería la odiosa trama que envolvería al país en la más desgarradora y la más

⁸³ Vásquez Machicado, Humberto: *Op. cit.*, pág. 376.

⁸⁴ Finot, Enrique: *Op. cit.*, págs. 297-300.

⁸⁵ Vásquez Machicado, Humberto: *Op. cit.*, pág. 386.

⁸⁶ Arguedas, Alcides: *Op. cit.*, pág. 373.

⁸⁷ Arguedas, Alcides: *Op. cit.*, págs. 373-374.

terrible de las contiendas internacionales”⁸⁸. La prueba de esta voluntad oscura sería el hecho de que Chile constituyó de inmediato un representante en La Paz. Este pidió “simple y llanamente la derogación de la ley del 14 de febrero (de 1878) que gravaba con la pequeña imposición de diez centavos el quintal de salitre exportado”.

Arguedas quiere insinuar que todo fue una cuestión de interpretación: “porque en su concepto era contraria a una anterior estipulación, a la del 74, y según la cual el gobierno de Bolivia se había comprometido a no gravar con mayores gabelas las industrias y capitales chilenos”⁸⁹. No explica el historiador por qué, existiendo una norma objetiva en el tratado de 1874, la petición de Chile se basaría en “su concepto”. Todo indica que “su concepto” se respaldaba en la violación del tratado.

Es lo que reconoce Finot cuando dice que el impuesto “contravenía indudablemente la cláusula expresa del tratado de 1874”⁹⁰. Pero añade que esta imprudencia del gobierno boliviano sólo acercaba temporalmente el peligro. Este no habría desaparecido de ningún modo porque “el conflicto tenía raíces más profundas y el impuesto al salitre era sólo una causa circunstancial”⁹¹.

Frente a la petición chilena, la cancillería boliviana argumentó que “carecía de jurisdicción porque estaba invadiendo el campo de los negocios privados y que en la contienda suscitada sólo debía entender los tribunales ordinarios de la jurisdicción en que se hallaban ubicados los terrenos de la explotación”. Como el representante de Chile insistiera en su demanda, “el gobierno de Bolivia declaró rescindido el contrato con la Compañía de Salitre y Ferrocarril de Antofagasta..., para obligar a que la Compañía llenase los alcances de la ley, motivo de semejante controversia”⁹². Si Arguedas considera lógica esta medida, José María Camacho la califica como una celada, porque fue un agente de la legación chilena quien la sugirió. “Pues así, reflexionaba el agente, desaparecería el motivo de las reclamaciones y quedaría cortada la controversia diplomática, a satisfacción de Chile. Aceptó de buena fe el confiado gobierno, sin calcular, dado su origen, que entrañaba una celada. Y cayó en ella”⁹³.

Según Arguedas, la disputa “tenía que ser llevada a su fin lógico y ya previsto por el gobierno de Chile; y su representante, obrando en consecuencia, no se dio por satisfecho con la medida tomada para cortar un litigio que se encontraba erizado de peligros y dificultades. Y lanzando la idea de someterlo a la decisión de un arbitraje dio al gobierno de Bolivia el término perentorio de 48 horas para hacerle saber su resolución última, lo que sin duda equivalía a un formal ultimátum”⁹⁴.

Bolivia —según Arguedas—, “como los hechos se habían sucedido con un rigor implacable, como el tomo del plenipotenciario acusaba una decisión irreductible, no tuvo más remedio que ensayar un gesto de altivez y no respondió... Entonces, el 12 de

⁸⁸ Arguedas, Alcides: *Op. cit.*, págs. 373-374.

⁸⁹ Arguedas, Alcides: *Op. cit.*, págs. 373-374.

⁹⁰ Finot, Enrique: *Op. cit.*, pág. 297.

⁹¹ Finot, Enrique: *Op. cit.*, pág. 198.

⁹² Arguedas, Alcides: *Op. cit.*, pág. 375.

⁹³ Camacho, José María: *Op. cit.*, págs. 317-318.

⁹⁴ Arguedas, Alcides: *Op. cit.*, pág. 375.

febrero de 1879 pidió sus pasaportes el diplomático chileno, declarando en nombre de su país rotas las relaciones con Bolivia”⁹⁵.

Camacho añade que “en ese mismo día, con anticipación de horas, habían ya partido tropas de Caldera para ocupar Antofagasta”⁹⁶.

El desembarco y ocupación militar de Antofagasta se produjo el 14 de febrero. Dice Arguedas: “El 10 de febrero el gobierno de Bolivia, ignorando todavía el desembarco de tropas chilenas en Antofagasta, se dirigía al de Chile poniendo en su conocimiento la conducta precipitada e intransigente de su representante diplomático, y con la esperanza, peligrosa por lo ilusoria, de que todo concluiría por arreglarse amigablemente. La respuesta de Chile fue su declaratoria de guerra”⁹⁷.

En estas condiciones, Bolivia recordó al Perú su tratado de alianza, para enfrentar conjuntamente la defensa de la nación agredida. Los historiadores bolivianos miran con distintos ojos la actitud que entonces tomó Perú.

Arguedas sostiene que fue fiel al compromiso y actuó con diligencia: “Se puso al lado de Bolivia no sin haber agotado antes todas las gestiones para conseguir alguna inteligencia entre los países contendientes, gestiones que realizó Chile por tener la seguridad de llevar ventaja en la lucha armada”⁹⁸.

Finot estima lo contrario, y duda: “Sin regir sus obligaciones francamente adoptó medidas dilatorias destinadas a evitar el conflicto y mandó a Chile una misión diplomática encargada de medir. Fue Chile quien declaró la guerra al Perú... quien sabe si el Perú... habría dado ese paso si Chile no le declaraba la guerra”⁹⁹.

Camacho matiza, porque descubre una trama cruzada de intereses económicos. Perú “se apresuró a enviar un plenipotenciario a Santiago para medir en el conflicto. Las gestiones de este enviado fueron infructuosas; el 5 de abril Chile declaró la guerra al Perú y Bolivia. No sorprendió al Perú la agresión chilena. La toma de Antofagasta, decía uno de sus más elocuentes tribunos, es un cartel de desafío con el sobre escrito para Bolivia y el contenido para el Perú”¹⁰⁰.

Cualquiera haya sido la actitud peruana, la historia boliviana encuentra un consenso básico: la agresión a ambos países vino de Chile.

VISIÓN CHILENA

El presidente Frías cayó a manos de su ministro de guerra, el general Hilarión Daza. Con él resurgieron los problemas limítrofes. En la provincia de Antofagasta, las

⁹⁵ Arguedas, Alcides: *Op. cit.*, pág. 375.

⁹⁶ Camacho, José María: *Op. cit.*, págs. 317-318.

⁹⁷ Arguedas, Alcides: *Op. cit.*, pág. 378.

⁹⁸ Arguedas, Alcides: *Op. cit.*, pág. 380.

⁹⁹ Finot, Enrique: *Op. cit.*, pág. 304.

¹⁰⁰ Camacho, José María: *Op. cit.*, págs. 321-322.

autoridades bolivianas volvieron a hostigar a la población chilena, que hacia 1879 constituía el 85% del total.

Encina hace un retrato psicológico de la situación chilena, en el que se unen la valentía del pueblo y la serenidad del gobierno: “Como era de temer, no tardó en generalizarse en el pueblo chileno un odio irrefrenable contra Bolivia que derivó de inmediato en un pronunciamiento colectivo contra la política pacifista del gobierno de Chile. A pesar de ello, el Presidente Pinto estaba resuelto a evitar a todo trance la guerra con Bolivia. Los gobiernos duraban poco en el altiplano, de suerte que esperaba el advenimiento de un mandatario que pusiera término al insoportable estado de cosas, en cumplimiento al acuerdo de 1874”.

Y ve un error de cálculo en el intento boliviano: “Daza, por su parte, interpretó la actitud de Pinto como manifestación del temor de verse envuelto en una guerra al mismo tiempo con Argentina, Bolivia y Perú, y resolvió aprovechar la oportunidad para recuperar las salitreras y poner término a la peligrosa expansión chilena en el litoral boliviano. Amparándose en el cobro retroactivo del impuesto que había eliminado el tratado de 1874, el dictador ordenaba el 6 de enero de 1879 el embargo de la Compañía del Salitre y la prisión de su gerente Jorge Hicles. Con esta medida quedaban cesantes 2.000 obreros, es decir, entre el 15 y el 20% de la población de Antofagasta”¹⁰¹.

Conviene anotar que esta visión de Encina recoge un lugar común ampliamente difundido en los círculos de la política chilena: el de “se equivocan quienes...”, que supone que la racionalidad y la cautela no son siempre comprendidas ni respetadas. Y que, cuando así sucede, la verdadera energía ocupa su justo lugar. Este principio respalda desde gestiones completas hasta programas específicos.

Dentro del gobierno se impuso la opinión de Belisario Prats, quien veía en la política de Daza una abierta y creciente hostilidad. Y se tomó la decisión de cortar relaciones diplomáticas con Bolivia.

Paralelamente a la ruptura, vino la orden a los comandantes de los blindados Blanco y Cochrane para que se dirigieran de inmediato a Caldera. Encina da una muy débil justificación para la prolongación del recorrido hasta Antofagasta: “Mas como las alarmantes noticias hiciesen temer un alzamiento en masa de los diez mil chilenos y la inevitable liquidación de los 40 policías bolivianos, se ordenó que el Blanco siguiera a Antofagasta para calmar los ánimos”¹⁰². De lo que se desprende que los chilenos iban poco menos que a servir de escolta a la policía boliviana...

A pesar de lo cual, “en la mañana del 14 de febrero la escuadrilla completa fondeaba en la bahía. A las 8 el coronel Sotomayor notificó al prefecto Zapata que iba a tomar posesión de la ciudad”¹⁰³. Ante la acción chilena, el gobierno boliviano acudió al Perú para que se diera cumplimiento al tratado defensivo, y declaró la guerra a Chile el 1° de marzo de 1879.

¹⁰¹ Encina, Francisco Antonio y Castedo, Leopoldo: *Op. cit.*, Tomo II, pág. 1412.

¹⁰² Encina, Francisco Antonio y Castedo, Leopoldo: *Op. cit.*, Tomo II, págs. 1412-1413.

¹⁰³ Encina, Francisco Antonio y Castedo, Leopoldo: *Op. cit.*, Tomo II, pág. 1413.

El Presidente Pinto solicitó la mediación a Perú. Según Encina, la actitud chilena se forjó sobre la base de que la “única solución posible sería un arreglo en que nosotros quedásemos dueños de ese territorio en compensación de alguna suma de dinero”¹⁰⁴.

Los términos propuestos por Pinto, a juicio de la historiografía chilena, no dejaban la menor esperanza de éxito. En cambio, estima Encina, brindaban “una oportunidad caída de lo alto” a Perú¹⁰⁵, que ya estaba decidido a ir a la guerra, para ganar tiempo y adquirir nuevos buques y armamentos.

La mayoría coincide en que a esto, y nada más, se debe el envío, por parte de Perú, de la misión Lavalle. Según Bulnes: “la misión Lavalle, lo repito, concebida para ganar tiempo, necesitaba ocultar el tratado secreto”¹⁰⁶ y, además, plantear exigencias que sabía que Chile no iba a satisfacer. Porque “cuando el gabinete peruano envió a Lavalle, ya estaba decidido por la guerra”¹⁰⁷.

Para reforzar esta idea, Encina afirma que tras la ocupación de Antofagasta, en Perú “el sentimiento antichileno se convirtió en furor, y había derribado a Prado si hubiera tratado de resistirlo”. Esto y el tratado secreto ocupan un lugar de privilegio en la historiografía chilena cuando se trata de esclarecer de qué modo atañía la guerra a Perú.

En Santiago, Lavalle “negó reiteradamente la existencia del tratado secreto entre Perú y Bolivia, hasta que el propio Presidente Prado reconoció ante el representante de Chile en Lima, Godoy, que su antecesor Prado lo había dejado ‘ligado a Bolivia por un tratado secreto de alianza’”¹⁰⁸. Siendo así, la misión Lavalle embarcó para Perú y el 2 de abril de 1879 el gobierno chileno envió al Congreso los mensajes correspondientes. El 5 se publicó por bando la declaración de guerra a Bolivia y Perú.

EN SÍNTESIS

Según Perú:

- Daza aprovechó los rumores sobre debilidad de Chile para aplicar el impuesto.
- Perú tenía una actitud pacifista. Por eso se ofreció como mediador.
- A pesar del gobierno, el pueblo peruano quería la guerra.
- La misión Lavalle quería pacificar y mediar.
- Chile buscó pretextos para involucrar a Perú.

Según Bolivia:

- Daza fue un caudillo militarista que se confió en la engañosa debilidad de Chile.
- Chile alentó la codicia de capitalistas privados inescrupulosos.
- Chile encontró el buscado pretexto para la guerra en una disputa privada.

¹⁰⁴ Encina, Francisco Antonio: *Op. cit.*, Tomo XVI, pág. 279.

¹⁰⁵ Encina, Francisco Antonio: *Op. cit.*, Tomo XVI, pág. 278.

¹⁰⁶ Bulnes, Gonzalo: *Op. cit.*, Tomo I, pág. 97.

¹⁰⁷ Bulnes, Gonzalo: *Op. cit.*, Tomo I, pág. 97.

¹⁰⁸ Encina, Francisco Antonio y Castedo, Leopoldo: *Op. cit.*, Tomo II, pág. 1417.

- La violación del tratado de 1874: a) fue una cuestión de interpretación; b) existió, y fue una imprudencia; c) fue una celada de los chilenos.
- Bolivia fue obligada a contestar un gesto altanero, y luego a acudir a Perú.
- La actitud peruana fue: a) diligente y fiel; b) dilatoria y desganada; c) consciente de que la provocación de fondo era contra Perú.

Según Chile:

- Los bolivianos hostilizaron a la población chilena al asumir Daza.
- En el pueblo se desató la indignación, a pesar de la serenidad del gobierno.
- Se equivocó Daza, quien creyó que Chile estaba débil y temeroso.
- Chile ocupó Antofagasta para calmar los ánimos exaltados.
- El cobro del impuesto fue una violación agresiva del tratado de 1874.
- Chile tuvo voluntad pacífica. Quiso comprar el territorio en disputa.
- La misión del peruano Lavalle era dilatoria, para que su país se armase.
- En Perú existía, ya desde antes, un fuerte sentimiento antichileno.

6. PERÚ EN LA GUERRA

El desarrollo de los tres capítulos siguientes es, en definitiva, parte medular de ese trabajo. En ellos, los tres países se ven a sí mismos y a los demás, antes y durante de la guerra.

Crítica y autocrítica debieran encontrarse aquí, si asistiéramos a modelos ideales de historiografía. Precisamente por eso son temas reveladores: la historia se cuenta primero según un marco apriorístico y, luego, según el curso de los hechos, que encajan o no en el primero. Estos testimonios —por desgracia— no se detienen tanto en las razones profundas del conflicto, sino en las circunstancias que lo hicieron favorable para unos, desastrosos para otros. Todas estas interpretaciones usan como implícito la “necesidad” y la “inevitabilidad” de la guerra.

Ciertos historiadores acuden a explicaciones raciales; otros las buscan en el nivel político; y no faltan las de tipo moral o meramente militar. Algunas de ellas se volverán endebles a la luz de los avances posteriores de las ciencias.

En ocasionales citas se encontrarán alusiones peyorativas para uno u otro bando. Hay estudiosos que desprecian a sus propios pueblos, y otros que los sobreestiman. Ellos han ayudado a formar las certezas y las confianzas que después se han visto en la “guerra del papel”. Pero eso sí: cada uno defenderá su propia actuación en el combate. Excepto en algunas visiones chilenas, un cierto trasfondo militarista domina los juicios. Hay que ver en esto un contraste curioso con la importancia que las tres historiografías asignan a la estabilidad política que desarrollan las gestiones civiles.

Es, naturalmente, un largo capítulo de contradicciones y juicios riesgosos.

VISION PERUANA

La primera idea que el Perú tiene sobre su participación en la guerra es que el país no estaba preparado. Paz Soldán* lo atribuye a la coyuntura, como numerosos textos: “Nunca se encontró el Perú en situación más difícil y delicada desde que proclamase su independencia y la obtuviera en los campos gloriosos de Ayacucho, que la que atravesaba en diciembre de 1878 y durante los primeros meses de la guerra a que lo provocase Chile, sin motivo justificado alguno”¹⁰⁹.

Tres eran los problemas básicos. El primero, en el plano interno: la situación de bancarota económica que sufría el Estado. El segundo: el conflicto político suscitado pro la elección del congreso y la calificación de los resultados.

* **MARIANO FELIPE PAZ SOLDAN**, historiador. La figura intelectual más sobresaliente de Perú en el siglo pasado. Su libro sobre la guerra se llamaría *Datos para la historia de la guerra*, porque fue escrito en 1882 (cuatro años antes de su muerte) y “las pasiones estaban en su máximo frenesí”. La editorial cambió el título.

¹⁰⁹ Paz Soldán, Mariano Felipe: *Narración histórica de la guerra entre Bolivia, Chile y Perú*, Lima, Perú. Pág. 7.

La crisis económica se arrastraba desde 1872. El gobierno estaba obligado a rebajar en lo posible sus gastos. Dice Cáceres: “Las industrias estaban atrasadas, siendo las principales la agricultura y la minería y, por este tiempo, sobre todo las del salitre y la extracción del guano, de las cuales se sostenía el erario público”¹¹⁰.

El tercer problema más directamente ligado a las causas de la derrota, era la falta de preparación para la guerra. Cáceres narra que en los planes económicos de Pardo figuraron una serie de restricciones de gastos en la marina y el ejército. Paz Soldán atribuye estas medidas a una esencial falta de visión: “No obstante lo indicado por el jefe de estado, por el ministerio de guerra y marina y por comandante de artillería, cuya memoria se puso en conocimiento del congreso, siendo todos apoyados por el ilustre marino Grau que entonces ocupaban un curul, ese congreso nada resolvió a favor de atender tan urgentes pedidos; por el contrario, disminuyó en el presupuesto presentado por el ministro, muchas partidas destinadas a ese fin, desestimando así los rumores que desde 1872 se tenían...”¹¹¹.

El desarrollo de la guerra agudizó estos problemas.

La historiografía peruana atribuye especial importancia a la inestabilidad política. Más que las derrotas y victorias en los campos de batalla, estima que fue decisiva la salida del Presidente Prado y la ascensión de Nicolás de Piérola.

Después de la pérdida del Huáscar y la derrota en Tarapacá, Prado abandonó toda la fe que hasta entonces tenía en el triunfo. Entregó el mando de Arica al almirante Lizardo Montero, volvió a Lima, y decidió marchar personalmente a Europa a conseguir empréstito para equipar al Perú. Cuenta Cáceres: “esta resolución, que sin duda la inspiraban razones patrióticas, fue al punto considerada en el ambiente político interesado como una verdadera fuga”¹¹².

El revuelo no sólo devino en desmoralización. El sucesor designado, el general La Puerta, fue derrocado por Nicolás de Piérola, para quien la historia reserva frases cuidadosas. Markham es el que tiene el juicio más lapidario: “Balta lo nombró su ministro de Hacienda en 1869 y desde la muerte de este desgraciado Presidente, no había cesado de conspirar por llegar a la presidencia. No era más que un charlatán; pero con el enemigo a las puertas, no era tiempo de disensiones internas y civiles, y todos los ciudadanos aceptaron de hecho al nuevo jefe de estado”¹¹³.

Algunos señalan que su intervención en la guerra fue nefasta. Cáceres (no hay que olvidar que también aspiraba a la presidencia) lo dice, insinuando de paso la ambición: “Y es el jefe supremo, no conformándose con el ejercicio civil del estado, había tomado también para sí la conducción de las operaciones militares, centralizando de esta manera, en su persona, el poder político y el mando militar directo con una autoridad absoluta, omnímoda e ilimitada”¹¹⁴.

¹¹⁰ Cáceres, Andrés: *Op. cit.*, págs. 12-13.

¹¹¹ Paz Soldán, Mariano Felipe: *Op. cit.*, pág. 12.

¹¹² Cáceres, Andrés: *Op. cit.*, págs. 44-45.

¹¹³ Markham, Clements: *Op. cit.*, pág. 353.

¹¹⁴ Cáceres, Andrés: *Op. cit.*, pág. 65.

Piérola se rodeó de gente de su exclusiva confianza, y los puso a cargo de las secciones militares. Muchos encuentran que ésta es una causa de malas operaciones como la que ve Cáceres en el dispositivo de defensa de Lima: “En la cima de algunas colinas fabricáronse pequeños y ligeros ‘reductos abiertos’ (no fortines ni fuertes) así como algunas baterías para el asentamiento de las piezas de artillería”¹¹⁵.

Pero a nadie le parece probable que los errores militares fueran otra cosa que la causa inmediata de la derrota.

La historiografía peruana ve una causa remota y profunda.

Y es cruda para plantearla. Como Denegri: “con excepción de algunos mandatarios presidenciales ilustres y constructivos, Bolivia y el Perú se debatieron entre pronunciamientos y motines que se sucedían con infeliz frecuencia. Quedaban así cerradas las puertas a la estabilidad exigida para un sano desarrollo”¹¹⁶.

Cáceres aporta datos sobre los momentos de preguerra: “Aunque se gozaba de relativa paz interna, no por estos habían desaparecido las ambiciones de los caudillos y la pasión política exaltaba los ánimos en las filas del ejército. El antiguo orgullo criollo miraba las cosas a través de una vanidad nacional mal fundada.

Creía que el valor y los arrestos heroicos bastaban para imponer el respeto a la malquerencia de los vecinos y daba poca importancia a las fuerzas organizadoras y económicas de la nacionalidad. Parece que la imprevisión era el pecado capital de todos los gobiernos que sucedieron a Castilla”¹¹⁷.

Valega prolonga la desidia por toda la trayectoria de la república: “La falta de previsión de los gobernantes, la falta de amor al trabajo que hasta hoy domina en nuestro medio; la escasa honradez de nuestros hombres que ha ocasionado el derroche escandaloso de la fortuna pública...”¹¹⁸.

Los males se vuelven plañideros cuando el historiador compara la situación de su país con la de Chile. Denegri: “En Chile, por el contrario, no hubo en medio siglo motín triunfante y sólo se sucedieron seis Presidentes. La república fortaleció su frente externo e interno. La sombra de Diego Portales en lo político y la presencia de Andrés Bello en la estructura legal y cultural fueron elementos favorables”¹¹⁹.

Basadre agrega lo mismo, y luego: “El Perú, cambio, había tenido en el mismo período veinte gobernantes, aparte de algunos interinos y accidentales. Ninguna revolución había triunfado en Chile desde 1830, a pesar del estallido de tres guerras civiles; en el Perú, en el mismo plazo, trece regímenes habían surgido violentamente y siete Presidentes por la vía legal sin revolución”¹²⁰.

¹¹⁵ Cáceres, Andrés: *Op. cit.*, pág. 70.

¹¹⁶ Denegri, Félix: *Op. cit.*, pág. XI.

¹¹⁷ Cáceres, Andrés: *Op. cit.*, pág. 12.

¹¹⁸ Valega, José: *Op. cit.*, pág. 24.

¹¹⁹ Denegri, Félix: *Op. cit.*, pág. XI.

¹²⁰ Basadre, Jorge: *Op. cit.*, Volumen II, pág. 164.

VISIÓN BOLIVIANA

A diferencia de sus pares peruanos y chilenos, los historiadores bolivianos se refieren escasamente a la situación en que el Perú afrontó la guerra. A pesar de que algunos cronistas estiman que era, en el fondo, el objetivo último de la campaña chilena. A pesar de la vinculación teóricamente estrecha que establecía el tratado bilateral de defensa. Y —sobre todo— a pesar de que la verdadera lucha, desde el principio hasta el fin, fue sostenida (según reconocen los propios bolivianos) por los peruanos.

Roberto Querejaz* es el único que entrega algunos aspectos. Dice, ante todo, que lo que resuelve la determinación de Perú para enfrentar la peligrosa situación de su vecino sureño fue una constatación: estaba perdiendo la hegemonía en el Pacífico Sur. Esta se sustentaba en el Huáscar y en la Independencia. Chile mandó a construir en Inglaterra los blindados Blanco y Cochrane, lo que amenazaba para el mediano plazo la supremacía peruana.

Pero además, sostiene Querejazu, Perú tenía cálculos oscuros sobre su amistad con Bolivia. Sus círculos gubernamentales estaban convencidos de que importantes bolivianos estaban en conversaciones con Chile para un trato peligroso: Bolivia cedería el litoral de Atacama a Chile, a cambio de correr hacia el norte la frontera peruana. Tarapacá sería arrebatado a Perú y entregado a Bolivia.

Estas habrían sido las razones de Perú para suscribir el tratado secreto. Y éstas, también, las razones para los intentos reconciliatorios que hizo Perú entre las partes litigantes.

Querejazu aporta otra breve consideración. Siendo lo fundamental el dominio del mar, y habiendo logrado Chile una capacidad naval superior, la derrota de Perú estaba casi decidida *a priori*¹²¹.

No hay más referencias a la guerra. El retiro de Bolivia del conflicto (en plena derrota) parece cerrar el capítulo y el análisis.

Conviene anotar una estimación de Enrique Finot —que recogen también otros cronistas— sobre las consecuencias de la guerra. Esa es la siguiente vez que Perú entra en juego.

Dicen que, una vez ocupada Lima, en 1883 el gobernador peruano “se había visto obligado a firmar el Tratado de Ancón, que cedió a Chile el departamento de Tarapacá, condenando a Bolivia a perder su litoral, puesto que el vencedor no permitiría nunca en su territorio la solución de continuidad”¹²².

La cita tiene importancia en cuanto arroja una sombra sobre la conducta del aliado: él habría sido, en el fondo, quien “condena” y sanciona la mediterraneidad

* **ROBERTO QUEREJAZU CALVO**, historiador. Forma parte de la llamada “producción literaria contemporánea” y es una de sus principales figuras. Declara que su obra histórica es pedagógica y combativa en pro de los intereses de Bolivia

¹²¹ Querejazu, Roberto: *Guano y Salitre*. Editorial Amigos del Libro, La Paz, Bolivia, pág. 121.

¹²² Finot, Enrique: *Op. cit.*, pág. 311.

boliviana. Si esta idea se pone en contraste con el temor peruano anterior (el de una conjura chileno-boliviana para intercambiar territorios a costa de Perú) se verá que la solidez de la alianza estuvo lejos de ser granítica. Pero, además, se pone en funcionamiento una interrogante fantasmal: ¿no habría sido Chile un mejor aliado de Bolivia, puesto que la habría dejado con litoral propio?

VISIÓN CHILENA

(Ante todo, hay que anotar un hecho de “osmosis historiográfica”, si así pudiera llamarse. Los cronistas chilenos, por lo común, no se detienen a hacer consideraciones parciales sobre Perú y Bolivia, por separado, una vez que la guerra se desata: son vistos como aliados. La alianza se convierte, pues, de hecho histórico, en hecho moral. Esto debe tenerse presente si se quiere comprender a cabalidad la extensión y delimitación de los juicios vertidos.

Una primera consideración de orden general es que, si bien los recursos militares de la alianza eran menores, su mayor población —conjunta—, territorio y desborde de entusiasmo patriótico inicial, la convertían en un riesgo enorme para Chile).

En Perú, dice Bulnes, “La declaración de guerra fue recibida con entusiasmo. El debate diplomático y principalmente las excitaciones de la prensa habían decidido a los menos optimistas”¹²³. Este mismo entusiasmo sin orden es visto como causa agregada de la derrota: “Dada la diferencia de valor militar entre las tropas chilenas y las tropas colecticias del ejército de Lima, el triunfo será de los chilenos”, opina Encina¹²⁴.

A este ejército inorgánico e indisciplinado, reconoce la historia chilena, acudieron también figuras señeras. En el caso de Grau, aunque Encina se adelanta y dice que personalidades como ésta no eran representativas del pueblo peruano¹²⁵.

Los historiadores chilenos tienen buenas palabras también para el Presidente Prado. Pero, no confundir: sólo es amabilidad. Encina lo describe así: “Mandatario probo, bondadoso y sensato, perteneciente a la alta aristocracia peruana, de medianas dotes intelectuales y de escasas energías. Sin ascendiente sobre el pueblo ni el ejército, gobernando un estado sin tradiciones de estabilidad política, su situación era casi la del corcho mecido por los vaivenes de las olas y derivado por las corrientes”¹²⁶.

En contraste con la poco elegante figura del corcho no hay nada mejor.

Si Prado procedía de la clase privilegiada y sus dotes de mando eran tan escasas, menos valiosos serían los propios ejércitos. Al grupo armado, según Bulnes, “le faltaba la fibra acerada de la disciplina que es la fuente del honor y del sacrificio. Bullía en sus venas un personalismo turbulento, y el recuerdo de las enconadas luchas civiles distanciaba a los jefes, haciendo difícil su cooperación armónica y su sometimiento incondicional a la voluntad del superior”¹²⁷.

¹²³ Bulnes, Gonzalo: *Op. cit.*, Tomo I, pág. 128.

¹²⁴ Encina, Francisco Antonio: *Op. cit.*, Tomo XVII, pág. 332.

¹²⁵ Encina, Francisco Antonio: *Op. cit.*, Tomo XVI, pág. 442.

¹²⁶ Encina, Francisco Antonio: *Op. cit.*, Tomo XVI, pág. 275.

¹²⁷ Bulnes, Gonzalo: *Op. cit.*, Tomo I, pág. 537.

Algunos historiadores, como Encina y Barros Arana, agregan a esto la poca ayuda que prestaban los bolivianos. No sólo eso: son presentados como una carga molesta e intolerante: “El exhausto tesoro peruano tuvo que mezquinar los subsidios más indispensables a los cuerpos peruanos, que aplazar la formación de otros nuevos y paralizar el envío a Lima de los contingentes de los departamentos interiores para vestir, armar y alimentar a los cuerpos bolivianos”¹²⁸.

Estos hechos, dicen, culminaron con la disolución de la alianza.

Y en la crisis nacional del Perú, tuvo que asumir el poder Nicolás de Piérola, un caudillo al que se califica de “discutido” pero al que Encina rescata por la vía del coraje: cumplió “el compromiso que contrajo con su patria al apoderarse del poder, hasta donde las fuerzas de un hombre lo permiten”.

Sin embargo, Encina ve dobles imágenes en el Perú gobernado por Piérola. “Si se mira a la superficie”, escribe, “gobierno, prensa y opinión aparecen informados por un solo sentimiento: el de vencer al enemigo. La voluntad de vengar la derrota ha acallado las rivalidades y apagado las disensiones”. Pero: “Si se penetra más allá de la corteza, se advierten, bajo la unidad aparente, lograda por las mordazas pasajeras de la dictadura y del odio al enemigo, las mismas debilidades orgánicas de antes de la guerra: un pueblo distanciado de su capa gobernante por abismos etnográficos demasiado hondos, masas armadas casi sin conciencia de sus obligaciones, ignorantes hasta de las causas de la guerra, y una aristocracia moralmente disuelta”¹²⁹.

Con todo, hay una cierta piedad por la derrota. En la mayoría de los historiadores chilenos, ésta aparece encubierta bajo la necesidad de destacar el valor peruano. Bulnes aclara el punto cuando habla de la campaña de la sierra: “Es una página honrosa el haber improvisado ejército después de la destrucción total de sus efectivos veteranos”¹³⁰.

EN SINTESIS

Según Perú:

- El país no estaba preparado para la guerra.
- Había crisis económica, una elección en ciernes y escaso material bélico.
- La inestabilidad política del país fue decisiva.
- Nicolás de Piérola concentró el poder y no supo conducir la guerra militar.
- La causa de fondo de la derrota fue la desidia general y la tradición de caudillo y motivos del país.

Según Bolivia:

¹²⁸ Encina, Francisco Antonio: *Op. cit.*, Tomo XVII, pág. 14.

¹²⁹ Encina, Francisco Antonio: *Op. cit.*, Tomo XVII, págs. 294-296.

¹³⁰ Bulnes, Gonzalo: *Op. cit.*, Tomo III, pág. 9.

- Perú enfrentó a Chile sólo al ver que perdía su hegemonía en el Pacífico Sur.
- Perú desconfiaba de la alianza con Bolivia.
- Al ceder Tarapacá, Perú condenó a Bolivia a la mediterraneidad.

Según Chile:

- Perú tuvo un entusiasmo inorgánico y mal preparado frente a la guerra.
- Al ejército y los mandos peruanos les faltaba unidad y disciplina, fuerte del honor y el sacrificio.
- Bolivia fue una carga para Perú.
- Gobierno y círculos superiores de Perú estaban distanciados del pueblo.

VISIÓN PERUANA

El tema de Bolivia resulta difícil para la historiografía peruana. Sin duda, el sentimiento del aliado es poderoso, como poderosa la evidencia de que ciertas críticas se vuelven inevitables.

El caos político, un *leitmotiv* de Perú, tiene en Bolivia su duplicación. Los historiadores estiman que, sin embargo, su raíz no es la misma. Dice Valega: “Bolivia no tuvo, en nuestro concepto, el sentimiento claro y definido de los pueblos civilizados que conquistan su independencia con el calor de la sangre. Fundada por vanidad de Bolívar, que quiso inmortalizar su nombre legándolo a una república, Bolivia fue un jirón desmembrado del Perú o la Argentina”¹³¹.

Y agrega una tipificación racial que le parece definitiva: “Si comparamos la población boliviana de millón y medio aproximadamente el año 1879, y deducimos los 800.000 indios, los 20.000 negros y los 10.000 extranjeros; sabiendo que el indio boliviano, con las mismas características de los nuestros, es refractario a todo progreso y cambio, es enemigo del blanco, alcoholizado, gastado física y moralmente, hosco, huraño y desconfiado, como las bestias montaraces, llevando dentro de su pobre cerebro el fardo de sus quimeras destruidas, si asistimos así a ese espectáculo determinativo de su condición racial, tenemos que convenir en que Bolivia, que sólo pudo reunir un ejército de 5.000 hombres mal presentados, estaba condenada sociológicamente a servir de pasto a la voracidad chilena”¹³².

Ciertamente, esta “condena sociológica” sólo tiene cabida dentro de un marco de análisis racial. Cáceres prefiere buscar en el sinsentido político que se le aparece intrínseco a la formación boliviana. “Las continuas revoluciones”, escribe, “que la habían ensangrentado, fueron otras tantas causas que detenían su progreso. Una de las más funestas fue sin duda la que llevó al poder a Melgarejo...” Y agrega antecedentes económicos: “Tuvo que sufrir las consecuencias de su mala organización administrativa y política. El atraso de sus industrias y la carencia de vías de comunicación no le habían dado un puesto respetable entre los demás pueblos... Sus ingresos eran escasos y apenas bastaban para cubrir los gastos más indispensables del presupuesto”¹³³.

Para los peruanos, el ingreso de Bolivia a la guerra tuvo dos motivos. Ante todo, la ineludible agresión chilena. Y luego, la imprevisión de Daza. Hasta aquí, la actitud es compasiva con la debilidad de Bolivia y con la plaga de algunos de sus gobernantes significaron.

¹³¹ Valega, José: *Op. cit.*, págs. 100-101.

¹³² Valega, José: *Op. cit.*, págs. 100-101.

¹³³ Cáceres, Andrés: *Op. cit.*, pág. 14.

Pero donde la crítica se torna violenta es en el desempeño de los ejércitos bolivianos. Un buen ejemplo se encuentra en la batalla de San Francisco (18 de noviembre de 1879). Las tropas chilenas estaban ubicadas en la cima del cerro San Francisco, junto al de Dolores, cerca de Piragua. El ataque debía realizarse por una fuerza combinada Perú-boliviana. Cuando el ejército aliado se disponía a atacar, vino una orden de alto. Pasó un día, mientras “los chilenos se reforzaban con trenes cargados de soldados, que llegaban de rato en rato”. Al atardecer del día siguiente, la orden de alto seguía. Sin embargo, los aliados abrieron fuego, a lo cual respondió la artillería chilena. El ejército aliado inició el ataque al cerro. Cáceres, actor de la batalla, narra: “Las dos compañías de guerrilla estaban ya en contacto de fuego con el enemigo cuando los batallones bolivianos, que venían a la zaga del general Buendía, detuviéronse de pronto en la pampa y comenzaron a disparar a su antojo sobre las posiciones enemigas de la cima del cerro, causando grave daño, por la espalda, a las tropas de guerrilla, que ya combatían en la falda del cerro”. Y sigue: “Aquellos ya aludidos batallones bolivianos que seguían a Buendía se detuvieron voluntariamente en la pampa, contrariando las órdenes, empezaron a amotinarse produciendo descomunal algarazas. Y todo cuanto se hizo para traerlas al orden fue en vano; por el contrario, el desorden que causaron fue mayor y, por último, se dispersaron disparando a discreción, dando gritos de: ¡a Oruro!, ¡a Oruro!”.

Al concluir, la batalla se vuelve un símbolo de la situación peruana: “la confusión fue enorme, extendiéndose por toda la pampa y dando por resultado la desertión en masa de todas las tropas bolivianas que se encontraban en el llano; y en este alud viéronse también arrastradas algunas tropas peruanas y, lo que es peor, hasta algunos jefes”¹³⁴.

Para los oficiales peruanos quedó claro que la batalla de San Francisco pudo ganarse sin mayor problema, pero que la huida de los bolivianos produjo la derrota. Los más optimistas quieren ver en esto un paradigma de lo que fue la guerra completa. Otros prefieren sumarlo a la lista de factores que, a priori, determinaban el resultado del conflicto.

Esta pobre idea sobre la capacidad militar de su aliado aumentó al tenerse clara conciencia de que el general Daza se retiraba de Tarapacá, sin haber atacado ni recibido ataque.

Basadre es el único historiador que intenta una explicación sobre la actitud de Daza: “está en tres factores: uno, la imprevisión y deficiencia de su ejército para una campaña en los arenales de la costa; otro, las dificultades o complicaciones del plan para coger a los chilenos entre los fuegos de los ejércitos aliados del norte y del sur en San Francisco, y tercero, razones de política interna por las que Daza no quería exponer a sus tropas, indispensable sustento para su gobierno”.

En estas condiciones, la alianza debía durar poco.

VISIÓN BOLIVIANA

¹³⁴ Cáceres, Andrés: *Op. cit.*, pág. 25.

Para los historiadores del altiplano, el balance de su sociedad de preguerra es devastador. Según Arguedas en el país “nada había: los caminos construidos primero por los obedientes súbditos de los incas y después por los conquistadores, se habían ido destruyendo poco a poco a la implacable acción del tiempo y hoy la vialidad se hacía penosa y difícil. Las instituciones yacían por los suelos. Casi no existía la probabilidad moral y los hombres vivían sin conocer ideales superiores. En todos dominaba el egoísmo, la vanidad, el interés, es decir, esas pequeñas pasiones que rebajan la dignidad humana. Todos querían mandar, y los que obedecían, eran los indios y los cholos, masa pasiva, turba alucinable, sin nociones sobre ningún principio, ignorante, analfabeta y corrompida. Consiguientemente, la vida social era de una monotonía abrumadora. No había artes, ni comercio, ni industria”¹³⁵.

Finot sostiene que esta situación de menoscabo “no era imputable sino al estado social y político de los últimos tiempos. Bolivia de 1879 ... era la nación sojuzgada por Belzú, Melgarejo, Morales y Daza”¹³⁶.

El único que explica la debilidad como producto de una coyuntura puntual es José María Camacho: “atravesaba Bolivia por un situación excepcional: se habían desencadenado sobre ella, sucesivamente, la peste y el hambre con todos sus horrores; la gente de los campos, diezmada ya por la peste, invadía las ciudades (...) En sólo veinte días (del 1º al 20 del mes de enero), se recogieron en las calles y hospitales de Cochabamba, el granero de Bolivia, 206 cadáveres, víctimas del hambre”.

Pero esos factores, por sí solos, no podían producir la *débâcle*; por eso Camacho añade la impiedad chilena: “Una situación tan anormal y espantosa podía inspirar en las naciones vecinas siquiera el respeto que se debe al infortunio. A Chile le inspiró otro sentimiento y nos mandó la guerra”¹³⁷.

Sin embargo, la mayoría de los autores coloca el acento en factores que parecen más íntimos a la vida boliviana. Entre éstos, cobra predominio el caudillismo militarista, cuyos expositores mayores son Melgarejo y Daza.

El comportamiento de Bolivia en la guerra aparece determinado decisivamente por la abrumadora superioridad chilena. Y en segundo lugar, por las dificultades internas del país, la mayor de las cuales se define como imprevisión.

Finot revela bien la trama de sentimientos de esta historiografía. Por un lado, “la nación no carecía de patriotismo, aunque predominara ese patrimonio ruidoso y vocinglero que puede llevar al sacrificio exaltado, pero que no estudia fríamente la forma de precautelar los bienes nacionales ni sabe organizarse para defenderlos”. Ese patriotismo le habría permitido a Bolivia “rechazar victoriosamente una agresión en el seno mismo de su territorio interior”. Pero, por otro lado, la guerra superaba la mera infatuación: “... debía acudir a la costa desierta y distante, equipando un ejército que carecía de servicios de movilización y hasta de armamentos. El desastre era inevitable y,

¹³⁵ Arguedas, Alcides: *Op. cit.*, pág. 355.

¹³⁶ Finot, Enrique: *Op. cit.*, pág. 300.

¹³⁷ Camacho, José María: *Op. cit.*, pág. 318.

sin embargo, no lo comprendía nadie. Seguía pensándose que el valor del soldado bastaba para contener la agresión extranjera. Y Bolivia se lanzó a la lucha sin ninguna posibilidad de éxito”¹³⁸.

Camacho tiene un relato barroco, de corrupción y exaltación: cuando Daza dio la noticia del “ultraje que Chile acaba de inferir a la república”, lo que había mantenido en reserva hasta el fin del carnaval, “para no turbar sus orgías”, “organizándose en todas partes batallones de voluntarios... y todos los ciudadanos, deponiendo sus prevenciones partidistas, pidieron armas. No las había. Los parques estaban exhaustos”¹³⁹.

La actitud combatiente, sin embargo, fue variando en el curso del conflicto. Durante los primeros seis meses, las acciones se concentraron en el mar. El ejército boliviano tuvo que permanecer en el desierto hasta que esas campañas definieran mejor el panorama. Ese lapso de inactividad se tradujo en cansancio de la tropa, la mayoría de la cual procedía del Altiplano, por lo que, según Arguedas, los calores de la costa seca y arenosa “les producía un desmayo y una fatiga irreparables”¹⁴⁰.

El descontento de la tropa que “veía, no sin pena y asombro, que todo lo realizado hasta allí no era sino puro movimiento de escenario y ansiaba combatir, marcharse de esa playa y ese suelo inclementes y hostiles”, comenzó a expresarse “en murmuraciones públicas contra los directores de la guerra, y en especial contra Daza. Le veían divertirse en constante jolgorio, gastarse locamente los dineros fiscales en fiestas de carácter privado; le oían sus opiniones sobre la marcha de los negocios públicos y estaban todos convencidos que lo solo importante para el Presidente era su bienestar personal y la plena satisfacción de sus arrestos y exigentes apetitos”¹⁴¹.

Al quiebre intestino vino a sumarse paralelamente el desquiciamiento de la alianza con Perú. Chile habría estado promoviendo la idea de alcanzar un acuerdo con Bolivia a costa del despojo del puerto de Arica a Perú. Este habría sido el objetivo de “la misión secreta que de Chile trajesen los bolivianos Gabriel René Moreno y Luis Salinas Vega”¹⁴². Vásquez Machicado cuenta que “Daza, para congraciarse con el Perú, que mostrábase muy suspicaz, publicó las proposiciones chilenas y sus rechazos. Sin embargo, siguió en correspondencia secreta con el gobierno de Chile, al cual, fuera de las condiciones territoriales ya sabidas, exigía una cantidad de dinero para abandonar la alianza con el Perú”¹⁴³.

Los problemas de la alianza quedaron momentáneamente soslayados con el desembarco chileno en Piragua.

Ahí aparecieron los nuevos. Daza partió desde Tacna a detener la invasión y, súbitamente, en la quebrada de Camarones, dio la orden de regreso. Arguedas se respalda en el chileno Gonzalo Bulnes para estimar que la decisión de Daza se originó en el deseo de mantener intacto su cuerpo de apoyo, el batallón Colorados. Arguedas dice que, sin importar la razón, la retirada produjo en los soldados la impresión “de que

¹³⁸ Finot, Enrique: *Op. cit.*, pág. 301.

¹³⁹ Camacho, José María: *Op. cit.*, pág. 321.

¹⁴⁰ Arguedas, Alcides: *Op. cit.*, pág. 384.

¹⁴¹ Arguedas, Alcides: *Op. cit.*, pág. 384.

¹⁴² Arguedas, Alcides: *Op. cit.*, pág. 385.

¹⁴³ Vásquez Machicado, Humberto: *Op. cit.*, pág. 384.

algo anormal y terrible había aconsejado a Daza proceder de esa forma, que era el comienzo de la final catástrofe”¹⁴⁴.

Si bien toda la historiografía boliviana concuerda en que la retirada de Camarones decidió el resultado de la guerra, sólo unos pocos la califican como traición.

La opinión pública rompió el fuego contra Daza. Cuando Prado, en el Perú, partió a Europa, “Daza sintió que su dominio se desquiciaba, y no pensando más que en afirmarse en el poder, sin importarle el porvenir de la guerra, resolvió abandonar Tacna para tornar a Bolivia, donde se prometía probar el poder de los cañones Krupp y romper a balazos los periódicos subversivos, pegados al pecho de sus autores”¹⁴⁵.

El 27 de diciembre, Daza fue derrocado por los militares. El nuevo Presidente, el general Narciso Campero. “se contrajo enseguida a la organización de nuevas fuerzas y antes de un mes pudo enviarse a Tacna una división de 1.300 hombres”¹⁴⁶. Los historiadores bolivianos concuerdan en el valor de Campero, pero también en que ya era demasiado tarde. El 27 de mayo, las tropas, encabezadas por el propio Campero, enfrentaron a los chilenos en el Alto de Alianza. “Prácticamente”, dice Vásquez Machicado, “la guerra del Pacífico para Bolivia terminó con el desastre de Tacna”¹⁴⁷.

Finot será quien sintetice y concluya: “El contraste de la batalla de Tacna disolvió prácticamente la alianza entre Bolivia y el Perú. Inútiles fueron los esfuerzos del general Campero, desde la Presidencia de la República, para establecer una cooperación que Bolivia estaba en la imposibilidad de prestar”¹⁴⁸. Y agrega una conclusión práctica y emotiva: “Aquel era el fin de una campaña dolorosa y estéril, en que se malgastó el heroico sacrificio de un pueblo”¹⁴⁹.

VISIÓN CHILENA

Según los chilenos, en Bolivia la noticia de la guerra fue recibida con entusiasmo. “Los grandes centros de población, Oruro, Potosí, Sucre, Cochabamba y Tarija, se pusieron de pie ofreciendo sus recursos”. Este jolgorio bélico le merece a Bulnes juicios laudatorios: “El país valía mucho más que su gobierno. Conmovidos en sus fibras más internas por la ocupación de Antofagasta, sus principales ciudadanos rivalizaron noblemente por contribuir a la defensa nacional”¹⁵⁰.

La historia chilena subraya el muy especial problema con que se encontraba semejante entusiasmo belicista: una población india en la que debía reclutar un ejército. Más aún: a la cual debía requerir el apoyo. Jorge Inostrosa es un receptivo de esta idea

¹⁴⁴ Arguedas, Alcides: *Op. cit.*, págs. 390-391.

¹⁴⁵ Camacho, José María: *Op. cit.*, págs. 332-333.

¹⁴⁶ Camacho, José María: *Op. cit.*, pág. 336.

¹⁴⁷ Vásquez Machicado, Humberto: *Op. cit.*, pág. 384.

¹⁴⁸ Finot, Enrique: *Op. cit.*, pág. 309.

¹⁴⁹ Finot, Enrique: *Op. cit.*, pág. 307.

¹⁵⁰ Bulnes, Gonzalo: *Op. cit.*, Tomo I, pág. 115.

cuando narra, en su difundida novela *Adiós al Séptimo de Línea*, el siguiente episodio, justo en vísperas del desembarco en Antofagasta:

“La india alzó los hombros con fastidio y monologó entre dientes:

—Antofagasta ha sido ocupada por los chilenos, ¿y qué?

—India, ¿qué sitio es éste?, le preguntó con ansiedad (el chileno).

—Tilmonte, ¿no lo sabes?

—¿En qué país?

—No me lo sé. Será Bolivia tal vez.

—¿Hacía dónde está Chile?

—¿Chile?... No te lo conozco.

—Antofagasta entonces.

—Hacia allá.

Su mano esquelética indicaba vagamente hacia el poniente”¹⁵¹.

Esta población fue decisiva en la guerra, según el juicio que Encina da al comentar la formación militar boliviana: “Las virtudes y defectos del ejército boliviano eran las de su raza. El soldado, lo mismo que el indio, podía reconocer por sendas escarpadas distancias casi inverosímiles llevando por todo alimento un puñado de coca y otro de maíz tostado o de papas cocidas; pero su traslación al litoral tropezaba con la repugnancia del indio a alejarse del altiplano y con el hábito de llevar consigo a una mujer que le cocine y atienda. Sin ninguna iniciativa, peleó sólo siguiendo el ejemplo del oficial que le mandaba”¹⁵².

Estos descontentos, dice Encina, “desertaban o estaban listos para irse a su tierra a la primera oportunidad”¹⁵³.

Para peor, la figura de Daza es estigmatizada como un “caudillo primitivo”. Aparte de esto, a Encina le agrada presentarlo como un payaso de triste quehacer. Para ello escoge el fundamento de su gobierno: “Su poder se apoyaba en un batallón que había formado, el N° 1 de Colorados de Daza, especie de guardia pretoriana, armada de rifles Remington, que se imponían al resto del ejército, armado de fusiles de chispa, y cuya fidelidad logró conservar hasta su deposición del poder en 1879”¹⁵⁴.

Bulnes arriesga opiniones para juzgar la separación entre Daza y su pueblo, y llega a insinuar que las consecuencias de la guerra podrían no ser tan graves para Bolivia: “El interés del dictador era opuesto a la causa a que ellos sacrificaban su existencia. Si triunfaban remachaban las cadenas de su servidumbre; si eran vencidos, la derrota era su liberación”¹⁵⁵.

Estos rasgos de la visión chilena de Bolivia están complementados por la participación en la alianza. Cada vez que los autores chilenos se refieren a esto, ven a Perú como soporte de una carga pasiva y dañina. Barros Arana pone un ejemplo: “Se

¹⁵¹ Inostrosa, Jorge: *Adiós al Séptimo de Línea*, Santiago, Chile, Tomo I, pág. 82.

¹⁵² Encina, Francisco Antonio: *Op. cit.*, Tomo XVI, pág. 306.

¹⁵³ Encina, Francisco Antonio: *Op. cit.*, Tomo XVII, pág. 328.

¹⁵⁴ Encina, Francisco Antonio: *Op. cit.*, Tomo XVI, pág. 253.

¹⁵⁵ Bulnes, Gonzalo: *Op. cit.*, Tomo I, pág. 538.

anunció como cosa cierta que los chilenos se proponían expedicional sobre Arequipa; no sólo se movió un solo hombre de Bolivia, sino que la prensa de que este país acusó al gobierno del Perú de imprevisión. Los dejaba a ellos, los bolivianos, expuestos a sufrir las consecuencias de una invasión”¹⁵⁶.

EN SÍNTESIS

Según Perú:

- El caos de Bolivia se remonta al capricho vanidoso por el cual fue fundada.
- La mayoritaria población india condenaba sociológicamente a Bolivia.
- Bolivia estaba atrasada de industrias y progreso en general.
- Bolivia entró a la guerra por imprevisión de Daza y agresión chilena.
- El ejército boliviano actuó de modo desastroso y abandonó al peruano.

Según Bolivia:

- El país estaba mal organizado, y con una pésima situación económica.
- A Chile esto no le inspiró piedad, sino ambición.
- A pesar del patriotismo heroico del ejército, se tuvo que luchar en territorio extraño y con muy escasos recursos.
- Daza condujo de modo desastroso y torpe las campañas.
- La guerra fue estéril, y el sacrificio del pueblo, inútil.

Según Chile:

- Bolivia tenía un problema clave en la mayoría de la población indígena, dada a la desidia y la flojera.
- Por eso formó un ejército de descontentos que huían o esperaban hacerlo.
- Daza era una opresión intolerable para un pueblo desanimado.
- Bolivia fue una carga para Perú.

¹⁵⁶ Barros Arana, Diego: *Op. cit.*, pág. 332.

8. CHILE EN LA GUERRA

VISIÓN PERUANA

Respeto y crítica: he ahí los dos sentimientos predominantes que se envuelven en la historiografía peruana con respecto a Chile. El primero se adhiere a la tradición republicana y democrática de Chile; el segundo, afecta al comportamiento durante la guerra.

El primer juicio que conviene apuntar es el racial. Como contraparte de la calificación sobre sus propios pueblos, la historiografía peruana tiende a señalar una superioridad biomorfológica de Chile, entendida sobre todo a partir de la ausencia de sangre india. Habla Valega: “La unidad de la raza es un factor indiscutible en el progreso de los pueblos. Las mismas tendencias, las mismas actitudes psicológicas y la misma fortaleza material hacen más fácil la conquista de las aspiraciones colectivas”¹⁵⁷. Cáceres lo apoya: “La población de Chile en la época de la guerra ascendía a más de dos millones de habitantes, raza mestiza de gran homogeneidad”.

El segundo tópico apunta a la aristocracia como poder propulsor y como clase dirigente. La historiografía peruana ve en estas formas de gobierno —dominantes y fuertemente verticales— un modo de dar equilibrio a la evolución política. Cáceres es explícito en su visión: Chile “estaba gobernado por una vieja oligarquía que dominaba y explotaba al pueblo con rudeza”¹⁵⁸. Bajo esta conducción, el país logró, según los peruanos, una estabilidad constitucional única en el continente.

Esa estabilidad es la tercera premisa.

La cuarta es la crisis económica que Chile atravesaba hacia 1879. El mismo Cáceres: “Su deuda interna y externa ascendía a más de diez millones de libras esterlinas. Su presupuesto era escaso para satisfacer los gastos de la administración pública y el pago de los intereses de sus deudas. De los tres millones a que ascendían sus ingresos, una tercera parte los empleaba en el pago de intereses”¹⁵⁹. Incluso la crisis obligó al Presidente Pinto a reducir el presupuesto en cinco millones. De aquí parte Valega para aportar la clave política que entrañaba el problema. En otras palabras, el porqué económico de la guerra: “El gobierno de un país en plena crisis económica no puede prestigiarse reduciendo simplemente los gastos; muy al contrario, con cinco millones menos para favorecer la burocracia palatina, la simpatía hacia los gobernantes disminuye y, por esto, el descontento cunde”¹⁶⁰.

Cáceres añade el quinto elemento de análisis: “Parece que en la mente de sus gobernantes (de Chile) hubiera prevalecido siempre la idea de la conquista, razón por la

¹⁵⁷ Valega, José: *Op. cit.*, pág. 20.

¹⁵⁸ Cáceres, Andrés: *Op. cit.*, pág. 15.

¹⁵⁹ Cáceres, Andrés: *Op. cit.*, pág. 15.

¹⁶⁰ Valega, José: *Op. cit.*, pág. 26.

cual desde mucho antes que estallara el conflicto del Pacífico, había venido Chile robusteciendo con solicitud alarmante su poderío bélico y naval”¹⁶¹. En el subsuelo de esta opinión está, ciertamente, la consideración de que cada raza responde a sus necesidades según caracteres intrínsecos. Chile forma una raza agresora.

Esta afirmación se ve respaldada aquí y allá en la historiografía peruana, por lo que sin duda es la idea más recurrente de sus textos: la crueldad chilena. Según Markham, la guerra se dividió en dos etapas, la primera de las cuales (desde el desembarco en Antofagasta hacia la toma de Arica) tiene sentido estratégico, porque se centra en el motivo y botín de la guerra, las provincias salitreras.

La segunda etapa, en cambio, hasta la toma de Lima, encarna la violencia gratuita. Cáceres pone un ejemplo sonoro en la batalla de Tacna: “dueños los chilenos del campo, atacaron bárbara y despiadadamente con todos los soldados del Zepita que se encontraban heridos diciéndoles al ultimarlos: ‘Toma, Tarapacá...’ en represalia de la derrota que les infligieron los zepitas en aquella memorable jornada”¹⁶². Markham difiere poco: “La matanza que siguió fue de lo más bárbaro, pues los invasores acuchillaban a sangre fría a todos los heridos”¹⁶³.

La violencia alcanza su máxima expresión en las descripciones de la toma de Lima. Este punto es un de los más recabados por la historia peruana.

Murtúa: “Pero Chile tenía preñada el alma de enconos insaciables. La vieja Universidad de Lima, en cuyos muros se encerraba el recuerdo de dos civilizaciones, fue profanada. Las tropas de Chile la entregaron al saqueo y a la destrucción. La Biblioteca Nacional, rica e irremplazable acumulación de testimonios históricos, siguió la misma suerte”¹⁶⁴.

Markham: “Los chilenos no dieron cuartel, pasaban por las armas no sólo a los heridos, sino también a los indefensos pobladores”¹⁶⁵.

Y el ministro de Estados Unidos, uno de cuyos informes cita Markham: “Las tropas chilenas se han conducido no como un ejército formalmente organizado por una nación que se llama civilizada, sino como una horda de salvajes errantes, ultimando a los heridos. En el consulado británico se refugiaron unos cuantos dispersos, los arrastraron hasta la plaza y allí los hicieron fusilar, y después saquearon la casa”. Y agrega una frase que para los historiadores peruanos constituye un implícito *leitmotiv*: “Esta no ha sido guerra, sino una matanza por mayor”¹⁶⁶.

VISIÓN BOLIVIANA

¹⁶¹ Cáceres, Andrés: *Op. cit.*, pág. 15.

¹⁶² Cáceres, Andrés: *Op. cit.*, pág. 59.

¹⁶³ Markham, Clements: *Op. cit.*, pág. 357.

¹⁶⁴ Murtúa, Víctor: *Op. cit.*, pág. 106.

¹⁶⁵ Markham, Clements: *Op. cit.*, pág. 366.

¹⁶⁶ Markham, Clements: *Op. cit.*, pág. 370.

Al declararse las hostilidades —estiman los historiadores bolivianos— Chile se encontraba en situación muy superior a la de sus adversarios. Y no por casualidad: “Chile se había preparado para la guerra desde algunos años atrás, previniendo una competente escuadra y un ejército disciplinado. Ni el Perú ni Bolivia habían tomado igual precaución... En la víspera de la declaración de guerra, Chile poseía dos blindados débiles y viejos, dos buques de madera y dos monitores de río, con un total de treinta mil hombres. Bolivia no tenía ni un barco y sus tropas llegaban apenas a mil doscientos hombres”¹⁶⁷.

Pero esta superioridad militar no era todo. Los bolivianos le añaden que, como había sido Chile quien desencadenara el conflicto, había buscado el momento que le resultara más propicio. Y, a diferencia de Perú y Bolivia, se encontraba entre los países que, a juicio de Arguedas, “hoy ofrecían o comenzaban a ofrecer el espectáculo envidiable de pueblos ya organizados”.

Estos pueblos, precisa el historiador, “tenían riqueza pública y privada, comenzaban a abrirse campo en los mercados europeos y a preocuparse de esos otros no menos fundamentales problemas de la inmigración, del fomento de las industrias, y, sobre todo, de la constitución de ferrocarriles, canales y caminos carreteros”.

Y algo más. Después de las luchas intestinas, que se califican de estériles y agotadores, “se habían dedicado a fomentar la educación social, problema de suma importancia en los pueblos nuevos, y a ejercitar las actividades en la explotación de las riquezas naturales del suelo”¹⁶⁸.

Todo esto se condensa, para la historiografía boliviana, en la situación militar, que resulta un corolario de los procesos políticos y sociales. Es en el contraste donde más califica la historia boliviana; allí gasta sus adjetivos peyorativos, como una forma indirecta de lamentación: “Bolivia no contaba con nada, ni con un miserable barquichelo en sus costas, ni un buen ejército, el mismo que, fuera de dos o tres batallones, no valía gran cosa, según textual opinión chilena”¹⁶⁹.

VISIÓN CHILENA

Afirma Encina: “La historia tradicional (Bulnes) ha impuesto la creencia de que la guerra de 1879 sorprendió a Chile desarmado. Este aserto confunde el desarme con la imprevisión. Chile poseía en 1879 la escuadra más poderosa de la América española; y el personal joven de su armada nada tenía que envidiar en competencia y moral al de las grandes potencias europeas de la época. Su ejército de línea no excedía de 2.000 hombres; pero tenía también 23.000 guardias nacionales y varios miles de ex soldados que le permitían movilizar un ejército de 25.000 hombres, que por su energía guerrera y su instrucción superaba a cualquier otro ejército hispanoamericano de la época (...) Empero, a pesar de disponer de la escuadra y del ejército potencialmente más poderosos

¹⁶⁷ Camacho, José María: *Op. cit.*, pág. 322.

¹⁶⁸ Arguedas, Alcides: *Op. cit.*, págs. 354-355.

¹⁶⁹ Vásquez Machicado, Humberto: *Op. cit.*, pág. 382.

de la América española, la guerra sorprendió a Chile tan desprevenido como Bolivia y Perú”¹⁷⁰.

Esta es una idea generalizada en Chile, que tiene que ver con la inocencia en el conflicto, y también (indirectamente) con los deseos de evitarlo.

La mejor prueba de que éstas son premisas comunes a toda la historiografía chilena (aunque no siempre de modo explícito) está en que siempre se atribuye más importancia a los factores raciales, sociales y morales que a la superioridad militar para explicar los resultados de la guerra.

Barros Arana coge los valores raciales: “La pureza de la sangre criolla que se mezcló con la indígena, su vigor, su superioridad moral, el carácter propio de esta sangre activa y seria”¹⁷¹, son unas de las razones principales de la victoria.

Encina va más lejos. Asimila, incluso, la estabilidad política a las confluencias raciales: “El castellano vasco exteriorizó en la guerra la misma estabilidad y firmeza de estructura mental que le había dado su predominio político y social en la paz (...) Su patriotismo viril, su valor psicológico y la abnegación cívica, una vez declarada la guerra, arrastraron con el ejemplo y la sugestión al país, moldearon su voluntad e imprimieron impulso al brazo armado”¹⁷².

El contraste resulta agresivamente favorable en el mismo Encina, quien dice que un tercio de la población Perú-boliviana, india, estaba descartada en la guerra, y parte de los otros dos tercios, mestizos semicivilizados, tenían “muy mediano valer militar”¹⁷³.

El segundo factor —más importante para algunos— es la solidez política e institucional de Chile. Los autores son consensuales en señalar que ésta era la base de una unidad nacional difícil de quebrantar. El soldado identificaba una patria abstracta a la que debía respeto y amor.

Gonzalo Bulnes se siente obligado a dar un ejemplo, no sin cargarlo de la propia emoción: “Después de las batallas de Lima recorría Lynch el Hospital de Sangre en compañía del almirante francés Du Petit Thuars, quien no podía comprender el resultado, recordando la opinión que había emitido a la vista de las fortificaciones. Se acercó a dos heridos peruanos y junto con dirigirles palabras consoladoras, les preguntó separadamente: ¿Y para qué tomó usted parte en estas batallas? Yo, contestó el uno: ‘por don Nicolás’, el otro: ‘por don Miguel’. Don Nicolás era Piérola; don Miguel, el coronel Iglesias. Dirigió después la misma pregunta a dos heridos del ejército chileno y ambos le respondieron con profunda extrañeza: ‘por mi patria, mi general’. Y Lynch volviéndose a Du Petit Thuars le dijo: Por eso hemos vencido. Unos se batían por su patria. Otros, por don Fulano de Tal. A lo cual replicó el almirante francés: ¡Ahora comprendo! Era eso lo que había vencido; la superioridad de una historia sana y moral, sobre otra convulsionada por los intereses personales”¹⁷⁴.

¹⁷⁰ Encina, Francisco Antonio: *Op. cit.*, Tomo XVII, pág. 447.

¹⁷¹ Barros Arana, Diego: *Op. cit.*, pág. 9.

¹⁷² Encina, Francisco Antonio: *Op. cit.*, Tomo XVI, págs. 377-378.

¹⁷³ Encina, Francisco Antonio: *Op. cit.*, Tomo XVI, pág. 296.

¹⁷⁴ Bulnes, Gonzalo: *Op. cit.*, Tomo II, pág. 699.

Esta superioridad histórica hizo, según Barros Arana, a un ejército fuerte: “Esta empresa incomprensible para los pueblos que vivían sumidos en la borrasca de la guerra civil, juzgada imposible por los enemigos de Chile, era sin embargo el punto natural de la paz, de la organización interior del país, de la serenidad y honradez de su administración”. Y luego agrega lo que puede considerarse una definición práctica e ideológica de todo el conflicto: “Estas condiciones habían creado el verdadero patriotismo... el que se funda en la abnegación para aceptar los sacrificios en el nombre sagrado de la patria”¹⁷⁵.

Es también la conclusión de Bulnes: “Lo que venció al Perú fue la superioridad de una raza y la superioridad de una historia, el orden contra el desorden, un país sin caudillos contra otro aquejado de este terrible mal”¹⁷⁶.

El comportamiento en la guerra admite más matrices y más consideraciones. La historiografía chilena destaca sobre todo el valor, aunque reprocha una y otra vez la ausencia de cabeza conductoras brillantes. El triunfo se considera obra civil, y sus protagonistas son parte de un pueblo unitario.

Encina dice que “La admirable voluntad guerrera que exteriorizó el pueblo chileno en 1879-1880, comparada con la de algunos países europeos, se destaca más irregular y rebelde a la disciplina, pero no les cede en energía”¹⁷⁷. Conviene anotar la permanente inclinación de Encina para señalar el modelo europeo como escala de referencias, lo que seguramente le permite también ahorrar explicaciones en cuanto al porqué podría ser “admirable” una voluntad guerrera.

En cualquier caso, lo primero que destaca los historiadores chilenos es la caballerosidad del militar y del soldado raso en las primeras etapas de la guerra. Barros Arana cuenta que en la captura de Iquique, “los nacionales (peruanos) nada tuvieron que sufrir con este cambio de dominación porque se les dejaba en libertad de vivir en paz bajo las nuevas autoridades o de salir de la provincia a donde mejor quisieran. Los extranjeros, por su parte, vieron en el nuevo orden de cosas la inauguración de un régimen de honradez y de justicia bien diferente del que constituía el fundamento de la administración peruana”¹⁷⁸.

Es posible que la frecuente insistencia sobre este punto esté inconscientemente dirigida a disculpar —vía “inevitabilidad” o “curso de los hechos— la violencia del final. Los historiadores destacan que las acciones de fuerza desatada fueron mal recibidas por la opinión pública chilena. Dice Encina que “las destrucciones de los elementos de embarque en los puertos del Perú y el incendio innecesario de algunos de ellos, causó al pueblo casi tanta indignación como al peruano y a los neutrales. Se los representaron, como actos indignos de pueblos viriles y valientes”¹⁷⁹.

Por lo demás, el rasgo caballeroso de la guerra no fue conculcado —según la historia chilena— sino por el enemigo, que remataba a los heridos en Tarapacá. En palabras de Encina: “El repase de los heridos despertó en el alma primitiva del soldado

¹⁷⁵ Barros Arana, Diego: *Op. cit.*, pág. 412.

¹⁷⁶ Bulnes, Gonzalo: *Op. cit.*, Tomo I, pág. 351.

¹⁷⁷ Encina, Francisco Antonio: *Op. cit.*, Tomo XVII, pág. 504.

¹⁷⁸ Barros Arana, Diego: *Op. cit.*, pág. 141.

¹⁷⁹ Encina, Francisco Antonio: *Op. cit.*, Tomo XVII, pág. 52.

chileno un furor y un deseo de venganza que, sumándose al empleo de las minas, iba a traducirse en la matanza de los vencidos en Tacna, Arica, Chorrillos y Miraflores”¹⁸⁰.

Ciertamente, “el alma primitiva” no incluye a la oficialidad.

EN SÍNTESIS

Según Perú:

- La unidad de la raza (ausencia de indios y predominio de españoles) daba a Chile solidez para enfrentar la guerra.
- La aristocracia confirió disciplina y estabilidad política a Chile.
- La crisis económica que pasaba Chile lo impulsó a buscar el modo de expandirse.
- En la segunda fase de la guerra, los chilenos se comportaron como asesinos.

Según Bolivia:

- Chile estaba en situación muy superior al comenzar la guerra.
- Chile buscó el momento que le fue propicio política y militarmente.
- Chile estaba entre los pueblos que iban camino al desarrollo.

Según Chile:

- Chile no estaba desarmado. Era poderoso, aunque la guerra lo tomó desprevenido.
- La raza chilena era mejor en vigor, calidad moral y seriedad.
- El ejército era más sólido: identificaba una patria y un ideal.
- Lo que hizo ganar a Chile fue la superioridad de una raza y de una historia.
- El triunfo fue una gestión civil.
- La crueldad del final de la guerra fue algo condenable, pero comprensible en virtud de la crueldad del enemigo.

¹⁸⁰ Encina, Francisco Antonio: *Op. cit.*, Tomo XVI, pág. 306.

9. SOBRE HEROES Y TUMBAS

El capítulo de los héroes es casi más propio de la sociología.

Es que el héroe es, por excelencia, una construcción posterior a la historia de los hechos. Pero los narradores se encargan —a veces por la simple vía del relato detallado, a veces por el lirismo desbordante— de ir formando el perfil del héroe en los seres que les han merecido menos reproches. El héroe es casi siempre un ser políticamente secundario, y militarmente mediano. No podría, de otro modo, hacer común la gloria a aquellos a quienes precisamente está dirigida su figura: la masa de los potenciales combatientes.

En el héroe confluyen las virtudes y los ideales. El funde, de modo abstracto y concreto a la vez, la acción y el pensamiento. Pero, además, los valores que el historiador vindica para sí. Como el mayor de los ideales es el sacrificio, el mayor de los valores es también el sacrificio en el nombre de los ideales. Por eso el capítulo de los héroes es, generalmente, el capítulo de los muertos. Quizás porque además un muerto ya no puede perder el heroísmo ni corromperlo con su propia imagen.

Este capítulo sólo incluirá las versiones que los tres países tiene sobre sus principales y propios héroes. Son todos nombres diferentes, como es natural. Incluso revelan más sobre la historiografía que los trata que sobre los propios protagonistas. Por eso no se incluirá aquí síntesis alguna. No hay puntos controvertidos, y los casos son diferentes.

Pero —cuidado— hay algo que no es diferente en ninguno: los motivos por los cuales se los ha ascendido a la categoría de héroes.

VISIÓN PERUANA

Los historiadores peruanos han hecho notar que cualquiera sea el lugar de importancia que ocupe el hecho de la derrota, tres grandes ejemplos de sacrificio heroico iluminan la guerra.

Cada uno encarna conceptos complementarios: Andrés Cáceres, el espíritu de obstinación para no enfrentar pasivamente la derrota, y organizar al ejército aun después de caída la capital; el coronel Bolognesi, el heroísmo que supera a la propia muerte con el objeto de no aceptar la ignominia de rendirse, en el Morro de Arica; y Miguel Grau, la figura de la habilidad y la entrega suprema, que sustenta por largo tiempo y en malas condiciones el poderío naval peruano.

Del coronel Bolognesi la historiografía peruana destaca el valor simbólico. Aunque, estratégicamente, Arica no significaba gran cosa y pudo ser abandonada por las tropas peruanas, Bolognesi cumplió la orden de no rendirse hasta quemar el último cartucho, a pesar de ser evidente la derrota. Puesto ante la disyuntiva última, con el

morro ocupado por los chilenos, prefirió lanzarse con su caballo al mar. Su famosa expresión ha sido vastamente difundida: “Que se rinda su abuela, carajo”. Basadre sintetiza el sentido que se asigna a la figura de Bolognesi: “Había vivido sin mancharse ni en el lodo de las guerras civiles ni en la locura de las riquezas dilapidadas. A pesar de su modestia y de su sencillez, le tocó transfigurarse súbitamente, en la ancianidad, con la luz indeclinable del sacrificio”¹⁸¹.



Bolgnesi, fotografía de cuadro A. Gómez

Sin embargo, es el almirante Miguel Grau la figura consensualmente grandiosa de la historiografía peruana. En él se condensan todos los valores que los autores echan de menos en los conductores de la guerra: valor, energía, preparación profesional y experiencia. Coraje e inteligencia encuentran en Grau su síntesis humana y militar.

Dice Basadre: “Tuvo el don de la iniciativa, la aptitud para conocer y medir cada situación, el genio para el mando, sin los cuales la bravura mayor y los conocimientos más profundos resultan ineficaces”¹⁸².

Markham subraya especialmente su profesionalismo: “ha sido uno de los mejores marinos prácticos que ha tenido el Perú. Se hizo universalmente conocido por su habilidad e ingenio, así como también por su carácter afable y buenos modales”¹⁸³.

Víctor Murtúa enfatiza la mesura por medio de una anécdota: “Nada había de inaccesible o de afectado en este paladín que acumulaba hazañas con la bonachona sencillez de padre de familia que exhala en los retratos su curtido rostro de patillas

¹⁸¹ Basadre, Jorge: *Op. cit.*, Volumen II, pág. 205.

¹⁸² Basadre, Jorge: *Op. cit.*, Volumen II, pág. 176.

¹⁸³ Markham, Clements: *Op. cit.*, pág. 345.

negras. Al regresar a la patria, después de hacer lo inesperado y lo increíble, frente a los homenajes ostentosos y los elogios vibrantes, dijo una vez en un brindis: “Todo lo que puedo ofrecer en retribución de estas manifestaciones abrumadoras, es que si el Huáscar no regresa triunfante al Callao, tampoco yo regresaré”¹⁸⁴.

Basadre incurre en una nota amarga cuando quiere destacarlo demasiado por sobre sus contemporáneos: “Como del carbón sale el diamante, así de la negrura de esta guerra sale Grau. La posterioridad ha indultado a su infausta generación porque a ella perteneció el comandante del Huáscar. Olvidó desastres y miserias y la mira con envidia porque le vio y le admiró”¹⁸⁵.

VISIÓN BOLIVIANA

Curiosamente, los dos únicos héroes absolutos de Bolivia son civiles.

Su historia es la siguiente. Las fuerzas militares de Chile habían ocupado Antofagasta sin resistencia, retirándose las autoridades bolivianas a Tocopilla y Cobija. El 16 de febrero de 1880 caían Caracoles y Mejillones. Sólo en Calama encontraron resistencia los invasores, que lanzaron sobre el pueblo una fuerza de 600 hombres.

La defensa de Calama fue obra de dos civiles. Narra José María Camacho: “Don Ladislado Cabrera, secundado por el vecino principal de ese pueblo, don Eduardo Abaroa. Sin elementos ni auxilios, sólo pudieron reunir 85 armas de fuego. Iniciado el ataque, la defensa fue vigorosa y legendaria, hasta que el número decidió el éxito. Defendía don Eduardo Abaroa el paso de Topater, que era el punto más arriesgado; había rechazado por tres veces al enemigo; había hecho él solo más de cien disparos, estaba gravemente herido, y su arma se hallaba descompuesta, cuando se vio rodeado por una columna enemiga que le dirigió sus punterías. El comandante chileno contuvo a su tropa, y gritó al moribundo defensor de Topater, que apretaba nerviosamente su rifle inutilizado: ¡ríndase! Abaroa contestó: ¡Que se rinda su abuela! Una descarga de más de cien fusiles puso fin a esa noble existencia”¹⁸⁶.

¹⁸⁴ Murtúa, Víctor: *Op. cit.*, pág. 179.

¹⁸⁵ Basadre, Jorge: *Op. cit.*, Volumen II, pág. 176.

¹⁸⁶ Camacho, José María: *Op. cit.*, págs. 318-319.



Eduardo Abaroa, escultura de R. Porcel, 2007, Sucre.

A juicio de Alcides Arguedas, la “muerte heroica y ejemplar de abnegación, sangre gría y firmeza” de Abaroa, “constituye uno de los hechos más salientes de la guerra justa”¹⁸⁷.

Para exaltar al héroe máximo, Augusto Guzmán cita a otros dos autores bolivianos. ¿Será preciso subrayar su lirismo decimonónico?:

“Abaroa, hincado en la arena —dice Diez de Mediana—, con el fusil caliente entre las manos, despliega la cinta maravillosa de los símbolos telúricos. Pasa el boliviano indómito como el talud de sus montañas coléricas. El puma del ancestro, desgarrado pero no vencido. El cóndor que atropella el viento y se dispara a las estrellas. El olivo silvestre duro y tenaz. El guanaco ansioso de ternura que se pierde y reaparece como un bólido en las penumbras del pasado, cada vez que la fe nacional flaquea y se fatiga. O la kantuta que transforma en rubíes la savia de su tallo. O el llamo valeroso que señorea y se defiende solitario. O el montañés intrépido y metálico que se aferra a su sino de altura y desventura. El hombre de Calama rebasa el símbolo y trasciende a lección fecunda de realidad. Saber morir es más alto que el decoro del mejor vivir.

“Eduardo Abaroa —dice Frontaura Argandoña— para llegar a ser el más dramáticamente heroico de los bolivianos, no hizo escuela de patriotismo ni en curul ni en cuartel. En el momento dado, nadie escuchó de sus labios frases declamatorias; tomó simplemente su fusil, montó en su caballo y se dirigió al puente del Topater con la serena determinación de matar hasta cuando fuera posible y morir en caso necesario. Y de igual manera, la interjección definitiva que en el momento decisivo sale de sus labios como el clamor de su ancestro viril no pertenece a una escuela de vida, no es siquiera una sublime improvisación, es el alma de ese hombre que se opone y se indigna ante el crimen; es su propia conducta, su propia ética que en la voz poderosa de sus pulmones esgrime la cólera del hombre justo contra el invasor astuto que le quita su hogar y el pedazo más querido de su patria”¹⁸⁸.

¹⁸⁷ Arguedas, Alcides: *Op. cit.*, pág. 380.

¹⁸⁸ Guzmán, Augusto: *Op. cit.*, págs. 167-168.

La primera consideración que hace la mayoría de los historiadores chilenos respecto de sus combatientes es crítica: casi en su totalidad, los jefes militares chilenos brillaron por su poca eficiencia y capacidad profesional.

Encina sólo rescata el capitán de navío Patricio Lynch. En algunos otros textos, el general Baquedano sale medianamente bien parado.

Sintetiza Encina: “Había sido tarea inútil buscar entre las reliquias del pasado o entre los militares jóvenes, alguna cabeza capaz de asumir la alta dirección de guerra de 1879, de crear el ejército, inventar la guerra del desierto, elaborar el plan estratégico y ejecutarlo sobre el terreno”¹⁸⁹.

Excepción hecha de uno que otro jefe de mérito en los grados medios de la oficialidad (Lagos en el Ejército y Latorre, Montt y por cierto Prat en la Armada), la victoria habría sido obra principalmente de dos civiles: Rafael Sotomayor y José Francisco Vergara.

De Sotomayor habla Bulnes: “Ese gran servidor público en cuyas manos gravitaba todo el peso y la responsabilidad de la campaña, no por tendencia absorbente suya, sino por el magisterio de su buen sentido, de su patriotismo desinteresado, de su inmenso espíritu de abnegación y sacrificio”.

Y de Vergara, Encina: “entre los civiles que se improvisaron guerreros, actuaron casi la totalidad de los grandes cerebros de la época; y así y todo, sólo uno, Vergara, exteriorizó aptitudes militares superiores”¹⁹⁰.

Pero si la capacidad de los militares no fue grande, sí lo fueron su valor y capacidad de entrega, cualidades comunes a soldados y oficiales.

En su relato del combate de Iquique, anota Encina: “El heroísmo chileno causó estupor en los peruanos de Iquique primero, y en los directores de la guerra después. Grau, impresionado, repitió varias veces al doctor Távara en la tarde del 21: ‘Doctor, cómo se baten estos chilenos’”¹⁹¹.

Y Bulnes, sobre la guerra en Tarapacá: “¿Cuántos episodios ignorados hubo en esas tres horas de combate? ¿Cuántos rasgos de heroísmo en la lucha individual en la abierta y dilatada pampa? ¿Cómo rindieron sus vidas cada uno de los que inscribieron sus nombres en el martirologio de la patria? No se sabe otra cosa de verdad sino que el campo estaba cubierto de cadáveres y de moribundos, y que a la distancia se proyectaban en el desierto, que tiene el poder de agrandar las figuras, los cuerpos encorvados de los heridos que podían andar buscando el camino de Dibujo, sirviéndose

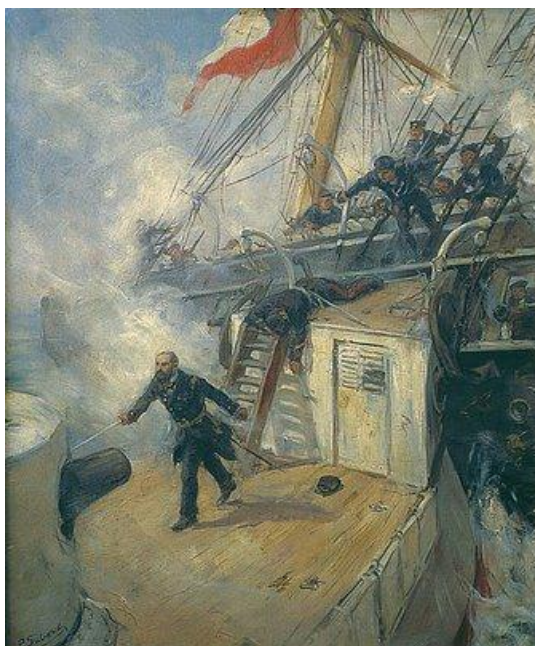
¹⁸⁹ Encina, Francisco Antonio: *Op. cit.*, Tomo XVI, pág. 317.

¹⁹⁰ Encina, Francisco Antonio: *Op. cit.*, Tomo XVI, pág. 483.

¹⁹¹ Encina, Francisco Antonio: *Op. cit.*, Tomo XVI, pág. 436.

del rifle como de bastón, sin soltarlo de las manos, y mirando a cada momento hacia atrás para tirarse al suelo y disparar”¹⁹².

La figura decisiva es, sin embargo, el capitán Arturo Prat. Su muerte en el combate de Iquique, tremebundamente subraya por el intento de abordaje al Huáscar, es no sólo una fecha de recuerdo nacional, sino el primer contacto escolar con la Guerra del Pacífico. No hay texto de historia en Chile que no cite la arenga del capitán *in extenso*. De los combatientes, su vida es quizás la única que se ha estudiado con el máximo de detalle, y la más abundante literatura de divulgación histórica es la que rodea la jornada del 21 de mayo de 1879.



Arturo Prat, pintura de Pedro Subercaseaux

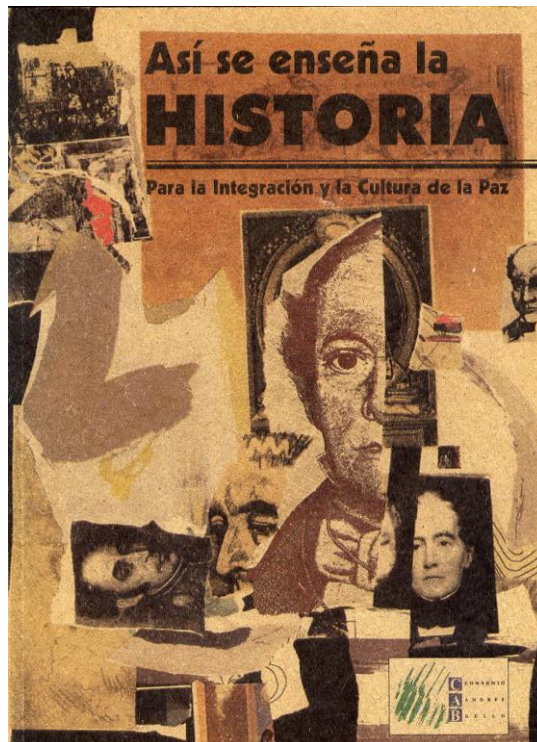
Sería largo enunciar aquí lo que se ha dicho sobre Prat. Quedémonos con Encina, que quiere que su figura encarne cualidades más vastas en Chile: “Las condiciones superiores de la raza cristalizaron, concentrándose con intensidad en hombres destacados, figuras que se levantaron por sobre la mediana, los héroes (...) Las figuras de Prat y Latorre, refundidas en un solo símbolo, encarnaron en el corazón del pueblo chileno el heroísmo y la capacidad guerrera de la raza”¹⁹³.

¹⁹² Bulnes, Gonzalo: *Op. cit.*, Tomo I, pág. 378.

¹⁹³ Encina, Francisco Antonio: *Op. cit.*, Tomo XVI, pág. 571.

LOS TEXTOS ESCOLARES Y LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA PARA LA PAZ Y LA INTEGRACIÓN

NICOLÁS CRUZ (PUC. CHILE) – MILTON LUNA (UNIVERSIDAD NACIONAL DE ECUADOR) (1999)



PRESENTACIÓN

Este trabajo sobre los textos escolares utilizados en la educación básica de los integrantes del Convenio Andrés Bello, aborda el tema desde catorce aspectos que consideramos importantes e ilustrativos del problema planteado.

Para estos efectos hemos centrado el esfuerzo en la consulta de la mayor cantidad posible de textos de los distintos países, así como también hemos trabajado con los informes que cada uno de los equipos de estudios de cada uno de los países han elaborado a este respecto. El predominio de la diversidad es evidente. En cada uno de los países coexisten textos de las más diversas características, ya sea por su confección, destinatarios, contenidos y exposición de éstos. Esta situación aumenta cuando se

analizan y comparan los manuales de estudio¹⁹⁴ provenientes de distintos escenarios geográficos. No obstante, nos han parecido posibles establecer criterios comparativos y hemos comprobado que nos han permitido llegar a algunas conclusiones generales.

Las conclusiones alcanzadas tienen un carácter provisorio puesto que al referirnos a los manuales, lo hacemos sobre un objeto que está cambiando de manera acelerada en el último tiempo, situación que analizamos enseguida. Con todo, creemos que nuestro escrito es útil puesto que refleja aspectos significativos de la situación actual y puede generar en los lectores, de acuerdo a su experiencia, otras interrogantes que le ayuden a una mayor claridad frente al tema.

Agradecemos al Convenio Andrés Bello por el interés en este tema y por su aporte en la búsqueda de una modernización de la enseñanza de la historia en una parte más que significativa de América Latina. Hacemos un reconocimiento especial del Dr. Eduardo Fabara G, quien ha dirigido con dedicación y capacidad el proyecto del cual este artículo es una parte.

LOS TEXTOS ESCOLARES, UN ESCENARIO CAMBIANTE

Este trabajo sobre los textos escolares se refiere a un tema en el cual se están produciendo muchos cambios de manera acelerada. Su valor radica en la intención de mostrar el estado actual de la situación en una forma comparada y reflexiva en un grupo significativo de países.

La elaboración de textos ha sido dinámica en estos últimos años. Esta afirmación se puede sustentar al comparar el estado actual con aquel que se describiera en el libro *La enseñanza de la historia como estrategia de integración*, en el que sus autores trabajaron con diversas informaciones producidas en la década de los ochenta e inicios de los noventa. Una de las conclusiones centrales a las que se llegó en esa ocasión fue que en los textos predominaba: "...una historia político-militar, escrita desde el campo de batalla y desde los palacios presidenciales; hecha por héroes militares y políticos, de cuya voluntad se hace depender el curso de los acontecimientos. Es, en suma, una historia de la élite gobernante, blanca y masculina, de la cual está ausente el pueblo como protagonista, como ausente está el entramado de lo cotidiano, esa historia vivida y forjada por los hombres y mujeres comunes y corrientes"¹⁹⁵. En la actualidad una parte significativa de los textos revisados no contienen esta visión de la historia.

Lo anterior no quiere decir que en los textos se encuentre una visión de la historia en cuanto proceso lento y colectivo de todos los actores de la sociedad, con todas las implicancias que esto significa. Es común, por el contrario, que en distintas páginas o capítulos encontremos conviviendo una historia pensada y escrita desde el centro del poder —político, social y cultural— con otras cosas en que figuran aquellos sectores marginados de manera habitual.

¹⁹⁴ Para responder a las necesidades internas de la redacción del texto, utilizamos como sinónimos los términos textos de estudio, manuales y libros escolares.

¹⁹⁵ DÍAZ C. J. y OSPINA O. J. (1995). *La enseñanza de la historia como estrategia de integración*, SECAB-CODECAL, Bogotá, Colombia, pág. 75.

Podemos decir que existe a nivel de los países un convencimiento de que la historia vista desde lo político-militar (centro del poder) está superada. No se da, en cambio, una mayor claridad sobre que historia presentar, más allá de una serie de temas “nuevos”, que deben aparecer. Utilizando de manera arbitraria lo que se dice en la introducción del libro *La enseñanza de las ciencias sociales*, podemos destacar que “... para este viaje hacían falta alforjas ya que después de tanto criticar a la enseñanza tradicional en diez años no hemos sabido formular un modelo alternativo. Si bien es verdad que no es esa toda la historia y que es mucho lo que se ha avanzado aunque todavía quede un buen trecho por recorrer”¹⁹⁶.

Las reformas educacionales que se están concretando en la mayor parte de los países estudiados, constituirán un incentivo al cambio en la confección de textos y materiales para la enseñanza. Es probable que allí se adviertan cambios mayores una vez que se publiquen, siempre y cuando persista la idea de otorgar a los autores espacios significativos de libertad para presentar los contenidos.

La situación actual es, además de dinámica, variada. Coexisten textos de los más diversos tipos y orientaciones. No resulta posible saber con certeza cuáles son los mecanismos que determinan la elección que las maestras o maestros hacen de uno u otro. Faltan, hasta donde hemos podido percibir, estudios que evidencien las maneras en que ellos se informan sobre los textos disponibles, los mecanismos utilizados al interior de las escuelas para realizar una opción, y la carencia de información, estudios que resultan de particular importancia en los establecimientos privados, principales usuarios de textos escolares.

LAS EDITORAS DE TEXTOS ESCOLARES

Un mapa de las editoras de textos escolares evidencia la siguiente situación: existen manuales confeccionados por un autor, editado y distribuido en un ámbito nacional. La característica central es el marcado protagonismo del autor, quien, por lo general, no participa de un proyecto editorial más amplio. Se observan en segundo lugar, la producción de una serie de editoriales nacionales que tienen características comunes en los distintos países: editan textos de historia y geografía, o de ciencias sociales con más frecuencia, los cuales forman parte de una propuesta que incluye textos en todas las materias escolares. Un ejemplo aclaratorio puede ser el caso de la Editorial Universitaria de Chile, dependiente de la Universidad del mismo nombre. Aunque resulte extraño a primera vista, es el caso de las ediciones de los Salesianos que se realizan de acuerdo a criterios nacionales a pesar de que sus casas editoras estén en todos los países.

Finalmente, se encuentran las grandes editoriales que publican bajo criterios comunes en todos los países integrantes del Convenio Andrés Bello. Destacan a este respecto Editorial Santillana, Arrayán y Norma (véase lo señalado en este artículo bajo el subtítulo “Mantención y cambio en los textos escolares”).

¹⁹⁶ CARRETERO M., POZO J. I. y ASENSIO M. (1989): *La enseñanza de las ciencias sociales*, colección Aprendizajes, Editorial Visor, Madrid, España, pág. 16.

Este mapa editorial ha tenido un comportamiento específico en las últimas décadas. El rasgo más distintivo se ha dado con la instalación y consolidación de las editoriales transnacionales recién mencionadas. Éstas están jugando un papel importante en cuanto modernizadoras de textos, desde el punto de vista metodológico y también del diseño y empleo de ilustraciones.

MANTENCIÓN Y CAMBIO EN LOS TEXTOS ESCOLARES BÁSICOS

En los textos escolares actualmente en uso se puede advertir, *grosso modo*, tres tendencias que inciden en los resultados finales la primera corresponde a manuales elaborados en cada uno de los países de acuerdo a criterios muy propios de cada sociedad. Existen diferencias en este campo que trataremos de aclarar por la vía de *ejemplos*. En el caso de Ecuador, por ejemplo, existen El libro del escolar ecuatoriano y el *Libro único LNS*. Ambos responden a proyectos de larga data. “La serie de textos escolares denominados El libro del escolar ecuatoriano se ha venido publicando por cuatro décadas”, y “LNS es un proyecto editorial salesiano que tiene más de setenta años de labor en el Ecuador” (Ecuador, *Informe de textos*, pág. 20 y 39, respectivamente). De acuerdo a lo que se indica, estos textos, aunque actualizados en forma reciente, han venido perdiendo el carácter innovativo que tuvieron en un determinado momento. En Venezuela y Chile sucede algo similar. En el primero de estos países varios textos son confeccionados por “comunicadores sociales” quienes no cuentan con los insumos básicos para la transmisión historiográfica. Si bien es cierto que manejan los rudimentos del lenguaje y la comunicación propias de su especialidad, no sucede igual con la historiografía o la construcción histórica. Similar es el caso de los autores, quienes hasta hace poco no eran historiadores de oficio, ni mucho menos “profesores en la materia”¹⁹⁷. Los textos de estas características tuvieron un tiempo gran difusión, tendiendo ahora a disminuir su importancia.

En Chile, aunque con algunas diferencias, se ha dado el caso del profesor Millar Walterio¹⁹⁸, autor de *La historia de Chile*. Se trata de una obra que no se ha ceñido a los programas de estudio de un año o grado específico, pero que tuvo hasta hace poco una recepción enorme en la enseñanza básica, llegando a superar las treinta ediciones.

Esta primera línea tiene algunas características que tienden a repetirse en los distintos países. Hay una fuerte presencia de los autores, tanto así que el texto es identificado por el apellido del autor. En ellos se encuentran, de manera habitual, visiones nacionalistas de la historia y conocimientos poco actualizados.

Una segunda línea general de textos se encuentra en la producción de grandes empresas editoriales a nivel nacional e internacional. Una tendencia de los últimos años evidencia un fuerte crecimiento de editoras que publican en varios países de manera simultánea, aunque atendiendo a las particularidades de cada lugar. En esta línea,

¹⁹⁷ Venezuela, *Informe de textos*, pág. 1

¹⁹⁸ MILLAR, W., *La historia de Chile*. Editorial Zig-Zag. Múltiples ediciones.

destaca Editorial Santillana, presente en todos los países estudiados, así como Anaya, Arrayán y Norma.

Hasta el momento, aunque no poseemos estudios específicos al respecto, tenemos la impresión de que estas editoriales han representado aportes interesantes en la confección de textos escolares, entre los cuales cabe mencionar una mayor cuidado en el trato de los conflictos entre los distintos países y una atención a los argumentos de integración interior. En el *Informe de textos*, en Bolivia, por ejemplo, se lee lo siguiente respecto a los textos de una de estas editoriales transnacionales: “A diferencia de lo que sucede en los manuales tradicionales, no se han encontrado grandes omisiones temáticas, dado que en los manuales se manejan conscientemente temas como “el indígena y su cultura” (valorándola y provocando en el alumno un respeto a sus orígenes), el enfoque de género (dándole el lugar justo y resaltando —si es necesario— casos como el de Juana Azurduy), incluyendo temas relacionados con los grupos minoritarios como es el caso del pueblo afroboliviano; sin embargo, este tema no está resaltado en recuadros y análisis, pero contiene datos importantes como el lugar de vivienda”. (pág. 13).

En estos textos aparecen con mayor frecuencia nuevos temas y tendencias interpretativas recientes en la historiografía.

A lo anterior, deben sumarse aspectos relacionados con un cuidado lenguaje en cuanto a los destinatarios, así como avances bastantes significativos en el diseño.

Los textos de estas editoriales se han orientado de manera preferente a los establecimientos de enseñanza privada¹⁹⁹. Son confeccionados por equipos, tal como se indica en el informe de España: “En todos los textos, de una u otra editorial, los autores han trabajado integrados en el equipo editorial; sus nombres no son resaltados al comienzo de los libros y aparecen al final, en la última página, singularizados, pero integrados entre los distintos responsables de la edición”²⁰⁰.

Una tercera finca emergente e interesante son los textos escolares confeccionados a solicitud de los distintos gobiernos en relación a los procesos de reforma que actualmente se están llevando a cabo. Hasta el momento los ejemplos no son muchos, aunque en Chile, Bolivia y Colombia ya se advierten avances al respecto.

LOS ALUMNOS Y LOS TEXTOS ESCOLARES

Uno de los silencios más significativos de los textos de enseñanza de la historia de los países del Convenio Andrés Bello es la opinión que tienen los alumnos, los niños y las niñas, sobre sus respectivos manuales. ¿Qué relación tienen los niños con los textos? ¿Les motiva al estudio? ¿Les brinda suficiente información? ¿Les divierte? ¿Les gusta?

¹⁹⁹ Bolivia, *Informe de textos*, pág. 11: “Los textos de Santillana tienen un público específico al ser utilizado en los colegios privados, en los cuales hay mayores recursos económicos. Si bien siguen los programas oficiales, estos textos se expanden hacia el mundo y los problemas actuales. Son textos «urbanos», es decir, no serían útiles para niños de escuelas rurales por sus ejemplos y temáticas”.

²⁰⁰ España, *Informe de textos*, pág. 2.

¿Les ayuda a afirmar su identidad individual, social y nacional? ¿Les ayuda a desarrollarse en forma integral, como personas y ciudadanos? ¿Son didácticamente apropiados? ¿Responden a las necesidades y capacidades de los niños? ¿Los contenidos, temas y conceptos son pertinentes para su edad? Estas y otras interrogantes deben ser parte de una urgente investigación sobre la opinión del usuario final de los textos escolares.

Pero lo que se evidencia con claridad en los textos es que los niños no se reflejan en ellos, no se ven, no se observan, no se visualizan en esta historiografía. Con excepción de España, en donde los niños también aparecen como protagonistas de la historia, en ningún otro texto de los demás países están presentes. Por otra parte, con excepción de los textos de Bolivia y Perú, en ningún otro país se hace mención a los derechos de los niños, tema fundamental para el desarrollo de su identidad.

En fin, el niño y la niña, objetos y sujetos del proceso pedagógico están todavía ausentes de sus libros y de sus historias nacionales.

EL PROCESO DE ENSEÑANZA-APRENDIZAJE: LOS MAESTROS Y LOS TEXTOS

¿Cuál es el lugar que ocupa el texto en el proceso de enseñanza-aprendizaje en los países del Convenio Andrés Bello? ¿Cuál es el uso que el maestro hace del texto en este proceso?

En teoría el uso del texto por parte del profesor en el proceso pedagógico tiene distintas y contrarias experiencias en los países que conforman el Convenio Andrés Bello. Así, en Colombia “en una concepción de currículo abierto y flexible como la que plantea la actual reforma educativa, los textos escolares pasan a ocupar un papel secundario en el proceso de enseñanza-aprendizaje”²⁰¹, de tal suerte que el texto pasa “a ser una herramienta más del proceso pedagógico”²⁰². De similar manera en Cuba “se concibe al libro de texto como una fuente más en el proceso de aprendizaje del alumno”²⁰³. Caso contrario es el de Chile, donde “La Reforma Educacional chilena ha considerado la conveniencia de que el texto escolar tenga un uso intensivo en la sala de clases y que cada estudiante del sistema disponga de uno”²⁰⁴.

Empero, más allá de la teoría, y ante la falta de investigaciones respecto a este punto, cabe generalizar el aserto del informe de Chile cuando señala que “resulta imposible determinar con algún grado de exactitud la frecuencia y forma en que se utilizan los textos de historia y geografía en el trabajo escolar”²⁰⁵. Mas, si es posible señalar que, en muchos de nuestros países, el texto es utilizado como única fuente de información y consulta de los alumnos, y como instrumento fundamental de preparación

²⁰¹ Informe de Colombia, pp. 35.

²⁰² Íbidem, pp. 35.

²⁰³ Informe de Cuba, pp. 38.

²⁰⁴ Informe de Chile, pp. 25.

²⁰⁵ Íbidem, pp. 25

de clases de parte del profesor²⁰⁶. Sea como fuere, el texto tiene un lugar importante en el proceso de enseñanza - aprendizaje a tal punto que, como en España “Los textos son elegidos por los profesores de los centros educativos y son aprobados por el Consejo Escolar en el que están representados profesores, padres, alumnos y personal no docente de los centros”²⁰⁷.

DESTINATARIOS DE LOS TEXTOS ESCOLARES

La aproximación y análisis de los textos escolares deben tener en cuenta que la mayor parte de estos han sido ideados y realizados para los niños de los establecimientos de la enseñanza privada. Esta ha sido la tradición en la mayoría de los países de América Latina y, en cuanto tal, tiene una serie de consecuencias a las que resulta necesario atender.

La primera y más evidente consiste en que sólo un sector, a veces minoritario, ha contado con textos de estudio, mientras otro ha recibido una enseñanza de tipo oral, pudiendo consultar algunas obras en las bibliotecas municipales o locales, cuando ello ha sido posible. El informe de Bolivia gráfica muy adecuadamente este aspecto común a la mayor parte de los países: “En la mayor parte de las escuelas públicas, o se utilizan los textos de la Reforma, o textos que escoge el maestro de una pequeña biblioteca existente en los núcleos escolares. En muchos casos, inclusive, no existe ningún texto o manual. En cambio, en los colegios privados, profesores y alumnos utilizan manuales, como sucede en otros países”. (Bolivia, *Informe de textos*, pág. 11).

Los gobiernos han desarrollado en el tiempo distintas iniciativas para superar esta situación. Por lo general han sido acciones esporádicas cuyo alcance real ha estado lejos de alcanzar las metas propuestas.

En los últimos años, y en el marco de las reformas actuales, se le ha dado bastante importancia a este aspecto, empenándose los Ministerios de Educación en la elaboración de textos (Chile) o módulos de enseñanza (Bolivia), que luego serán repartidos a los asistentes a las escuelas de todo el país²⁰⁸. Se ha difundido la opinión de que el actual empeño de los Ministerios se sostendrá en el tiempo y se actuará una democratización en cuanto al acceso y uso de los textos. En todo caso, habrá que esperar para ver el desarrollo de este aspecto.

Una segunda consecuencia se registra en el hecho de que los textos son usados de preferencia en aquellas escuelas que cuentan con más recursos, siendo éstos uno de los

²⁰⁶ Esto es confirmado por el Informe de Venezuela, pp. 56, y por sondeos realizados en Ecuador. En Panamá, según el Informe respectivo, los textos que condenen recomendaciones metodológicas para el profesor son más valorados.

²⁰⁷ Informe de España, pp. 55.

²⁰⁸ España presenta una diferencia a este respecto. El uso de textos está muy difundido, debiendo los padres hacerse cargo de su adquisición, “si bien algunos Centros de Enseñanza se compran libros cada cuatro años, los cuales son prestados a los alumnos y devueltos por ellos al finalizar el curso escolar. Los padres con escasos recursos económicos, pueden recabar ayuda del Ayuntamiento o comunidades autónomas respectivas”. (España. *Informe de textos*, pp. 3).

materiales que se utilizan en el proceso de enseñanza - aprendizaje. En muchos de los casos observados, no tiene un papel central en el trabajo de un aula, aunque sí se observa un aumento de uso en el desarrollo de tareas o deberes encargados a los alumnos.

Es posible concluir, entonces, que la elaboración y uso de los textos escolares, ha estado dirigido a una élite del sistema escolar. Si se acepta considerar la posesión y uso de manuales escolares como un elemento que influye en la calidad de la educación²⁰⁹, no extraña que éstos se usen en establecimientos que evidencian otra serie de indicadores positivos (bibliotecas escolares, instalaciones deportivas adecuadas, cursos con adecuados números de estudiantes, etc.). Los textos escolares circulan mediante ediciones limitadas en relación al público potencial, sus precios de venta son altos y la elaboración e impresión está a cargo de editoriales privadas.

El cambio más importante que a este respecto se advierte en el último tiempo radica en las iniciativas de los Estados por masificar el uso de los textos. Estos, por buenos resultados que obtengan, no modificará el hecho de que el sistema privado seguirá teniendo una oferta abundante y variada, mientras que en el público será escasa y uniforme.

LOS PROGRAMAS OFICIALES Y LOS TEXTOS

En Bolivia, Colombia, Cuba, Chile, España, Panamá y Venezuela los contenidos de historia de los textos analizados si guardan relación con los programas y currículo de estudios oficiales. En el caso del Perú los contenidos de los textos analizados son correspondientes al viejo y nuevo currículo. De similar modo, los textos ecuatorianos en su mayoría responden al viejo currículo no vigente en la actualidad.

Poco más es lo que puede decirse a este respecto en este momento puesto que se están produciendo una serie de cambios que sólo podrán evaluarse en un tiempo más. La novedad consiste en el empeño de la mayor parte de los gobiernos de los países del Convenio Andrés Bello por extender a todos los estudiantes el uso de textos de ciencias sociales, implementando para este efecto propuestas de edición que satisfagan esta meta. En este tipo de manuales, la concordancia plena entre conocimientos y objetivos planteados por los programas y los textos, será muy alta.

LAS PROPUESTAS PEDAGÓGICAS EN LOS TEXTOS

²⁰⁹ Algunos discuten la utilidad de los textos escolares para cursos y que siguen de manera sistemática los contenidos de un programa. Colombia, *Informe de textos*, pág. 1 señala: “En un modelo de educación centrado en la instrucción, el texto es un soporte absolutamente indispensable para el logro de los objetivos curriculares, es la fuente más importante de información después del Maestro, y una fuente de conocimiento «verdadero». La labor pedagógica, dentro y fuera de la escuela, no puede ser pensada sin el uso de manuales escolares: «Para la próxima clase se aprenden la página 127», es una frase común. En un contexto tradicional, el texto es el centro de las actividades pedagógicas”.

Resulta necesario repetir la mención hecha en la introducción de este texto en cuanto a que una parte de los informes con que se ha trabajado fueron realizados por historiadores, resultando de esto una mayor fortaleza al momento de analizar contenidos de los textos, frente a una debilidad al referirse a temas como las propuestas pedagógicas en los textos, lenguaje utilizado e implicancias de esto, etc.

Por de pronto, cuatro de los informes no contienen referencias de interés a este respecto (Chile, Ecuador, Perú y Venezuela). En los otros se encuentran referencias generales, de las que podemos deducir que existe una tendencia que busca fomentar un aprendizaje significativo entre los estudiantes, (Bolivia, Colombia, España). En esta perspectiva, el conocimiento de la historia no aparece con la importancia primordial, sino que “tratan de fomentar un aprendizaje significativo, especialmente importante en esta materia en la que el alumno debe encontrar respuesta a la forma de identificarse con el grupo social al que pertenece y, a la vez, respetar y comprender las ideas y formas de vida de otros grupos sociales, de cultura diferente”²¹⁰.

Una situación similar a la descrita de manera reciente se encuentra expresada de manera clara para el caso de Colombia, cuando analiza los textos de Sociales Escuela Nueva. También aquí se evidencia una propuesta pedagógica de carácter constructivo, “...se reconoce una intencionalidad de generar aprendizaje significativo (usemos lo que aprendemos y, lo que aprendemos y nuestra vida). En este momento el desarrollo de la propuesta se busca que el estudiante supere la nueva incorporación de información, o la pretensión de memorización, por un proceso de construcción de sentido y significado, tanto en la perspectiva de carácter cognitivo como en la posibilidad de integrar la temática o problemática tratada a la vida cotidiana del estudiante”²¹¹.

Un rasgo que resulta posible advertir en los textos de varios de los autores consiste en una dicotomía entre una entrega de información ordenada y sistemática, cuya forma y objetivo parece ser la aprehensión de conocimientos, con actividades destinadas a lograr aprendizajes significativos.

IMÁGENES Y LENGUAJE EN LOS TEXTOS ESCOLARES

La tendencia que se advierte respecto de las imágenes en los textos escolares ha transitado desde la escasez a una presencia sustantiva, así como también desde una autonomía a una mayor relación con el texto escrito.

La casi totalidad de los informes señalan que los textos poseen una cantidad creciente de imágenes, las cuales buscan resaltar y/o clarificar algún aspecto referido en el texto. Podría deducirse de que aún su selección se hace a partir de un texto escrito que

²¹⁰ España, *Informe de textos*, pp. 5

²¹¹ Colombia, *Informe de textos*, pp. 7.

manda. La presencia de imágenes se relaciona con la necesidad de motivar a los estudiantes, más que con sus posibilidades intrínsecas de transmisión de conocimientos.

Respecto del lenguaje utilizado, también existe un punto común en cuanto a que se utiliza uno de tipo coloquial, con párrafos breves, y en el cual se destacan y explican aquellos términos que representan una mayor complejidad.

VISIONES Y VERSIONES DE LA HISTORIA EN LOS TEXTOS

En la serie “Legado” de Colombia y en los textos de Ecuador, Panamá, Perú y Venezuela se presenta una visión tradicional de la historia. Se parte de una matriz positivista en la que se privilegia la narración de datos y fechas organizados cronológicamente desde una perspectiva ideológica, de acuerdo a la cual las historias nacionales avanzaran desde situaciones primitivas, representadas por el mundo aborígen, hasta sociedades más avanzadas y civilizadas del siglo XX.

En concordancia con la tendencia positivista, estos textos ponen énfasis en el factor político de la realidad y cuando hacen referencia a la economía, a la sociedad o a la cultura, estas no descomponen la concepción central del discurso. Los personajes, los héroes y los grandes acontecimientos son los ejes de la narración y de las periodizaciones. El pueblo y los actores colectivos, cuando aparecen, son accesorios a los personajes o tienen un perfil bajo y pasivo. Las menciones a nuevos protagonistas, como las mujeres o movimientos sociales, se las realiza en el marco conceptual tradicional, de tal suerte que caen en la categoría de nuevos “héroes”.

A pesar de todo, esta historia no responde a la rigurosidad de la erudición positivista. Introduce arbitrariamente asertos subjetivos en su exposición y “no recurre con puntualidad ni uniformidad y pulcritud a la biografía, ni a la epopeya, ni al rigor de la sistematización en lo que respecta a la inclusión de las fechas y datos”²¹².

A la historiografía de estos textos no le interesa el proceso ni la interpretación, por lo que más bien es una narración descriptiva del pasado político de sus respectivos países. Es una historia concluida, llena de verdades y construida para justificar los presentes, entre los que se destaca la afirmación de la identidad nacional y la consolidación del estado - nacional.

Los textos chilenos presentan una historia que en buena parte se ajusta a los parámetros conceptuales anteriormente enunciados. En este caso, en la mayoría de textos, se recurre a los viejos datos para reinterpretar situaciones o problemas. “Los textos no incluyen conocimientos nuevos que hagan posible re-presentar el problema”²¹³.

²¹² Informe del Perú. pp. 54.

²¹³ Informe de Chile, pp. 27

Los textos de Cuba, los de la *Escuela Nueva de Colombia*, los *Santillana* de Bolivia y los de España han sido redactados bajo los parámetros teórico-metodológicos de la denominada *Nueva historia*.

La orientación de los textos cubanos se plantea “desde un enfoque marxista de la historia en vinculación con el pensamiento martiano”²¹⁴. La historiografía de los textos bolivianos está interesada en los procesos sociales, en la vida cotidiana, en los cuándo y en los por qué de los acontecimientos²¹⁵. A los textos colombianos, de similar manera, les preocupa hablar de los procesos sociales, de los actores colectivos y la comprensión del tiempo histórico²¹⁶.

En los textos españoles es clara la influencia del pensamiento marxista y el de la Escuela de los Annales²¹⁷. En este sentido, esta historia guarda relación con los procesos económicos y sociales y con la acción de los protagonistas colectivos. Así mismo se interesa por “los fenómenos y conflictos sociales, por los hechos y acontecimientos relacionados con el trabajo, la producción y las técnicas”²¹⁸, así como por los espacios geo-históricos y por la cultura material.

Le interesa introducir los conceptos históricos de temporalidad, sucesión, simultaneidad, duración, cambio, continuidad y proceso histórico.

La manera más utilizada para concretar estos conceptos ha sido a través de la reconstrucción del pasado relacionándolo con la cultura material y “con las diferentes concreciones que la vida cotidiana ha tenido a lo largo de las distintas épocas”²¹⁹.

INDIVIDUO Y SOCIEDAD EN LOS TEXTOS

En la mayoría de textos de los países del Convenio Andrés Bello, en los de Colombia, Cuba, Chile, Ecuador, Panamá, Perú, y Venezuela, aunque con diferentes contextos conceptuales e históricos, son los individuos, los personajes los que dan dirección a sus historias.

En los textos de Colombia de la serie *Legado*, aunque aparentemente hay una visión historiográfica ecléctica, en la que aparecen nuevos “protagonistas marginales

²¹⁴ Informe de Cuba, pp. 38

²¹⁵ Informe de Bolivia, pp. 42

²¹⁶ Informe de Colombia, pp. 39

²¹⁷ Informe de España, pp. 63

²¹⁸ *Íbidem*. pp. 63

²¹⁹ *Íbidem* pp. 66

ligados a procesos sociales”²²⁰, la matriz conceptual del trabajo histórico es tradicional, por lo que prevalece la historia girando alrededor de los personajes. Esta también es la situación de los textos chilenos que si bien redimensionan y recuperan, por ejemplo, a las culturas indígenas, la historia sigue siendo de élites²²¹.

En el caso cubano, aunque se remarca en el protagonismo del pueblo en los procesos históricos, no es menos cierto que “en los distintos temas se destaca el ejemplo de figuras relevantes de la historia de Cuba”²²². De esta manera, en este tipo de historiografía es probable exista un equilibrio entre los aspectos estructurales y la agencia humana, la de los líderes, en la construcción histórica.

De cualquier forma, este no es el caso de los textos de los demás países referidos. En estos subyace un tipo de historiografía, en la que los factores político y militar son los que más preocupación y atención tienen por parte de sus autores, por lo que son los individuos, los jefes políticos o militares, los que aparecen como los centros de producción histórica. Son historias de “presidentes y generales, gestores en varios casos de epopeyas, de gestas heroicas, por lo que siempre estamos ante la presencia de héroes que producen una historia heroica.

La sobrepresencia de estos personajes incide en la formulación de los criterios de construcción de los tiempos históricos y particularmente de las periodizaciones recurso metodológico con el que se pretende volver inteligible el conocimiento del pasado. Fechas y datos militares y políticos, de batallas, golpes de estado, de inicio o finalización de alguna gestión presidencial, de obras y acciones públicas o privadas de los personajes, son paquetes a memorizar por parte de los estudiantes que se enfrentan con estos libros y con esta enseñanza tradicional de la historia, que aparte de generar un rechazo al conocimiento histórico, y de no permitir el desarrollo de su pensamiento, inculca una carga valorativa favorable a la agresión y la guerra y una contradictoria actitud frente a héroes que se tiene que admirar, como “el conquistador Francisco Pizarro de quien se dice, “mintió, robó, mató, fundó Lima y fue asesinado”²²³.

El entendimiento del pasado a través de un único filtro, el político o militar, vehiculizado por el personaje, impide que el alumno descubra y comprenda el pasado a través de los otros elementos que componen la realidad: la economía la cultura y la sociedad. No puede captar que el devenir histórico es un proceso y que el pueblo, la sociedad, los actores colectivos son elementos importantes de la historia. Ciertamente, en estos textos el pueblo, o está ausente²²⁴, u ocupa un lugar secundario en los eventos históricos o es un “pueblo pasivo”²²⁵.

Los textos de España y Bolivia se alejan de esta historiografía. En los textos españoles los héroes y los grandes personajes prácticamente han desaparecido. De la misma manera, la historia de las guerras y el énfasis en lo político ya no son parte de

²²⁰ Informe de Colombia, pp. 48

²²¹ Informe de Chile, pp. 28

²²² Informe Cuba, pp, 38

²²³ Informe de Perú, pp. 55

²²⁴ Informe de Ecuador, pp. 64

²²⁵ Informes de Chile (pp-28) y Perú. “Lo que predomina globalmente en cinco de los seis grados en un pueblo pasivo antes que actor de su historia”. Informe Perú, pp. 54

estos libros. “Actualmente predomina una visión más social de los acontecimientos protagonizados básicamente por los que anteriormente habían sido olvidados o marginados de la historia: los pueblos y sus formas de vida...”²²⁶. No obstante, en determinados tramos del relato, no se puede obviar la acción de las individualidades “reyes o grandes personajes que se citan sin darles un carácter de héroes y sin destacar grandes diferencias con el común de los hombres”²²⁷.

En los textos de Bolivia, en forma similar que los de España, “La historia que se plantea no es una historia de mitos y héroes, es una historia de pueblos que se va gestando por medio de diferentes individualidades, a éstas se las da su justo lugar, destacando lo que hicieron, cómo y porqué lo hicieron, pero haciendo notar que fueron seguidos o apoyados por determinadas personas que hicieron posible tal o cual hecho”²²⁸.

Esta renovada forma de redactar la historia en los textos y manuales, apoyan el complejo proceso de enseñanza aprendizaje que refuerza el sentido crítico y holístico de los estudiantes. Es la manera adecuada de enrumbar la enseñanza de la historia en nuestros países.

Sea como fuere, “el pueblo”, marginado o no de la historia que aparece en todos los textos de los países del Convenio Andrés Bello, no logra tener una identidad definida. ¿De qué pueblo se habla? ¿Quién es el pueblo o pueblos? ¿Cómo se expresa y cuándo aparece? Son algunas de las interrogantes a responder en los textos que deban redactarse a futuro.

LA INTEGRACIÓN Y PROMOCIÓN DE UNA CULTURA DE PAZ EN LOS TEXTOS

a. Una referencia a los conceptos

Este es uno de los temas centrales que contiene este informe. Para su elaboración hemos revisado de manera cuidadosa y detallada cada uno de los informes recibidos. Antes de ingresar en el análisis de sus contenidos, conviene intentar una precisión de los términos integración y cultura de paz en el marco de la enseñanza de la historia.

Integración es un término que debe entenderse en un sentido horizontal, refiriéndose tanto a las situaciones internas de cada sociedad específica, como a una forma de relacionarse entre las distintas naciones. Sociedades en proceso de integración interior pueden participar de manera activa en proyectos integracionistas de nivel regional y continental. Igualmente, la participación en este último tipo de escenarios generan una serie de demandas hacia el interior de las sociedades.

²²⁶ Informe de España, pp. 61

²²⁷ Íbidem, pp. 64

²²⁸ Informe de Bolivia, pp. 42

Una visión comparada del concepto de integración y su uso en los textos escolares, pone de relieve que la acepción más usada en la actualidad se refiere a la integración interior, y de manera más específica, aquella referida a los escenarios regionales en cada uno de los países. Así, mientras antes la referencia más frecuente era a la nación, ahora lo es a una porción del territorio, las características comunes de sus habitantes y proyectos.

La referencia a la integración entre distintas naciones o países no resulta aún frecuente. En los hechos, hay pocas menciones y ejemplos a países distintos de aquel cuya historia aborda un texto. En este último sentido queda bastante trabajo por hacer y es uno de los puntos en los que se deberá poner una mayor atención en el futuro inmediato y mediato.

Más allá de las limitaciones, la idea de integración ha ganado un terreno enorme al ser utilizada de manera constante como una clave hermenéutica para la comprensión de cada una de las sociedades. Este rasgo entraña una cierta novedad, aunque no debe exagerarse hasta el punto de hacer creer que ya sea un aspecto plenamente logrado. Por de pronto, cabe señalar que este objetivo, con sus respectivos contenidos se encuentra presente en la mayor parte de los marcos curriculares y programas reformados, sin que se haya concretado en los textos de estudio, los cuales recién se están confeccionando.

Lo anterior puede evaluarse de manera positiva puesto que un proceso de integración interior fuerte resulta ser una base para procesos de este mismo tipo referidos a áreas mayores. Lo fundamental es que en los estudiantes se forme una mentalidad abierta a este tipo de escenarios, más que centrar la atención en contenidos determinados.

La cultura de paz está referida al desarrollo de formas específicas de convivencia dentro de una sociedad, y de ésta con las otras naciones. En el caso de los países de América este punto resulta de particular importancia dada la trayectoria que ha habido a este respecto, tanto por lo que se refiere a los conflictos bélicos mismos, como a la exaltación que se han hecho de ellos.

En este último aspecto se aprecian avances más lentos. Los autores de los textos, como una parte significativa de los historiadores, no han encontrado la manera —o maneras— de presentar las historias nacionales en esta clave. Las dificultades son muchas, pudiendo señalarse al menos dos. La primera consiste en que las guerras han sido un mecanismo habitual para la resolución de conflictos y conformación de identidad nacional. Este es un hecho que no puede restarse a la visión historiográfica. La segunda es que los autores de texto responden a una identidad nacional que los hace partícipes de los sentimientos y “visiones nacionales” respecto de los antecedentes y consecuencias de estas conflictos.

El tema de la enseñanza de la historia para la construcción de una cultura de paz está recibiendo en muchos casos una solución ecléctica, Por una parte, se entregan una serie de mensajes sobre la necesidad y conveniencia de la paz, y se evita abordar el tema de las guerras, dando una visión general de los conflictos.

Buscando expresar este punto de una manera sintética, puede decirse que existe un convencimiento sobre la necesidad de este objetivo, aunque no se haya encontrado la fórmula de introducirlo en los textos. La cuestión más de rondo parece radicar en que se darán pocos resultados en la medida que no se hagan reformulaciones mayores.

b. La integración y cultura de paz vista en los textos analizados

La primera pregunta que corresponde es si hay contenidos integracionistas en los textos escolares. Esto no significa dar por supuesta su presencia. En este plano, hay una presencia creciente de aquellos referidos al aspecto interior de las sociedades. Más aún, se puede observar en varios países que este es un contenido fundamental y articulante de las propuestas curriculares, particularmente en los nuevos marcos curriculares y programas reformados en varios países. Así: El o la niña debe integrarse con “otros” en el nivel de su barrio, su comunidad, su provincia o región, país, etc. En cada uno de estos niveles se observa una cuidada presentación y llamado a actividades dirigidas a desarrollar esta actitud.

Más allá de esas señas generales, se advierte una gran diversidad en cada uno de los casos, situación que no llama la atención si consideramos lo que hemos señalado varias veces, esto es, que en la mayoría de los casos se han analizado situaciones en las que coexisten programas establecidos hace algunos años con otros nuevos que se han venido planteando de manera parcial hasta el momento.

En el informe de España, por ejemplo, se encuentra una interesante referencia que podemos considerar un punto de llegada en este tema: “En relación a los términos integración y paz, motivo del análisis del discurso de los libros de texto en el presente trabajo, cabe decir que los hechos históricos que exponen los manuales españoles no se presentan en términos de enfrentamientos y conflictos, sino como cuadros históricos en los que se hace referencia a la sociedad, al trabajo, a las formas de vida y a los hechos culturales, raramente encontramos reflejadas en los mismos situaciones bélicas y, en consecuencia, términos referidos a la paz ya que ésta es el marco natural en el que se presentan los acontecimientos”²²⁹.

La situación recién descrita puede confrontarse con aquella que se observa en los casos de Perú y Colombia. En el primero, los contenidos integracionistas aparecen poco reflejados en la serie de textos analizada, indicándose que es toda una tarea pendiente que aún no ha sido abordada. En Colombia, las necesidades urgentes aparecen puestas en la necesidad de integrar el territorio y la necesidad de realizar una búsqueda de este tipo que permita salvar las diferencias económicas que se advierten en el interior de la sociedad.

Entre las situaciones de los países mencionados que podríamos ubicar en dos puntas distintas, se encuentra el caso de la mayor parte de los otros países, en los cuales si bien el tema de la integración y la construcción de una cultura de paz, no son tratados de manera explícita, aparecen una serie de recados útiles e importantes a este respecto. Tal es el caso, por ejemplo, de los textos Santillana editados en Bolivia y que tienen una

²²⁹ España. *Informe de textos*, Pág, 12

difusión mayoritaria en las escuelas privadas. Igual cosa sucede con los textos más recientes de esta casa editora publicados en Chile.

La exposición de los contenidos integracionistas referidos al logro de una cultura integrada y de paz al interior de la sociedad (conocimiento del otro, valoración de la diversidad, tolerancia, etc.), no tienen aún una clara correspondencia cuando se aborda la historia de las relaciones externas de cada país.

A este respecto corresponde hacer una clarificación conocida, pero no por eso menos importante. La historia de América Latina o la Iberoamericana no aparece mayormente en los textos. Bajo este título u otros similares, se toca el tema de la ubicación del propio país en el contexto americano, como son los casos de “Bolivia, corazón de América” y “Chile: la tierra en que vivimos”, sólo por citar algunos ejemplos. Junto a lo anterior, el tema americano se entiende fundamentalmente como relación con los vecinos a partir del período republicano. Ésta, a su vez, comparece en cuanto conflicto más que a modo de convivencia que ha tenido fases de colaboración, ignorancia mutua y conflicto.

Para muchos casos sigue vigente la dura descripción que se encuentra en el Informe elaborado por los historiadores ecuatorianos: "En especial los textos y manuales escolares, una de cuyas características es la brevedad y la simplicidad de contenidos, se circunscriben a la narración de hechos internos sin conexión con las realidades exteriores. Casi siempre, la única oportunidad en que se rebasan los límites nacionales y aparece un cuadro de influencias más amplio, es cuando se habla de los eventos bélicos. Las guerras de conquista desde la Época Aborigen, las de la Independencia, los conflictos por fronteras y las consecuencias de las conflagraciones mundiales ponen un marco exterior más amplio a las historias nacionales. Resultan ser las únicas ocasiones en que se atisba, aunque no se explica la interacción de nuestros países con las realidades regionales o globales"²³⁰.

Llegamos aquí a uno de los puntos centrales del tema de la enseñanza de la historia como estrategia de integración y construcción de una cultura de paz. Resulta observable en varios casos un cambio significativo al tratar los conflictos entre los países de América Latina. En varios textos se le ha bajado el perfil al tema, avanzando por el lado de hacer una descripción breve de los sucesos, sin entrar mayormente en las causas y consecuencias. Esta forma aséptica de abordar el tema, como se ha indicado en otra parte de este informe, representa un avance, aunque necesariamente debemos caminar hacia una visión más completa y rica de esta situación.

“LO NACIONAL” EN LOS TEXTOS

El tema de “lo nacional”, especialmente lo referido a la identidad nacional y a los nacionalismos son asuntos nodales en la historia de los textos escolares de los países del Convenio Andrés Bello. Hay un abanico de posiciones que van desde entender a la historia como elemento esencial del fortalecimiento de la identidad nacional y del

²³⁰ Ecuador. *Informe de textos*, pp. 35

estado nacional hasta aquellas que plantean la eliminación de toda visión teleológica que justifique el Estado nacional.

Con excepción de España que asume posturas singulares, los textos de todos los demás países, dedican en mayor o menor grado páginas y citas para fijar en los estudiantes datos, fechas y símbolos patrios locales o nacionales, con el afán de afirmar el concepto nacional.

En Bolivia, en el texto de Santillana, el discurso de “lo nacional” va ligado con el conocimiento del país, de sus recursos naturales, con la necesidad de proteger el medio ambiente, con el rescate de la diversidad étnica, con la valoración de la interculturalidad y con la afirmación de la paz. En el texto, el nacionalismo, que se expresa con mayor claridad en los problemas de fronteras, y más concretamente a través del resentimiento con Chile, tiene un bajo perfil, ya que sobre el asunto, se alienta al diálogo y a las relaciones de paz. Sin embargo, esta postura del texto “no es bien vista” por muchos educadores que “plantean que si bien es importante recalcar la necesidad de buscar soluciones pacíficas, no es bueno esconder el conflicto”²³¹.

En los textos colombianos se tiende a la construcción de la identidad individual y colectiva; entendida la colectiva desde la diversidad espacial, esto es, desde “lo local, lo regional y lo nacional”²³². La afirmación de “lo nacional”, al contrario de otros casos latinoamericanos, no se sustenta en la negación o confrontación fronteriza con “el otro”. “Son pocos *los juicios de valor* frente a los países cercanos y limítrofes”²³³. Más bien, en algunos pasajes de la historia se utiliza la confrontación y antagonismo con la España colonial, recordando las relaciones de “dominación y sujeción”²³⁴.

Los textos cubanos, de alguna manera, ligan lo nacional con el discurso y pensamiento “martiano”. El patriotismo se destaca y se asimila a la acción antiimperialista del pueblo cubano y a sus luchas “por alcanzar su independencia y lograr la justicia social”²³⁵. En este caso “lo nacional” y patriótico se afirma frente a un otro, EEUU.

El nacionalismo también está presente en los textos de Chile. Como en otros casos el tema de las fronteras brinda el espacio para desarrollar este punto; empero los autores hacen un esfuerzo por exaltar el nacionalismo, pero bajando el perfil de la controversia. Así, se insta al “niño a admirar a los héroes nacionales, pero sin descalificar al otro ya que la información que se da es que fueron batallas que las ganó Chile, pero ni siquiera se nombra al país que peleó contra Chile”²³⁶. A pesar de esto, en los textos se revela una tensión entre el lenguaje escrito y el gráfico. Mientras en el uno se construye un “nacionalismo aséptico”, en el otro se recurre al viejo nacionalismo beligerante. Ciertamente las ilustraciones, gráficos, iconografía en general, hablarían un lenguaje distinto al del texto escrito y revelarían la distinta visión entre autores y diseñadores y su falta de comunicación.

²³¹ *Íbidem.* pp. 42

²³² Informe de Colombia, pp. 43

²³³ *Íbidem.* pp. 43

²³⁴ *Íbidem.* pp. 43

²³⁵ Informe de Cuba, pp. 38

²³⁶ Informe de Chile, pp. 29

Otra fuente de afirmación nacional para los textos chilenos es el “éxito económico”, lo que es aprovechado también para crear una conciencia e identidad latinoamericana: “El éxito económico nos debe enorgullecer, pero sin olvidar cuales son nuestras raíces, lo que compartimos con otros pueblos de características similares a las nuestras”²³⁷.

Para el Ecuador el problema fronterizo ha sido crucial en la construcción de su identidad nacional. El antiguo litigio territorial con el Perú, que ha cruzado toda la historia ecuatoriana desde la fundación del Ecuador como Estado en 1830 hasta los albores del siglo XXI, ha marcado la conciencia colectiva nacional y su manera de hacer la historia”²³⁸.

La historiografía de los textos, “historia patria”, ha desplegado un sinnúmero de argumentos y datos para justificar la conformación del Estado - nacional y su territorialidad. En este camino se han “inventado tradiciones” y se han generado imaginarios nacionalistas que en el tiempo han producido una cultura beligerante y de enemistad respecto al Perú, quien ha sido visto como un vecino agresivo y usurpador²³⁹.

La firma de la Paz con el Perú en octubre de 1998 y el cierre definitivo de las fronteras a mediados de 1999, fueron hechos que incidirán en la formación de nuevos imaginarios y de la redacción de una historia que apuntale la identidad desde ópticas distintas a las tradicionales.

De similar manera que los textos ecuatorianos, los peruanos también elaboran sus textos bajo preceptos “nacionalistas decimonónicos”²⁴⁰. Más, en este caso, respecto al tema, porcentajes elevados de su redacción lo dedican a la Guerra con Chile, que es el hecho que más ha afectado la sensibilidad nacionalista de este país. De cualquier manera, tal nacionalismo ha dado lugar a “una historia oficial perfilada a la luz de determinados paradigmas y arquetipos en la que la veracidad de la información algunas veces no es muy exacta”²⁴¹.

Los textos de Panamá también apelan insistentemente al nacionalismo. En este caso no es el problema fronterizo el que cruza su discurso, sino el señalamiento de todos los acontecimientos y personajes que coadyudaron en la creación del Panamá como país y han fomentado su identidad y “su autonomía propia”²⁴².

El caso de los textos de Venezuela es similar al de Panamá, ya que a través de la exaltación de los héroes y de otros recursos asumen a la historia y a sus mensajes como una “insistencia en la transmisión de valores, representaciones y creencias que fortalezcan la identidad nacional”²⁴³.

Al contrario de todas las versiones examinadas hasta este momento, en España que ha apostado a una anulación del etnocentrismo, “está ausente en los libros de

²³⁷ Íbidem. pp. 38

²³⁸ Informe de Ecuador. Conclusiones.

²³⁹ Íbidem.

²⁴⁰ Informe de Perú, pp. 53

²⁴¹ Íbidem. pp. 53

²⁴² Informe de Panamá, pp. 63, 65,72, 73

²⁴³ Informe de Venezuela, pp. 57

historia de enseñanza primaria la visión teleológica de la historia, practicada por generaciones anteriores, encaminada a justificar un sentimiento nacional en la que cada episodio parece justificarse como un antecedente que conduce a un fin esperado: la constitución del Estado – nación”²⁴⁴. Entonces, la propuesta historiográfica de los textos se presenta a través de “una serie de cuadros de costumbre que parecen encaminados a acercar al alumno al mundo del pasado para hacerle comprender el presente; reflejado este presente, no de España sino de la humanidad”²⁴⁵.

Esta propuesta ha desarrollado una renovada e interesante forma de enseñanza de la historia en España que, sin embargo, tal parece tiene efectos colaterales dignos de evaluar. Así esta experiencia de una historia “aséptica”, “neutra”, vaciada de lo nacional, junto a la gran autonomía de las Comunidades Autónomas y de los centros educativos para fijar los contenidos curriculares, es probable que haya generado “una corriente de descontento tanto en la comunidad educativa como en la sociedad en general, respecto a la creciente variedad de interpretaciones de la historia de España y al desconocimiento, por parte de los jóvenes que finalizan la Educación Secundaria Obligatoria, de hechos y figuras históricas que se han considerado tradicionalmente básicas en la comprensión y el conocimiento de la historia española”²⁴⁶.

Esta línea “aséptica” de la enseñanza de la historia y que ha llevado también en España a una “cierta minusvaloración y parcial ocultación de los aspectos políticos y de confrontación que han estado y siguen estando presentes en el conjunto de las sociedades históricas”²⁴⁷, es compartida, como se ha visto, por la forma que ha asumido la historiografía de los textos de Bolivia y de Chile en lo que respecta al tema de fronteras, sensible a los nacionalismos, y en donde se tiende también a “esconder el conflicto” o a dejar sin “rostro” a la otra parte del litigio. Esta tendencia, puede generar, como en Bolivia una sensación de insatisfacción o engaño en los usuarios de los textos, lo que no le hace ningún beneficio al proceso de enseñanza aprendizaje de la historia que también transmite valores y destrezas, entre las cuales, está la de enfrentar, entender y solucionar problemas; problemas y conflictos que son consustanciales a la condición humana y de los cuales está plagada la historia de los pueblos²⁴⁸.

LA DIVERSIDAD, EL GÉNERO Y LO ÉTNICO EN LOS TEXTOS ESCOLARES DE HISTORIA

Con los matices respectivos, en los manuales y textos escolares de historia de Bolivia, Colombia, Cuba, Chile y España, están presentes los temas de la diversidad, lo étnico y culturas nacionales y el enfoque género. En los textos de Ecuador, Panamá, Perú y Venezuela no aparecen estos temas y si lo hacen, caso de los indios y negros en

²⁴⁴ Informe de España, pp. 63

²⁴⁵ Íbidem. pp. 63

²⁴⁶ Informe de España, pp. 51

²⁴⁷ Íbidem. pp. 72

²⁴⁸ En los textos de Colombia el tema del conflicto no es ignorado ni valorado negativamente. Al contrario, frente al conflicto se proponen procesos de reflexión tendientes a su resolución. Informe de Colombia, pp. 43 – 44.

Ecuador, Perú y Panamá, y de las mujeres caso de Panamá, aparecen bajo un óptica racista y utilitaria, hablando de los indios, y subordinada y marginal en el de las mujeres.

El respeto a la diversidad étnica, de género, e incluso espacial y geográfica es recuperado como un valor que promueve la identidad nacional y latinoamericana, la convivencia pacífica y la integración interna y externa. En los textos de Santillana de Bolivia “se manejan corrientemente temas como el indígena y su cultura (valorándola y provocando en el alumno el respeto a sus orígenes), el enfoque de género (dándole el lugar justo...) incluyendo aún temas relacionados con los grupos minoritarios como el caso del pueblo afroboliviano”²⁴⁹. En los textos *Sociales Escuela Nueva* de Colombia, aunque no aparecen con claridad referidas las minorías, “la diferencia se valora positivamente y como una cualidad del mundo social”²⁵⁰. De la misma manera en los textos de *Santillana* de Chile “se introduce el concepto de heterogeneidad cultural”, aunque no hay referencias al rol de la mujer, sí se estudia a “Nuestros antepasados indígenas” con la finalidad de crear una conciencia sobre la “identidad latinoamericana”²⁵¹.

En los textos de Cuba, la referencia a la diversidad social y cultural no es citada explícitamente, empero se destaca el papel de la mujer en los procesos históricos de lucha por la “libertad y la justicia”²⁵². Los manuales y textos de España tienen como principio fundamental la valoración de la tolerancia y la diversidad, incorporando en sus descripciones y análisis a protagonistas olvidados por la historia tradicional, entre los que están las mujeres y los niños²⁵³.

El tema de la diversidad y el enfoque de género no aparecen en los textos de Ecuador, Perú y Venezuela. La mujer no es parte de los protagonistas de la historia de estos países. Es una historia masculina que se releva tanto en lenguaje escrito, cuanto en sus ilustraciones e imágenes.

Lo étnico, “lo indio” y lo “negro” tiene matices racistas y oportunistas en las historias que presentan los textos de Ecuador, Perú y Panamá. La rica historia india, en los casos de Ecuador y Perú, la de las culturas y civilizaciones Inca y del Reino de Quito, son utilizadas para fundamentar la geopolítica y la vigencia de los estados nacionales de esos países. De tal suerte que la historia india es congelada a la llegada de los españoles, los indígenas casi desaparecen de escena en los periodos colonial y republicano. Son los blancos y sus iniciativas a todo nivel las que generan la historia.

Hay un “blanqueamiento” de la historia que, en el caso de algunos textos de Ecuador, Perú y Panamá, es contrapuesto por el ingreso de un nuevo componente social y racial de gran relevancia: el mestizo. En efecto, en el texto del doctor García González en Ecuador y en la mayoría de textos de Panamá, el mestizo es reconocido como un protagonista fundamental.

²⁴⁹ Informe de Bolivia, pp. 39

²⁵⁰ Informe de Colombia, pp. 43

²⁵¹ Informe de Chile, pp. 38

²⁵² Informe de Cuba, pp. 38

²⁵³ Informe de España, pp. 61 - 63

El mestizo es levantado como eje social, político y cultural de los procesos de independencia y de suyo de los nuevos estados nacionales²⁵⁴. Como tal el mestizo tiene un protagonismo de esencialidad de las nuevas naciones que se constituyen, entre otras cosas, excluyentes y racistas respecto del indio. En tal condición lo mestizo se asume como antípoda y descalificadora de la indianidad de protagonistas fundamentales de varios procesos. Esto se ve con suma claridad en los textos del Perú, cuando despojan de su condición de indio, a un destacado líder de ese sector, Tupac Amaru²⁵⁵. Así “este es el primer personaje al que los textos anteceden con un calificativo racial pues se refieren a él como mestizo o cholo y como “el primer revolucionario mestizo de América”²⁵⁶. De esta manera, la mestización también tiene una condición racista que descalifica históricamente lo indio.

Si la historia india es marginada o maltratada en estos textos, la historia de otras minorías étnicas llevan aún peor parte. Es el caso de los negros, cuya referencia, en el caso de los textos de Ecuador es nula. En los textos de Panamá, de alguna manera están los negros, pero otros grupos humanos que han formado también la historia de ese país, tales como “chinos, hebreos, árabes, musulmanes y otros”²⁵⁷, no son incluidos en los relatos históricos. Esta misma suerte tienen, estas y otras minorías étnicas, en los textos de enseñanza de la historia de la mayoría de los países del Convenio Andrés Bello.

²⁵⁴ Informe de Ecuador, pp. 64.

²⁵⁵ De alguna manera este mismo caso se presenta en los textos del Ecuador respecto del precursor de la independencia Eugenio Espejo.

²⁵⁶ Informe Perú, pp. 55

²⁵⁷ Informe de Panamá, pp. 61.